
NOMAYA JAX
AMOR Y
WHISKY

Amor y Whisky

Novela Romántica Contemporánea (Spanish Edition)

Nomaya Jax

Copyright © 2025 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de $250,000.

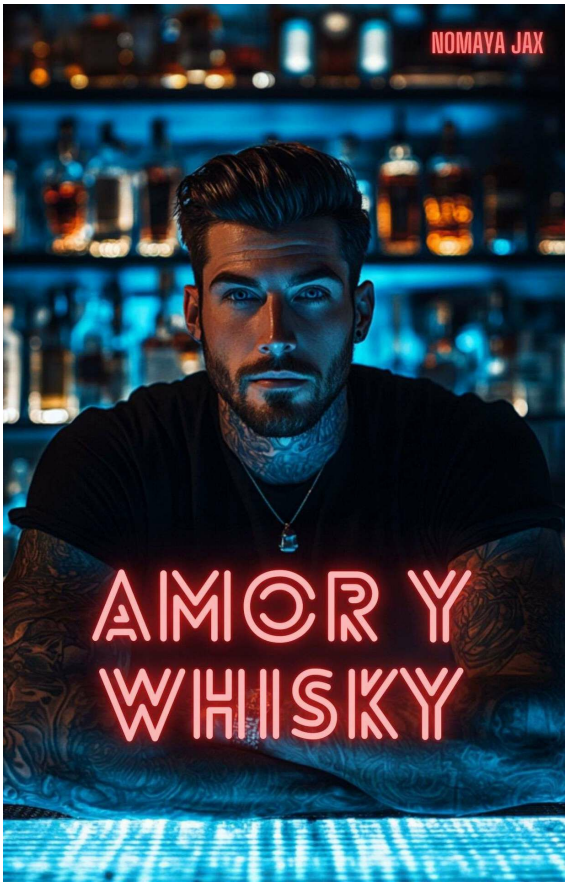
El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

Amor y Whisky
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Anteprima: La Galería del Millonario
23. ¡Gracias!

Amor y Whisky



El amor y el whisky no son buena mezcla.

Al menos, eso me dije la noche que entré en el bar de Ryan Carter. Se suponía que sería una distracción—un hombre peligrosamente sexy con ojos ardientes y una sonrisa traviesa que prometía problemas.

Pensé que podría ignorar el calor en su mirada, pero ninguna mujer es inmune a su encanto y atractivo.

Cuando me propuso matrimonio para salvar su bar y rescatarme de mi terrible trabajo, sonaba bastante simple.

Pero la broma fue para mí—enamorarme de él y marcharme embarazada nunca fue parte del plan.

1

OLIVIA

El líquido carmesí se arremolina en mi copa, capturando el resplandor ámbar de las bombillas vintage Edison que cuelgan sobre nosotras.

Mis dedos trazan patrones ausentes sobre el tallo de mi copa de vino mientras Lauren parlotea sobre su luna de miel, su anillo de bodas destellando con cada gesto animado. Su cabello oscuro cae en ondas perfectas sobre sus hombros, y sus mejillas están sonrojadas de emoción mientras describe cada detalle de su escapada a las Maldivas.

"El agua era de un tono azul precioso", exclama con sus ojos marrones muy abiertos. "Como si alguien hubiera esparcido diamantes sobre la superficie. Y nuestra villa era aún más hermosa. Tenía suelos de cristal para poder ver los peces nadando debajo..."

Mi atención se desvía a pesar de mis esfuerzos, atraída como un imán hacia la barra donde Ryan Carter prepara bebidas con destreza natural.

Se mueve con una gracia fluida que hace que hasta el simple acto de servir licor parezca una forma de arte. Su cabello castaño oscuro cae en ese desorden perfectamente calculado que sugiere horas de estilismo para lograr un aspecto despreocupado. Las mangas de su camisa negra están dobladas hasta los codos, revelando antebrazos bronceados y marcados por músculos definidos. Mientras agita un cóctel, observo cómo sus hombros se flexionan bajo la tela de su camisa.

Una mujer encaramada en uno de los taburetes de cuero acapara su atención. Lleva lo que generosamente podría llamarse vestido: un trozo de tela roja que apenas cubre lo esencial. Sus largas piernas están cruzadas a la altura de la rodilla, con un pie moviéndose al ritmo del suave jazz que suena a través de altavoces ocultos. Se echa su cabello rubio platino sobre un hombro y se inclina hacia adelante, prácticamente desparramándose sobre la pulida superficie de caoba de la barra.

Aprieto los dientes mientras observo su evidente exhibición. Los labios carmesí de la mujer se curvan en lo que ella probablemente cree que es una sonrisa seductora mientras desliza un dedo perfectamente manicurado por el borde de su copa de martini.

Ryan dice algo que no alcanzo a oír, y ella echa la cabeza hacia atrás en una risa exagerada, juntando las manos de una manera que hace que su escote, ya de por sí prominente, sea aún más obvio.

"¿Olivia?" Lauren agita su mano frente a mi cara, con una expresión conocedora. "No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?"

El calor me sube por el cuello mientras obligo mi atención a volver a mi amiga. "Lo siento, es que yo..." Tomo un sorbo apresurado de vino.

"¿Te distrajiste con nuestro guapísimo bartender?" Los labios de Lauren se curvan en una sonrisa burlona. "¿Otra vez?"

"No sé de qué hablas", murmuro, pero mi mirada me traiciona, volviendo a la barra.

Ryan está limpiando la barra ahora, los músculos de sus antebrazos flexionándose mientras trabaja. La cálida iluminación resalta los destellos dorados en sus ojos color avellana, y por un breve momento, se encuentran con los míos. Se me corta la respiración. Las comisuras de sus ojos se arrugan ligeramente antes de desviar la mirada, volviendo a su conversación con la rubia.

Lauren se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. "Olivia Marie Hargrove, has estado viniendo a este bar todos los viernes durante dos meses. Te he visto mirarlo como si fuera la última gota de agua en el desierto, y todavía no le has dicho ni una sola palabra."

"He dicho palabras", protesto, jugueteando con mi servilleta. "Pido bebidas, ¿no?"

"'Un Cabernet, por favor' no cuenta como conversación." Lauren pone los ojos en blanco, estirándose sobre la mesa para detener mis manos inquietas. "Eres guapísima, exitosa y soltera. Estaría loco si no estuviera interesado."

Resoplo, señalando hacia la mujer en la barra. "Claramente tiene un tipo. Y no soy yo."

"¿Qué, te refieres a desesperada y obvia?" Lauren arquea una ceja. "Por favor, he visto cómo te mira cuando no estás prestando atención."

Mi corazón da un vuelco. "Él no me mira."

"¿Ah, no?" La sonrisa de Lauren se vuelve astuta. "¿Entonces por qué siempre se asegura de ser él quien te sirve las bebidas, incluso cuando hay otros bartenders trabajando?"

Abro la boca para discutir, luego la cierro de nuevo. No había notado ese patrón, pero ahora que lo menciona...

"Además," continúa Lauren, tomando un sorbo de su cóctel, "necesitas volver a salir. Ha pasado un año desde lo de Zack, y—"

"No." El nombre envía una oleada familiar de rabia a través de mi pecho. "No lo menciones."

La expresión de Lauren se suaviza. "Lo siento. Sé que todavía duele. Pero no puedes dejar que lo que él hizo te impida vivir tu vida."

El recuerdo surge a pesar de mis esfuerzos por suprimirlo: llegar temprano del trabajo a nuestro apartamento, encontrarlo en nuestra cama con su compañera de trabajo. La forma en que se apresuró a explicarse, como si pudiera haber alguna explicación para lo que había visto. Lo peor ni siquiera fue la traición, fue darme cuenta de que todos los demás lo sabían. Nuestros amigos, sus otros compañeros de trabajo, probablemente incluso Lauren, aunque jura que no.

Empaqué mis cosas esa noche y nunca miré atrás. Bueno, excepto en la boda de Lauren hace seis meses, donde tuve que soportar su presencia como padrino. Me acorraló en la recepción, con alcohol en el aliento mientras intentaba convencerme de "arreglar las cosas." Como si encontrarlo en la cama con otra mujer fuera solo un simple malentendido.

"Estoy viviendo mi vida," digo finalmente, apurando lo último de mi vino. "Solo estoy... siendo cautelosa."

"Hay una diferencia entre ser cautelosa y esconderse," señala Lauren con suavidad. "¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?"

Trazo el borde de mi copa vacía, evitando su mirada. "He estado ocupada con el trabajo."

"Claro. Porque el departamento de marketing de Wilson & Brooks es tan exigente que no puedes dedicar una noche a cenar con un ser humano real en lugar de tu laptop."

"Mira quién habla, la paralegal adicta al trabajo," contraataco.

Lauren sonríe. "Que ahora está felizmente casada y a punto de empezar a intentar tener un bebé."

Casi me atraganto con el aire. "¿Qué? ¿Cuándo decidieron esto?"

"En la luna de miel." Su rostro entero se ilumina mientras se inclina más cerca, bajando la voz en tono conspirador. "No planeábamos empezar tan pronto, pero estando allí, solo nosotros dos... se sintió correcto, ¿sabes? Como si todo estuviera encajando en su lugar."

La felicidad que irradia es casi tangible, y no puedo evitar sonreír a pesar de la punzada de envidia en mi pecho. "Lauren, eso es maravilloso. Vas a ser una madre increíble."

"Y tú vas a ser la tía más extraordinaria," dice, estirándose para apretar mi mano. Su teléfono vibra contra la mesa, y su sonrisa se ensancha mientras mira la pantalla. "Hablando de mi maravilloso esposo... ha preparado la cena. Algo elegante, aparentemente."

"¿Primera noche de hacer bebés?" adivino, riendo ante su entusiasta asentimiento.

"Te llamo mañana," me guiña un ojo, recogiendo su bolso. Se levanta y alisa su vestido, luego me da una mirada seria. "Prométeme algo."

"¿Qué?"

"Habla con él." Señala con la barbilla hacia la barra. "Háblale de verdad. De algo que no sea vino o whiskey."

Pongo los ojos en blanco. "Adiós, Lauren."

Me lanza un beso y prácticamente flota hacia la salida, dejándome sola con mi copa vacía y pensamientos errantes. La rubia en la barra todavía está hablando, todavía riendo demasiado fuerte por cualquier cosa que Ryan esté diciendo. La observo mientras "accidentalmente" deja caer su servilleta, haciendo un espectáculo al agacharse para recogerla.

Mis ojos se desvían al rostro de Ryan, estudiando su reacción. Está sonriendo cortésmente, pero no le llega a los ojos. Si me lo permito, sé que puedo perderme en esos extraordinarios ojos color avellana que a veces parecen verdes bajo cierta luz, a veces dorados...

Mira en mi dirección otra vez, y esta vez el contacto dura un latido más. Algo en su expresión cambia, se suaviza. Mi corazón da un pequeño vuelco complicado en mi pecho.

Entonces la rubia demanda su atención de nuevo, y el momento se hace añicos como cristal fino cayendo sobre suelos de mármol.

Recojo mis cosas lentamente, tomándome mi tiempo para acomodar la correa de mi bolso sobre mi hombro.

Una parte de mí quiere quedarse, seguir el consejo de Lauren y finalmente hilvanar más de tres palabras con el hombre que ha protagonizado más de una de mis fantasías. Pero la parte más grande –la parte que todavía está marcada por la traición de Zack– susurra que es más seguro irse, mantener la cómoda distancia de la fantasía en lugar de arriesgarse al dolor de la realidad.

RYAN

Las copas tintinean contra la madera pulida mientras la música flota a través de los altavoces ocultos.

Los viernes por la noche en El Rincón tienen su propio ritmo: una danza entre servir tragos y gestionar el flujo constante de clientes que llenan los reservados de cuero y las mesas con superficie de cobre. He dominado esta coreografía durante los últimos dos años, perfeccionando cada servido y agitado hasta que los movimientos se sienten tan naturales como respirar.

La mujer encaramada en el taburete frente a mí requiere un tipo diferente de atención. Sus dedos tamborilean contra el tallo de su copa mientras me observa preparar el whiskey sour de otro cliente. Las lentejuelas de su vestido rojo capturan la luz con cada movimiento, atrayendo la atención hacia las curvas que claramente está ansiosa por mostrar.

"¿Otro martini?" pregunto, aunque apenas ha tocado el actual.

Empuja la copa hacia adelante, sus labios rojos curvándose en lo que probablemente considera una sonrisa seductora. "Solo si lo preparas tú."

Alcanzo la vodka, manteniendo la distancia profesional que se ha vuelto mi segunda naturaleza.

La botella se siente fría contra mi palma mientras mido el servido con precisión practicada. Algunas noches, la naturaleza repetitiva de ser bartender se siente como una jaula, pero hice un trato con mi padre. Sus palabras de hace dos años todavía resuenan en mi cabeza: "¿Quieres ser copropietario? Gánatelo. Aprende cada aspecto de este negocio desde abajo."

La rubia –creo que dijo que se llamaba Ámbar– se inclina hacia adelante, dándome una vista sin restricciones de su escote. "¿Sabes?", ronronea, "te he estado observando trabajar toda la noche. La forma en que te mueves... es como una forma de arte."

Deslizo su martini fresco sobre la caoba pulida. "Solo hago mi trabajo."

"Mmm, pero lo haces tan bien." Su lengua sale para atrapar una gota imaginaria de su labio. "Apuesto a que eres bueno en muchas cosas."

La invitación en su voz es inconfundible. He escuchado variaciones de esta misma propuesta más veces de las que puedo contar, pero esta noche se siente especialmente vacía. Mis ojos se desvían involuntariamente hacia la mesa del rincón donde normalmente se sienta Olivia, sus rizos dorados capturando la luz ámbar de las lámparas vintage del techo.

Ha estado viniendo aquí durante dos meses, siempre eligiendo el mismo lugar, siempre pidiendo un cabernet con una gracia que hace memorable hasta ese simple acto. Hay algo en ella que atrae la atención sin exigirla: una confianza tranquila en la forma en que se porta, en cómo sus ojos azul profundo parecen absorberlo todo sin revelar nada.

"¿Hola? ¿Hay alguien en casa?" La voz de Ámbar corta mis pensamientos, aguda con molestia.

Me vuelvo hacia ella, manteniendo mi sonrisa profesional. "Disculpa. ¿Necesitabas algo más?"

Su expresión cambia de molesta a depredadora. "De hecho, sí." Desliza un dedo por el dorso de mi mano mientras limpio la barra. "Vivo justo a la vuelta de la esquina. ¿Por qué no pasas después de tu turno? Sin compromisos, solo... diversión."

Retiro mi mano, manteniendo mi tono ligero pero firme. "Agradezco la oferta, pero tendré que declinar."

"¿Haciéndote el difícil?" Se inclina más cerca. "Vamos, no seas así. He visto cómo me miras."

"No me hago nada," digo, retrocediendo ligeramente. "Estoy trabajando, y no estoy interesado. Disculpa si te di la impresión equivocada."

El color inunda sus mejillas, chocando con su lápiz labial. "¿Hablas en serio? ¿De verdad me estás rechazando?"

"Sí, lo estoy haciendo."

"Increíble." Agarra su martini, bebiéndoselo todo de un trago. La copa golpea el mostrador con suficiente fuerza para hacer que los clientes cercanos giren sus cabezas. "¿Sabes qué? Ni siquiera eres tan guapo. ¿Y este bar?" Gesticula salvajemente, casi derribando una copa vacía. "Es patético. Igual que tú."

Mantengo mi tono tranquilo, pero no me contengo. "¿Estás enojada porque no quiero acostarme contigo? Ese no es mi problema. Tal vez deberías pensar por qué tienes que esforzarte tanto."

Hurga en su diminuto bolso, arrojando un arrugado billete de cincuenta sobre el mostrador. "Quédate con el cambio."

No rompo el contacto visual. "Gracias. Esto debería cubrir tu insoportable comportamiento de la noche. Y no te molestes en volver."

Su dramática salida se ve ligeramente socavada cuando tropieza con sus tacones, sujetándose contra una mesa cercana. El grupo sentado allí salta sorprendido, pero ella solo los fulmina con la mirada y continúa su tempestuoso camino hacia la puerta.

Me guardo el dinero, negando con la cabeza. Estas escenas siempre llaman la atención, pero los habituales apenas levantan la vista ya. Es solo otra noche de viernes. El lugar ha estado en nuestra familia por tres generaciones, sus paneles de madera oscura y accesorios de cobre contando historias de innumerables noches como esta.

Me dirijo a Tommy, el ayudante de camarero, que ha estado observando todo con los ojos muy abiertos. "Pon a Ámbar Wilson en la lista negra. Esta noche es la última vez que babea en mi bar."

Tommy sonríe con suficiencia, asintiendo mientras agarra su libreta. "Entendido, jefe."

Exhalo, negando con la cabeza mientras recojo su copa abandonada.

Mi padre podría haberme dado un cómodo puesto corporativo en uno de sus otros negocios. En cambio, me dio un ultimátum: trabajar aquí, aprender cada aspecto desde el inventario hasta los procedimientos de cierre, demostrar que entiendo lo que significa dirigir un negocio desde cero, o irme y hacer mi propio camino. Una parte de mí había querido mandarlo al diablo, pero hay algo en este lugar. Algo auténtico.

"Ryan." Sarah, una de nuestras meseras, se acerca con una bandeja vacía. "Nos estamos quedando sin limas, y la mesa seis necesita su cuenta."

"Vale." Me dirijo hacia el almacén pero me detengo cuando un movimiento capta mi atención.

El dedo de Olivia traza el borde de su copa de vino vacía. Los suaves rizos de su cabello caen hacia adelante mientras mira hacia abajo, creando una cortina dorada que hace que mis dedos anhelen apartarla. Su vestido de verano revela hombros besados por el sol estival, y cuando se mueve, capturo un indicio de las sutiles curvas que han protagonizado más de algunos de mis pensamientos nocturnos.

Viene casi todos los viernes por la noche, a veces con su amiga –la morena que se fue antes– y a veces sola. Siempre en la misma mesa, nunca en la barra. No habla mucho, no busca atención como tantos otros lo hacen. Callada, reservada y misteriosa. Es como si estuviera en su propio mundo, y no puedo descifrar si quiere que la dejen en paz o si solo está esperando que alguien rompa el silencio.

Me he propuesto conocerla mejor, pero los viernes por la noche son un caos, y ella nunca lo hace fácil. Todo sería más simple si se sentara en la barra en lugar de esconderse en una de las mesas. Pero entonces, nada en ella grita facilidad. No es como los otros que vienen aquí a coquetear o ahogar sus problemas. Es diferente, y eso solo me hace querer desentrañar lo que sea que está ocultando.

Antes de poder detenerme, estoy caminando hacia su mesa. Claramente se está preparando para irse –su bolso ya sobre su hombro– pero no puedo dejar que otra noche termine sin al menos intentar tener una conversación real.

"¿Puedo traerte algo más?" pregunto, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Levanta la mirada, y por un momento me olvido de cómo respirar. Sus ojos son increíbles de cerca: azul profundo con motas de color más oscuro, como zafiros atrapando la luz. Un ligero rubor colorea sus mejillas mientras encuentra mi mirada.

"No, yo..." Su lengua sale para humedecer sus labios, y el simple gesto envía calor corriendo por mis venas. "Estoy bien. Gracias, Ryan."

Mi nombre en su voz hace algo en mi pecho, apretándolo de una manera que es tanto incómoda como adictiva. Empieza a levantarse, pero su tacón se engancha en la pata de la silla. Cae hacia adelante con un pequeño jadeo.

Mis manos encuentran su cintura instintivamente, estabilizándola contra mí. El aroma de su perfume –algo ligero y floral. Sus manos agarran mis antebrazos, y puedo sentir el calor de su piel a través de mis mangas dobladas.

"Con cuidado," murmuro, híper consciente de lo perfectamente que encaja contra mí.

Mira hacia arriba, sus labios ligeramente separados, y el tiempo parece detenerse. Podría contar cada mota dorada en sus iris, cada sutil peca que salpica su nariz. Su pulso late visiblemente en la base de su garganta, igualando el rápido latido de mi propio corazón.

Entonces parpadea, la realidad volviendo de golpe. Se aleja rápidamente, ajustando su bolso con dedos temblorosos. "Gracias," susurra, luego se gira y prácticamente corre hacia la puerta.

La observo irse, mis manos todavía hormigueando donde la habían tocado. El espacio que ocupó se siente más frío de alguna manera.

"Ryan," la voz de Sarah me devuelve a la realidad. "¿Las limas?"

Cierto. Me obligo a moverme, dirigiéndome al almacén con el aroma de Olivia todavía persistiendo en mi mente. El resto de mi turno pasa en un borrón de bebidas y charla trivial, pero no puedo sacudirme el recuerdo de cómo se sintió en mis brazos, cómo sus ojos se habían ensanchado cuando dijo mi nombre.

Finalmente, en la tranquilidad de la oficina trasera, empiezo a contar la caja registradora. Mi teléfono vibra contra el escritorio, la pantalla iluminándose con un mensaje que hace que mi estómago se contraiga.

Papá: *"Reúnete conmigo en la oficina del centro a las 8 am."*

Me dejo caer en mi silla, pasando una mano por mi cabello. Las reuniones temprano por la mañana con mi padre nunca traen buenas noticias. Sea lo que sea que traiga mañana, va a ser complicado.

Pero mientras cierro por la noche, no es el mensaje de mi padre lo que ocupa mis pensamientos. Es un par de ojos zafiro y el fantasma de un perfume floral lo que me acompaña en la oscuridad.

3

RYAN

La luz matinal se refleja en mi Mercedes negro mientras navego por el tráfico del centro hacia la reunión a la que mi padre me ha convocado.

Odio el tráfico, siempre me da demasiado tiempo para pensar. Han pasado cinco años desde que el cáncer se llevó a mi madre. Tenía veinticuatro años, observando impotente en aquella aséptica habitación de hospital mientras las máquinas registraban sus latidos cada vez más débiles.

El recuerdo del antiséptico quemándome la nariz todavía se siente fresco, junto con el sonido de su último "te amo" susurrado.

Después de su muerte, papá se transformó. No con gestos dramáticos ni crisis públicas. En su lugar, se refugió en hojas de cálculo y reuniones, enterrando el dolor bajo jornadas de dieciséis horas. El hombre que antes llenaba las habitaciones con su risa se convirtió en una sombra.

Entonces apareció Brittany, pavoneándose en nuestras vidas con sus tacones de lujo.

Mis dedos se tensan sobre el volante, los nudillos blanqueándose. A sus treinta años, apenas es mayor que yo, aunque nunca adivinarías su edad real a través de las capas de "mejoras." Todo en ella grita artificial, desde su pelo rubio platino hasta sus rasgos sospechosamente perfectos. Trata nuestro apellido como una tarjeta de crédito sin límite, presumiéndolo en cada boutique y evento benéfico de la ciudad.

Entro en el estacionamiento subterráneo, sintiendo ya que me viene un dolor de cabeza.

No perdió tiempo en marcar su territorio después de la boda.

Las fotos familiares desaparecieron de la noche a la mañana, relegadas a cajas en el ático. Incluso el jardín de mamá, las rosas que cultivó con ternura durante veinte años, fue arrancado para dar paso a un paisajismo minimalista. ¿Los comederos de pájaros que mamá llenaba cada

mañana? Desaparecidos.

No he puesto un pie en esa casa desde hace más de un año. La idea de Brittany holgazaneando en el rincón de lectura favorito de mamá me hace hervir la sangre. Su perfume ordinario ha aplastado el aroma persistente de la loción de vainilla de mamá, tal como su presencia ha aplastado todo lo demás. Y papá simplemente observa que suceda, como si borrar el pasado pudiera de alguna manera aliviar su dolor.

El viaje en ascensor hasta su oficina se siente interminable. El nudo en mi estómago se aprieta con cada piso que pasa. La última vez que papá convocó una reunión temprana, anunció su compromiso con Brittany.

Cuando las puertas se abren, el caos me recibe. Cajas de mudanza dispersas por el espacio normalmente inmaculado de la oficina como fichas de dominó caídas. Hombres uniformados transportan muebles hacia el montacargas, sus voces resonando contra las paredes. El familiar zumbido de teclados y llamadas telefónicas ha sido reemplazado por el chirrido de la cinta adhesiva y el golpe del cartón contra la alfombra.

Sandra, la asistente de papá durante quince años, está de pie en medio del caos dirigiendo el tráfico como una directora de orquesta. Sus ojos encuentran los míos, y algo en su expresión hace que mi estómago se hunda. "Te está esperando", dice suavemente. "Y Ryan, prepárate."

Me abro paso a través del laberinto de cajas, esquivando a un empleado de la mudanza que lleva lo que parece el archivo antiguo de papá, el que mamá le regaló por su vigésimo aniversario. A través de la puerta de la oficina de la esquina, lo veo: Marshall Carter en su elemento. Está de pie junto a los ventanales de piso a techo, el humo del puro enroscándose alrededor de sus anchos hombros. Su reflejo en el cristal muestra la misma expresión severa que ha llevado desde que mamá murió, su pelo plateado y traje a medida en marcado contraste con el cielo matinal.

"¿Qué está pasando?", exijo, pasando por encima de una pila de archivos. "¿Por qué este lugar parece una liquidación?"

Se gira lentamente, dando una calada deliberada a su puro antes de colocarlo en el cenicero de cristal, otro de los regalos de mamá. "Siéntate, Ryan."

"Prefiero quedarme de pie." Me cruzo de brazos, estudiando el rostro que se ha vuelto cada vez más irreconocible con los años. "¿Por qué estás vaciando tu oficina?"

Un hombre en traje costoso –claramente un abogado– ordena papeles en el escritorio de papá, su presencia añadiendo otra capa de tensión a la habitación. La placa en su maletín dice "Johnston & Asociados", uno de los mejores bufetes de la ciudad.

La expresión de papá permanece cuidadosamente neutral. "Me estoy retirando del negocio."

Las palabras me golpean como un golpe físico. "¿Qué?"

"Brittany quiere viajar." Lo dice casualmente, como si anunciara que está cambiando de marca de café. "Está inquieta aquí. Vamos a tomarnos los próximos cinco años para recorrer el mundo."

Una risa áspera se me escapa. "¿Inquieta? ¿De qué exactamente está cansada? ¿De agotar tarjetas de crédito? ¿De planear su próxima cirugía estética?" Las palabras saben amargas en mi lengua. "Tal vez si le hubieras dado un trabajo real, no estaría tan aburrida gastando tu dinero."

Los ojos de papá destellan, un atisbo del hombre que solía ser rompiendo la fachada corporativa. "Cuida tu tono cuando hables de tu madrastra."

"¿Madrastra?" Escupo la palabra como veneno. "Tiene mi edad, papá. Es una cazafortunas que ha pasado los últimos tres años borrando sistemáticamente cada rastro de mamá de nuestras vidas. ¿O no te has dado cuenta?"

"Ya basta." Su voz baja peligrosamente, como solía hacer cuando era niño y me pasaba de la raya.

"No, ni siquiera es suficiente." El calor sube por mi pecho, años de ira reprimida burbujeando a la superficie. "Esa casa era el corazón y el alma de mamá. Cada habitación tenía su toque, su memoria. Brittany lo arrancó todo como si estuviera limpiando una mancha, y tú la dejaste. Por eso no volveré allí, no puedo ver cómo destruye lo que queda de mamá."

El silencio llena el espacio entre nosotros, pesado con palabras no dichas. Papá finalmente hace un gesto al abogado. "Muéstrale los papeles."

El abogado ajusta sus gafas de montura metálica y desliza una carpeta gruesa sobre el escritorio pulido. El escudo de la familia Carter grabado en la portada parece burlarse de mí. "Hay ciertas condiciones que deben cumplirse antes de la transferencia de propiedad."

Entorno los ojos mientras tomo asiento. "¿Qué condiciones?"

"Para asumir la propiedad completa de El Rincón", comienza, con tono seco y profesional, "debes casarte dentro de los próximos tres meses."

Espero el remate, pero continúa, cada palabra otro clavo en el ataúd de mi libertad.

"Además, tú y tu esposa deben tener un hijo dentro de los tres años posteriores al matrimonio."

Las palabras flotan en el aire como humo. Miro fijamente a papá, buscando en su rostro alguna

señal de que esto sea una broma. "No puedes hablar en serio."

Me sostiene la mirada firmemente. "¿Crees que voy a entregar un bar que ha estado en nuestra familia por generaciones a un soltero que lo tratará como su patio de recreo personal? ¿Bebiendo cada noche, acostándose con cualquiera que lleve falda?"

"Dos años." Mi voz tiembla con ira apenas contenida. "Me he partido el lomo durante dos años, demostrándome cada día. Abriendo el bar antes del amanecer para las entregas, cerrando después de medianoche, manejando cada crisis y queja. ¿Y todavía crees que soy ese tipo de persona?"

"Has demostrado que puedes trabajar", concede. "Pero esto es sobre el legado. Estabilidad. Un negocio familiar necesita una familia."

"¿Así que intentas forzarme al matrimonio? ¿A la paternidad?" Me aparto del escritorio, la silla chirriando contra la madera. "No voy a jugar con mi vida para satisfacer tus problemas de control. Quédate con tu maldito bar."

Estoy a medio camino de la puerta cuando su voz me detiene.

"El bar no es lo único que estoy ofreciendo."

Algo en su tono me hace pausar, con la mano en el pomo. "¿Qué?"

"La destilería... también es tuya."

Mi corazón se detiene por un momento. La destilería ha sido mi sueño desde antes de poder beber legalmente: crear mezclas únicas, poner el nombre Carter en botellas que se sentarían en estanterías alrededor del mundo. Pasé veranos aprendiendo cada aspecto de la producción, desde la selección del grano hasta el envejecimiento en barricas. Los alambiques de cobre fueron instalados bajo mi supervisión, cada uno cuidadosamente elegido para su propósito específico.

Me giro lentamente, estudiando su rostro. "¿Me estás dando ambos?"

Asiente, y por un momento, veo un destello del padre que recuerdo, el que me enseñó sobre el envejecimiento en roble y la filtración adecuada, que me dejó ayudar a diseñar el piso de producción. "Te estoy ofreciendo la oportunidad de construir algo más grande que tú mismo. Pero necesito saber que estás listo."

La ira todavía arde, pero ahora se mezcla con algo más: deseo, necesidad, posibilidad. "Estas condiciones son imposibles. Después de todo lo que he hecho, todavía no confías en mí."

"Esto no es sobre confianza." Apaga su puro con movimientos precisos. "Es sobre asegurar que el legado de nuestra familia continúe. Tu madre..." Su voz se quiebra ligeramente, la primera grieta en su armadura que he visto en años. "Ella siempre quiso nietos."

La mención de mamá me golpea fuerte. Usar eso contra mí se siente como una traición.

"No", advierto, mi voz baja. "No la uses para manipularme."

Sandra aparece en la puerta, su expresión apologética. "¿Señor Carter? Su cita de las nueve está aquí."

Papá asiente, enderezando su corbata. "Piénsalo, Ryan. Los papeles estarán listos cuando tomes tu decisión."

Miro los documentos esparcidos sobre su escritorio: mi futuro envuelto en terminología legal y exigencias imposibles. Una parte de mí quiere alejarse, decirle exactamente dónde puede meterse sus condiciones. Pero el sueño de la destilería me atrae como la gravedad.

Asiento. "Bien."



Agarro con fuerza el volante de mi Mercedes negro mientras salgo del estacionamiento subterráneo.

Mi mente da vueltas con todo lo que acaba de suceder. Matrimonio. Un hijo. Aprieto la mandíbula ante la idea y piso el acelerador con más fuerza de la necesaria. La destilería, mi sueño, está justo ahí al alcance, pero el precio es tan alto que parece imposible.

Necesito aclarar mis ideas, y solo hay una persona en quien confío para ayudarme a resolver esto: Connor Hayes.

Connor ha sido mi mejor amigo desde el instituto. Mientras mi vida ha sido un caos de drama familiar y dolor enterrado, la de Connor es como una maldita película romántica. Su padre le cedió una empresa de almacenes hace seis años, y la ha convertido en una operación próspera. No solo eso, Connor tiene el tipo de relación con su padre que yo solo puedo soñar. Todavía cenan juntos los domingos, entre risas y bromas privadas. A veces, lo envidio como el demonio.

Me abro paso por las calles hacia la casa de Connor, una extensa mansión moderna anidada en las colinas a las afueras de la ciudad.

La casa es exactamente lo que esperarías de alguien tan exitoso como Connor: paredes de cristal elegantes, jardines perfectamente cuidados y un garaje que parece más una sala de exposición de coches de lujo. Pero no es solo la riqueza, es la calidez del lugar. A pesar de su tamaño y grandeza, se siente habitada, como un hogar. Algo que no he tenido en años.

Aparco en la entrada junto al Mustang clásico de Connor y me dirijo a la puerta principal. Antes de que pueda llamar, se abre para revelar al mismo Connor.

"Ryan Carter." Sonríe, apoyándose en el marco de la puerta con su habitual estilo relajado. Vestido con vaqueros y una camiseta negra ajustada, parece el empresario adinerado que no necesita impresionar a nadie. "¿Qué te trae aquí al amanecer?"

"Son las nueve y media", murmuro, entrando. "Y tengo una historia increíble que contarte."

El vestíbulo se abre a una sala de estar bañada por el sol. El aroma del café flota en el aire, y desde la cocina, escucho el suave tintineo de los platos. La esposa de Connor, Lacey, aparece en la puerta, una morena menuda con ojos amables y una figura que prácticamente grita devoción a su marido.

"Hola, Ryan", dice cálidamente, metiendo un mechón de pelo detrás de su oreja. "¿Puedo traerles algo? ¿Café? ¿Cerveza?"

Connor sonríe con suficiencia, sus ojos brillando con algo posesivo mientras recorren a su esposa. "Un par de cervezas, cariño. Gracias."

Sus mejillas se sonrojan, y asiente rápidamente, desapareciendo en la cocina. La manera en que se mueve alrededor de Connor es deliberada, casi ensayada, y no hace falta ser un genio para ver la dinámica entre ellos. Lacey no es solo una esposa, es su sumisa. Está en la forma en que se porta, en cómo sus ojos buscan su aprobación, la tranquila deferencia en su tono. Connor una vez bromeó sobre su arreglo después de algunas copas de más, y aunque no pedí detalles, era evidente que ambos están felices con el acuerdo.

"Siéntate", dice Connor, señalando el sofá de cuero mientras se deja caer en el sillón frente a mí. "¿Qué te preocupa?"

Me recuesto. "Papá se está retirando del negocio."

Connor arquea una ceja. "¿En serio? Ya era hora."

Resoplo. "Eso pensé yo también. Hasta que me soltó las condiciones."

Lacey reaparece, colocando dos cervezas en la mesa de café con cuidadosa precisión. Mientras

se endereza, Connor estira el brazo, envolviendo su mano alrededor de su muñeca suavemente. Ella se queda inmóvil al instante, sus ojos bajando para encontrarse con los de él como si esperara una señal.

"Buena chica", dice él, su voz baja y deliberada. Su pulgar acaricia el interior de su muñeca antes de soltarla, un leve rubor extendiéndose por las mejillas de ella. Asiente rápidamente, murmurando un suave "De nada" antes de retirarse a la cocina sin decir más.

Agarro una de las cervezas, quitando la chapa y dando un largo trago. El intercambio flota en el aire, tácito pero claro, y me anoto mentalmente nunca pedir detalles.

"Me da la propiedad completa del bar y la destilería", explico, con la voz tensa. "Pero solo si me caso en tres meses y tengo un hijo dentro de tres años."

Connor deja escapar un silbido bajo, recostándose en su silla. "Vaya. Eso es... mucho."

"Lo sé", murmuro, tomando otro trago. "Está convencido de que convertiré el bar en una casa de fraternidad y arruinaré el apellido familiar si me quedo soltero."

Connor sonríe con picardía. "Para ser justos, tu historial amoroso no ha sido precisamente ejemplar."

"No sé de qué hablas", miento, recostándome y dando otro trago a mi cerveza.

Levanta una ceja, claramente sin terminar. "Vamos, tío. ¿Debería empezar a enumerarlas? Veamos... estuvo Amanda, que te dejó de hablar después de tres meses porque te negaste a publicar fotos de pareja en Instagram."

Gimo. "Estaba obsesionada con sus seguidores. Eso no era una relación; era una colaboración publicitaria."

"Claro, claro", dice, sonriendo. "Luego estuvo Kelly. ¿Cómo fue que te llamó? ¿Emocionalmente indisponible?"

Pongo los ojos en blanco. "Kelly quería que le mandara mensajes cada hora. Perdón si tenía, ya sabes, una vida."

Connor resopla. "Y no olvidemos a Rachel. Eso sí que fue un desastre. No podía soportar que siquiera saludaras a otra mujer sin montar una escena de celos."

"Eso no es justo", protesto, enderezándome. "Rachel fue un error, te lo concedo, pero todo eso se

calmó cuando empecé a dirigir el bar hace dos años, y lo sabes."

Connor asiente, levantando las manos en señal de rendición fingida. "Vale, te doy la razón en eso. Definitivamente te has calmado desde entonces. Pero si tuviera un euro por cada vez que saliste con alguien que parecía normal al principio y resultó estar loca al tercer mes, podría comprar otro almacén."

"Sí, bueno, dirigir un bar no deja precisamente tiempo para aventuras locas", murmuro. "Ha sido todo trabajo y nada de diversión desde que me hice cargo."

"Y aun así tu padre sigue sin creer que estés listo para sentar cabeza." Connor niega con la cabeza, dando un trago a su cerveza. "Esa es la parte que me cabrea por ti. Ya has demostrado que puedes manejar la responsabilidad. Ahora quiere que saltes a través de estos aros imposibles como si fuera una prueba de lealtad medieval."

Suspiro, recostándome y dejando que la cerveza descanse en mi muslo. "Siempre ha sido un tema de legado. Estabilidad. No lo ve como aros; lo ve como asegurar que el apellido Carter perdure."

Connor me estudia por un momento, su sonrisa convirtiéndose en algo más cercano a la simpatía. "¿Y tú? ¿Estás siquiera abierto al matrimonio? ¿O solo lo haces por la destilería?"

Dudo, la imagen de los ojos azul zafiro de Olivia destellando en mi mente nuevamente. Su presencia tranquila, su suave sonrisa, la manera en que se porta con una mezcla de fuerza y gracia. "Puede que tenga a alguien en mente", admito lentamente, sorprendiéndome incluso a mí mismo con las palabras.

Connor se endereza, sus cejas disparándose hasta su línea de pelo. "¿En serio? ¿Quién?"

"No es nada todavía", esquivo, sin estar listo para decir su nombre en voz alta. "Solo... alguien que he notado."

Connor sonríe, inclinándose hacia adelante como un tiburón que huele sangre. "Vamos, dame algo. ¿Está loca? ¿Es exigente? Por favor, dime que no es otra Rachel."

Niego con la cabeza, riendo a pesar de mí mismo. "No, nada de eso. Ella es... diferente. Tranquila. Inteligente. Hermosa."

Levanta su cerveza en un brindis burlón. "Bueno, entonces. Por la tranquila, inteligente y hermosa. Suena como un maldito milagro para ti, Carter."

Pongo los ojos en blanco, pero su broma trae una pequeña sonrisa a mi cara.

Connor toma otro sorbo de su cerveza. "En serio, tío, el matrimonio no es tan malo como piensas. Sé que tienes tus problemas con tu padre, pero no tiene por qué ser así."

Miro hacia la cocina, donde Lacey está limpiando las encimeras. "Te funciona a ti", digo. "Tú y Lacey... tienen algo bueno."

"Lo tenemos", dice Connor simplemente. "Pero no es perfecto. Requiere trabajo, confianza, compromiso. Y sí, quizás un poco de sumisión." Sonríe, pero hay una sinceridad en su tono que no puedo ignorar. "Tienes que encontrar a la persona adecuada, sin embargo. Alguien que te haga querer esforzarte."

Me recuesto, el peso de sus palabras asentándose sobre mí. ¿Podría Olivia ser esa persona? La idea se siente a la vez ridícula y... posible.

"Tres meses", dice Connor, negando con la cabeza con una risa. "Mejor que lo resuelvas, Carter. El reloj está corriendo."

OLIVIA

Odio los lunes.

Las puertas del ascensor se abren en el decimocuarto piso de Wilson & Brooks Marketing, liberándome a otra semana de infierno fluorescente. Mis tacones se hunden en la alfombra gris industrial mientras serpenteo entre los cubículos hacia mi escritorio. A las 8:15, ya llego tarde.

Mi puesto de trabajo está encajado entre la pared del baño y la sala de fotocopias, ubicación privilegiada para escuchar cada conversación que nunca quise oír. El escritorio apenas puede con mi portátil debido a la torre de informes que Karen dejó.

"Buenos días, sol." Marcos de Contabilidad pasa arrastrando los pies, taza de café en mano. "Karen ya está que echa humo. Está enfadada por algo relacionado con la cuenta Johnson."

"Perfecto." Mi portátil cobra vida con un zumbido, el correo inundándose de mensajes sin leer. Todos marcados como urgentes, todos exigiendo atención inmediata.

La oficina vibra con el caos del lunes por la mañana.

Los teléfonos suenan sin respuesta mientras la antigua impresora lucha con otro atasco de papel. Alguien ha vuelto a quemar palomitas en la sala de descanso, el olor acre mezclándose con el café rancio.

"Aquí estás." El corte severo de Karen aparece sobre la pared de mi cubículo. Sus uñas rojas repiquetean contra el separador. "¿Dónde están esas métricas de clientes?"

Mi columna se tensa. "Casi terminadas."

"¿Casi?" Sus cejas perfectamente depiladas se arquean hacia su línea del cabello. "La reunión de

directorio empieza a las once. Necesitaba esos números ayer."

"Dame treinta minutos—"

Deja caer una gruesa carpeta manila sobre mi escritorio, dispersando mis bolígrafos. "Propuesta Peterson. Estrategia completa para el final del día. Y esta vez, intenta entregar algo que no parezca escrito por un becario de primer año."

Rechino los dientes mientras sus tacones de diseñador se alejan por la alfombra. La carpeta descansa como un ladrillo en mi escritorio, pero mi mente divaga hacia el viernes por la noche. Hacia unas manos fuertes estabilizando mi cintura. Colonia de cedro y cítricos. Ojos avellana que parecían ver a través de mí.

La imagen de Ryan en el bar surge sin ser invitada. La forma en que sus antebrazos se flexionaban mientras mezclaba bebidas, cómo su camisa se tensaba sobre sus anchos hombros cuando alcanzaba botellas de la estantería superior. La sutil curvatura de sus labios cuando—

"¡Olivia!" Sara agita la mano desde el cubículo siguiente. "Tu teléfono lleva sonando cinco minutos."

Agarro el auricular, obligando a mis pensamientos a alejarse de territorio peligroso. "Wilson & Brooks Marketing, habla Olivia."

"Necesito las métricas de redes sociales", la voz de Karen corta a través de la línea.

"Las estoy compilando ahora—"

"Sala de conferencias. Diez minutos. Trae lo que tengas."

La línea muere. Miro fijamente mi pantalla, deseando que los números tengan sentido. Llevo trabajando aquí un año y cada día se siente más largo que el anterior.

La sala de conferencias huele a aire viciado y desesperación. Veinte asociados de marketing se apiñan alrededor de la mesa larga mientras Karen pasea al frente. Mis informes apresuradamente compilados se dispersan sobre la superficie pulida.

Jenna se desliza en la silla a mi lado, sus ondas oscuras cayendo hacia adelante mientras se inclina cerca. "Tienes una pinta horrible."

"Gracias." Revuelvo papeles, evitando su mirada conocedora. "Eso es exactamente lo que toda chica quiere oír."

"Empecemos." Karen avanza por su presentación, cada diapositiva más exigente que la anterior. "Olivia, guíanos a través de los números del tercer trimestre."

Me levanto con piernas temblorosas, aferrando mis papeles. "El compromiso de nuestros clientes muestra—"

"Más alto", interrumpe Karen. "E intenta sonar como si realmente quisieras este trabajo."

El calor sube por mi cuello. Las siguientes dos horas se disuelven en estadísticas y proyecciones mientras Karen desarma cada detalle. Cuando llegamos al almuerzo, mi cabeza palpita.

El refrigerador de la sala de descanso se estremece en la esquina, su motor antiguo gimiendo. Mis dedos se curvan alrededor del mango pegajoso, abriéndolo para revelar la habitual colección de recipientes abandonados. El táper mohoso de Marcos descansa junto a mi ensalada marchita, encajado entre misteriosas cajas de comida para llevar. El olor a palomitas quemadas persiste en el aire, mezclándose con café rancio y desesperación.

Jenna ya ha reclamado nuestro lugar habitual junto a la ventana, su cabello oscuro cayendo hacia adelante mientras metódicamente arregla su sándwich de pavo sobre una servilleta de papel. La luz del sol se filtra a través de las persianas polvorientas, captando el diamante en su mano izquierda - un recordatorio de que al menos alguien en esta oficina tiene su vida en orden.

"Juro que Karen está empeorando." Mi silla raspa contra el linóleo mientras me hundo en ella. El metal se siente frío a través de mi blusa de seda mientras me recuesto, aflojando mi cola de caballo apretada. "¿La viste en esa reunión? Pensé que su cabeza explotaría por una elección de fuente."

"La vena de su frente definitivamente estaba palpitando." Las uñas perfectamente arregladas de Jenna golpetean contra su vaso de té helado. Se inclina hacia adelante, bajando la voz. "Aunque tú tampoco estabas en tu mejor momento hoy."

Pincho un trozo de lechuga, frunciendo el ceño mientras el tenedor de plástico se dobla. "Estos plazos son ridículos."

Jenna deja su sándwich, limpiando sus dedos deliberadamente con una servilleta. Sus ojos se entrecierran mientras me estudia, cabeza inclinada. "¿Desde cuándo faltas a los plazos? Normalmente eres la que envía hojas de cálculo codificadas por colores con semanas de anticipación."

"Quizás solo estoy..." Mis dedos tamborilean contra la mesa, buscando palabras. Empujo el tomate cherry alrededor de su prisión de plástico, viéndolo dejar rastros rojos como diminutas escenas del crimen. "Quizás estoy cansada de que mi alma sea aplastada en este páramo fluorescente mientras veo a Karen llevarse el crédito por mi trabajo."

"Ahí está." Jenna se endereza, una sonrisa satisfecha jugando en sus labios. Su silla chirría mientras se acerca más. "He estado esperando este colapso mental."

"No es un colapso mental." Mis hombros se curvan hacia adentro, defensivos. "Nos contrataron aquí más o menos al mismo tiempo. ¿Recuerdas cuando pensábamos que este trabajo sería emocionante? ¿Crear campañas?"

"¿En lugar de métricas interminables e informes de clientes?" Sus labios se tuercen mientras juega con la corteza de su sándwich. "Sí, el sueño murió bastante rápido."

"Esta mañana me dijo que mis gráficos parecían hechos por un niño de primaria." El tenedor repiquetea contra el recipiente mientras lo suelto, el apetito evaporándose. Presiono mis dedos contra mis sienes, donde un dolor de cabeza pulsa al ritmo de la luz parpadeante del techo. "Después de quedarme hasta la medianoche trabajando en ellos."

"Eso es solo Karen siendo Karen. Probablemente todavía está amargada por perder a Johnson."

"No es solo eso." Me aparto de la mesa. Cruzando los brazos, paseo por el pequeño espacio, los tacones haciendo clic contra el linóleo. "Cada mañana entro pensando 'quizás hoy será diferente'. Quizás hoy lograré algo que realmente importe."

Los ojos de Jenna siguen mi movimiento. "Hablando de diferente... has estado bastante distraída últimamente. Y no es solo el estrés del trabajo, ¿verdad?"

El calor sube por mi cuello. Me giro, fingiendo estudiar la triste colección de aperitivos rancios de la máquina expendedora. "No sé de qué hablas."

"Por favor." La palabra gotea diversión. "¿Quién es el chico que te gusta? Necesito detalles."

Mis dedos trazan el borde de mi cuello, donde todavía puedo sentir el calor fantasma de sus manos estabilizándome. Ojos avellana y mangas dobladas destellan en mi mente. "Se llama Ryan."

"¡Por fin!" La silla de Jenna raspa hacia atrás. Prácticamente rebota en su lugar, ojos brillando con interés. Su sándwich yace olvidado mientras se inclina sobre la mesa. "Detalles. Ahora. ¿Dónde lo conociste? ¿A qué se dedica? ¿Está bueno?"

"Él es..." Mis dientes atrapan mi labio inferior mientras me hundo de nuevo en mi silla. El recuerdo de colonia de cedro y cítricos acelera mi pulso. "Sirve bebidas en El Rincón."

Las cejas perfectamente arregladas de Jenna se alzan. "¿Un bartender?" Presiona sus palmas planas contra la mesa, inclinándose más cerca. "¿Olivia Hargrove, saliendo con un bartender?"

"No estoy saliendo con él. Apenas le he hablado."

"Pero quieres hacerlo." Su voz se suaviza mientras estudia mi rostro. "Puedo verlo en tus ojos cuando hablas de él."

"No importa lo que yo quiera. Lo último que necesito es otro desastre."

"No todos los hombres van a ser como Zack." Jenna estira el brazo a través de la mesa, sus dedos rozando mi muñeca. "No puedes dejar que un idiota infiel arruine tu vida."

"¿No puedo?" La amargura cubre cada palabra. "Todos sabían sobre él y Jessica. Todos excepto yo. ¿Tienes idea de cómo se siente eso?"

"Liv..."

"No, en serio." Las palabras brotan ahora. Arranco mi mano de la suya, poniéndome de pie nuevamente. "Pensé que lo tenía todo resuelto. Un buen tipo con un buen trabajo, del tipo que la abuela aprobaría." Mi garganta se tensa. "Del tipo que no desaparecería como lo hizo mi padre, o que no haría promesas que no pudiera cumplir como mamá."

La comprensión suaviza la expresión de Jenna. "Tu mamá... ¿sigue...?"

"¿Sobria? Este mes, sí." El recuerdo golpea fuerte: sentada a los trece años en la mesa de la cocina de la abuela, viendo el reloj marcar más allá de la medianoche. El clic rítmico de las agujas de tejer mientras esperábamos que mamá volviera del bar. "Pero quién sabe sobre el próximo mes."

Me hundo de nuevo en mi silla, repentinamente agotada.

"Por eso trabajas tan duro." La voz de Jenna es tranquila. "Por qué aguantas el abuso emocional de Karen. Estás aterrorizada de terminar como ella."

Mis hombros se alzan en un medio encogimiento, pero ambas sabemos que tiene razón. La voz de la abuela hace eco en mi cabeza: "La vida no te debe nada, Olivia. Tienes que trabajar por lo que quieres."

"¿Puedo preguntarte algo?" Jenna se inclina hacia adelante, su expresión seria. "Si no estuvieras atascada aquí... si el dinero no fuera un problema... ¿qué querrías hacer realmente?"

La pregunta me toma por sorpresa. "¿A qué te refieres?"

"Me refiero a que si pudieras hacer cualquier cosa, cualquier cosa en absoluto, ¿qué sería?"

La respuesta llega sorprendentemente rápido, como si hubiera estado esperando. "Ayudaría a niños. Los que crecen como yo lo hice, con padres que no pueden o no quieren estar ahí." Mi voz se fortalece mientras continúo. "Crear un lugar donde pudieran ir después de la escuela, recibir ayuda con la tarea, aprender habilidades para la vida. Un lugar donde se sintieran... normales."

"Eso es..." Jenna se reclina, genuina sorpresa cruzando sus rasgos. "Liv, eso es increíble. ¿Por qué nunca has hablado de esto antes?"

"Porque es solo un sueño." La realidad vuelve a asentarse mientras recojo los restos de mi almuerzo. "Y los sueños no pagan préstamos estudiantiles ni alquiler. Además, necesito averiguar cómo salvar este desastre de Peterson antes de que Karen tenga otro ataque."

"¿Sabes qué pienso?" La voz de Jenna me detiene mientras me pongo de pie. "Creo que tienes miedo."

Me quedo paralizada, el recipiente a medio camino del bote de basura. "¿Perdón?"

"De todo." Ella también se levanta. "De dejar este trabajo, de intentar algo nuevo. De hablar con este Ryan. Estás tan preocupada por terminar como tu madre que has dejado de vivir por completo."

La verdad de sus palabras duele. Mis dedos se tensan sobre el recipiente de plástico hasta que cruje. "Tengo que volver al trabajo."

"Solo... piénsalo, ¿vale?" Su expresión se suaviza mientras recoge los restos de su propio almuerzo. "La vida es demasiado corta para pasarla siendo miserable."

De vuelta en mi escritorio, la tarde se estira interminable. La sombra de Karen cae sobre mi teclado cada hora, cada visita añadiendo otro proyecto "urgente" a mi bandeja de entrada. La propuesta Peterson permanece intacta mientras me ahogo en hojas de cálculo y formularios de retroalimentación de clientes.

"¿Los gráficos para la campaña de redes sociales?" Karen se materializa a mi lado a las cuatro, haciéndome saltar. Su perfume nubla el aire, caro y sofocante.

"Casi terminados."

"Casi no es suficiente." Examina mi pantalla, sus labios frunciéndose hasta casi desaparecer. Sus uñas rojas golpean contra mi escritorio como pequeños martillos. "Esas fuentes están todas mal. ¿Necesito llevarte de la mano en cada decisión?"

"No, lo tengo controlado."

"Bien. Porque Peterson se adelantó. Presentamos el viernes."

Mi estómago da un vuelco. "¿El viernes? Eso es imposible—"

"Entonces quédate hasta tarde. Haz lo que sea necesario." Se gira sobre sus tacones, el movimiento lo suficientemente brusco como para agitar los papeles en mi escritorio. "Y Olivia, intenta no estropear este también."

Las cinco llegan y pasan. La oficina se vacía en oleadas: primero los becarios, luego los gerentes de cuenta, finalmente los otros asociados de marketing. Para las siete, mis ojos arden de tanto mirar proyecciones presupuestarias. La aspiradora del equipo de limpieza proporciona música de fondo a mi creciente dolor de cabeza.

Debería irme a casa. Calentar pasta sobrante, darme un baño, intentar salvar lo que queda de este día. En cambio, me encuentro dirigiendo mi coche hacia el centro, hacia El Rincón. Hacia él.

Los lunes por la noche son tranquilos. Probablemente no esté trabajando. Pero sigo conduciendo, atraída por el recuerdo de su contacto, sus ojos, la posibilidad de algo real. De algo diferente.

La voz de la abuela susurra sobre decisiones responsables. Sobre trabajar más duro, hacerlo mejor. La voz de mamá se une con promesas arrastradas de mejores mañanas. Pero por una vez, las ignoro a ambas.

El letrero de neón brilla contra el cielo oscurecido, proyectando sombras azules y rojas sobre mi tablero. Solo una copa, me digo a mí misma. Solo para ayudarme a relajarme después de un día estresante.

Pero mientras me acerco más y más, sé que es una mentira. No estoy aquí por las bebidas. Estoy aquí por él. Y eso me aterra más que cualquier plazo que Karen pudiera darme.

5

RYAN

Los lunes son una mierda.

El Corner Bar se asienta en su tranquila rutina mientras limpio la barra de cobre por centésima vez esta noche. Frank Morris sorbe su whisky habitual al final de la barra, mientras los Miller comparten su cita semanal en el reservado tres. La vieja máquina de hielo gruñe y escupe, procesando otra tanda con todo el entusiasmo propio de un lunes.

Pero no es por eso que los lunes son una mierda. Lo son porque están más lejos del viernes.

De ella.

Los paneles de madera envejecida absorben el jazz que flota a través de los altavoces ocultos mientras organizo las entregas de licor del día. Todo aquí lleva mi sello después de dos años, desde la cuidadosa selección de bebidas premium hasta el menú, lo suficientemente sofisticado para atraer a la clientela adecuada sin perder a nuestros habituales.

"Oye, bartender."

Una morena en la barra juguetea con su copa vacía, sus uñas rojas repiqueteando contra el cristal. Podría llamarse Jessica, o tal vez Emily. Lleva una hora aquí, cada copa acompañada de insinuaciones cada vez más obvias.

"¿Me pones otro margarita?" Se inclina hacia adelante, su escote no deja mucho a la imaginación. "Con extra de sal esta vez."

Mantengo mis movimientos mecánicos mientras preparo su bebida. "Claro."

"Sabes..." Observa mis manos mientras mido el tequila. "Eres muy bueno en esto. La forma en

que te mueves, es como ver arte."

El cumplido resbala como agua. He escuchado todas las variaciones, especialmente durante el happy hour de los lunes cuando los oficinistas se envalentonan.

"Debe requerir mucha práctica," continúa. "Esas manos se ven fuertes."

Le deslizo su bebida por la barra, con expresión neutral. "Aquí tienes."

"Gracias." Me agarra la muñeca antes de que pueda retirarme. "Entonces, ¿a qué hora sales?"

"Tarde." Retrocedo, rompiendo el contacto. "Avísame si necesitas algo más."

Su puchero sería cómico si no fuera tan familiar. Me muevo por la barra, reponiendo vasos y atendiendo a otros clientes, pero mi mente divaga hacia ojos azul zafiro y rizos dorados.

¿Qué diría Olivia si le pidiera matrimonio?

El pensamiento me paraliza a medio servir, el whisky casi desbordando el vaso de Frank. Él arquea una ceja ante mi torpeza inusual, pero apenas lo noto. El peso del ultimátum de mi padre me oprime el pecho: matrimonio en tres meses o ver desaparecer mis sueños.

Pero ya no se trata solo del bar. Ni siquiera de la destilería. En algún momento entre su primer tímido "Cabernet, por favor" y el viernes pasado cuando cayó en mis brazos, Olivia se convirtió en algo más que una solución a las exigencias de mi padre.

La puerta se abre, el aire invernal corta el calor. Mi corazón se agita cuando ella entra. Se detiene, recorriendo la sala con esos profundos ojos azules antes de dirigirse a su mesa habitual en la esquina.

No es viernes. La sorpresa de verla me recorre como electricidad.

Agarro un menú, secándome las palmas repentinamente húmedas en el paño que llevo en el bolsillo trasero. La morena de la barra me dice algo, pero ya estoy caminando hacia la mesa de Olivia.

"No es viernes," digo al llegar, intentando sonar casual a pesar de cómo se acelera mi pulso cuando me mira.

Levanta la vista, sus ojos zafiro encuentran los míos, y mi compostura ensayada se desvanece. Una suave sonrisa juega en las comisuras de su boca, aunque el cansancio ensombrece su rostro.

"Día difícil."

"¿Quieres contarme?" Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Una parte de mí - la que ha estado sirviendo bebidas y esquivando insinuaciones durante dos años - sabe que debería mantener la distancia. Pero hay algo en la forma en que sus hombros se hunden.

Sus dientes atrapan su labio inferior, y mi mente queda en blanco por un momento. Ese gesto inconsciente me hace cosas que ella no puede imaginar. "Quizás más tarde."

Asiento mientras le entrego el menú. "¿Puedo traerte algo de beber?"

Abre el menú, pero sus ojos permanecen fijos en un punto. Un suave rizo dorado cae hacia adelante, capturando la luz ámbar del techo. Mis dedos ansían apartarlo, sentir si es tan sedoso como parece. La idea de tocarla, incluso tan inocentemente, me envía calor por el pecho.

"No estoy segura," murmura, aunque ambos sabemos exactamente lo que pedirá. Ha tomado lo mismo cada viernes durante dos meses, excepto que ahora es lunes, y su presencia aquí se siente diferente. Más deliberada.

Me inclino más cerca, atraído a su espacio como por gravedad. "Sabes," mi voz baja más íntima de lo que pretendo, "normalmente te mantienes fiel a tu vino."

Un rubor colorea sus mejillas, extendiéndose por su cuello. Cierra el menú con movimientos cuidadosos. "Me conoces bien."

"No lo suficiente." Las palabras salen ásperas de honestidad. Quiero saberlo todo: por qué viene aquí sola, qué la hace sonreír, qué la impulsa a trabajar hasta que el cansancio nubla esos hermosos ojos.

Ella levanta la mirada bruscamente ante mi tono. Noto su rápida inspiración, observo su pulso latir visiblemente en su garganta. Algo eléctrico pasa entre nosotros.

"Todavía no," añado, con la promesa pesada en mi lengua mientras tomo el menú. Nuestros dedos se rozan esta vez - por accidente o a propósito, no estoy seguro. Pero el contacto envía chispas por mi brazo.

De vuelta en la barra, selecciono su copa de vino con especial cuidado, puliéndola hasta que brille. El Cabernet fluye como rubíes líquidos, y me descubro deseando que se quede más tiempo esta noche. La morena en la barra hace señas pidiendo su cuenta, la decepción evidente en la curva descendente de su boca. Apenas lo noto, mi atención vuelve a la mesa de Olivia.

Las horas pasan en una danza familiar de servir bebidas y dar cambio, pero mi consciencia de

ella nunca se desvanece. Alrededor de las nueve, saca su portátil, su brillo azul proyectando sombras en su rostro. El ceño entre sus cejas se profundiza mientras teclea, sus labios apretados en concentración. De vez en cuando, pasa sus dedos por su pelo con frustración, y cada vez que hace ese gesto atrae mi mirada.

¿Cómo sería ser yo quien aliviara esa tensión de sus hombros?

El bar se vacía gradualmente. Frank termina su noche con una propina generosa, mientras el equipo de limpieza comienza su rutina habitual.

Para las diez, la tensión en sus hombros se ha vuelto visible incluso desde el otro lado del local. No deja de revisar su teléfono, cada mirada seguida de un ligero hundimiento. Sea lo que sea en lo que está trabajando claramente le está causando estrés, y el instinto protector que surge en mi pecho me toma por sorpresa.

"Última ronda," anuncio, más por costumbre que por necesidad. Los clientes restantes recogen sus cosas, pero Olivia sigue concentrada en su trabajo, con el labio inferior atrapado entre los dientes otra vez.

Una vez que los últimos clientes se van, mis pies me llevan a su mesa por voluntad propia. Está tan absorta en su pantalla que no nota mi acercamiento. De cerca, el cansancio es más evidente - ligeras sombras bajo sus ojos, cierta tensión alrededor de su boca.

Me deslizo en el asiento frente a ella. "¿Trabajando hasta tarde?"

Se sobresalta ligeramente, llevándose la mano al pecho. Luego sus labios se curvan en una sonrisa cansada que hace que mi corazón se agite. "Plazos de entrega. Mi jefe adelantó una presentación importante."

"Cuéntame." Me recuesto, estudiando cómo la luz tenue juega con sus facciones. Incluso agotada, es la mujer más hermosa que he visto jamás. La idea de que pase incontables horas en alguna prisión corporativa hace que apriete la mandíbula.

Ella duda. "No es nada emocionante. Informes de marketing, métricas de clientes. El tipo de trabajo corporativo que te aplasta el alma y te hace cuestionar tus decisiones de vida." Se le escapa una risa amarga. "Mi jefe dijo que mis gráficos parecían hechos por un niño de primaria. Después de quedarme hasta la medianoche trabajando en ellos."

"Lo odias." La observación viene de haberla observado estos últimos meses, viendo cómo cambia su expresión cuando saca ese portátil.

"¿Tan obvio es?" Su sonrisa se vuelve auto despreciativa.

"Solo en la forma en que toda tu expresión se apaga cuando hablas de ello," me inclino ligeramente hacia adelante. "Como si alguien apagara la luz detrás de tus ojos."

Traza patrones aleatorios en la mesa con un dedo, sin encontrar mi mirada. "Paga las facturas."

"¿Pero qué preferirías estar haciendo?" Me encuentro genuinamente curioso. "¿Si el dinero no fuera un problema?"

Sus ojos encuentran los míos, la vulnerabilidad brillando en sus profundidades. Algo en mi pecho se tensa ante su vacilación. "¿Prometes no reírte?"

"Nunca." La palabra sale feroz de sinceridad.

Toma un respiro profundo, sus dedos aún trazando patrones. "Quiero ayudar a niños. Los que crecen como yo, con padres que..." Traga con dificultad, y resisto el impulso de tomar su mano. "Que no pueden o no quieren estar ahí. Crear un lugar donde puedan ir después de la escuela, recibir ayuda con las tareas, aprender habilidades para la vida. Un sitio donde se sientan normales."

La pasión en su voz me toma por sorpresa. Es lo más animada que la he visto, el color subiendo a sus mejillas mientras habla. Por un momento, puedo verlo claramente - ella construyendo algo significativo, algo que importa. La imagen le queda de una manera que los informes corporativos nunca podrían.

Una idea echa raíces, peligrosa pero tentadora. Cien mil dólares le ayudarían a dar el comienzo que necesita. La idea de ayudarla a alcanzar este sueño hace que mi pulso se acelere.

"Deberías hacerlo," digo antes de poder detenerme.

Ella ríe, pero no hay humor en ello. Sus hombros se curvan ligeramente hacia dentro. "Claro. Porque los sueños pagan los préstamos estudiantiles y el alquiler."

"¿Y si el dinero no fuera un problema?" Las palabras salen cuidadosamente, tanteando.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, la cautela reemplazando la vulnerabilidad. "¿A qué te refieres?"

"Solo... hipotéticamente." Me inclino hacia adelante, calentándome a la idea. La idea de verla atrapada en ese trabajo que le aplasta el alma cuando podría estar haciendo algo significativo me hace doler el pecho. "Si alguien quisiera invertir en tu sueño, ayudarte a empezar..."

"Ryan." Sacude la cabeza, pero capto el destello de esperanza en su expresión antes de que lo suprima. "Eso es una locura."

"¿Lo es?" Mantengo su mirada, tratando de transmitir mi sinceridad. "Tienes pasión por esto. Tienes una visión. A veces eso es todo lo que se necesita."

Me estudia por un largo momento, algo cambiando en sus ojos. La manera en que me mira - como si tratara de resolver un rompecabezas - hace que mi corazón se acelere. "¿Por qué te importa?"

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de posibilidades. Mis razones se enredan en mi pecho - el ultimátum del matrimonio, los sentimientos crecientes que no puedo negar, el simple deseo de verla feliz. ¿Cómo puedo decirle que ver cómo desperdicia su talento me duele físicamente? ¿Que quiero ser yo quien devuelva la luz a sus ojos?

"Porque," digo finalmente, eligiendo la verdad más simple, "mereces más que ser miserable."

El reloj da las once, haciéndola saltar. Mira su portátil, luego a mí, y veo las murallas volviendo a levantarse. Duele más de lo que debería.

"Debería irme." Empieza a recoger sus cosas, con movimientos rápidos y nerviosos.

Me pongo de pie mientras guarda su computadora en el bolso, observándola reconstruir su cuidadosa distancia. Cuando levanta la mirada de nuevo, la vulnerabilidad se ha ido, reemplazada por un despego cortés que me hace doler el pecho.

"Gracias," dice suavemente. "Por escuchar."

"Cuando quieras." Lo digo más en serio de lo que ella podría saber.

Duda al borde de la mesa. Por un momento, pienso que podría decir algo más. "¿Nos vemos el viernes?"

"Ya sabes dónde encontrarme." Intento mantener un tono ligero.

Mientras ajusta la correa de su bolso, me sorprendo mirándola fijamente. Cada detalle se siente más nítido en este momento – el modo en que sus dedos tiemblan ligeramente, el suave rubor que aún persiste en sus mejillas, la manera en que se coloca un rizo dorado detrás de la oreja con una gracia casi nerviosa. Está a punto de alejarse, y mi pecho se aprieta como un tornillo.

Se detiene, mirándome de nuevo. "Buenas noches, Ryan."

Su voz es suave, pero lleva esa misma distancia cortés que usa cuando intenta protegerse. Me vuelve loco.

Asiento, logrando una débil sonrisa. "Buenas noches, Olivia."

Se gira hacia la puerta, y es entonces cuando me golpea. **A la mierda.**

El pensamiento me embiste con la fuerza de un tren de carga. ¿Qué es lo peor que puede decir? ¿No? Al menos así lo sabré. Prefiero tener la respuesta ahora que seguir volviéndome loco imaginando lo que podría ser.

No puedo esperar más. No hasta el viernes. No por algún momento perfecto que nunca llegará. El miedo al rechazo puede estar arañando mi pecho, pero la idea de dejarla ir sin preguntar es peor. Mucho peor.

Antes de poder detenerme, doy un paso hacia su figura que se aleja. Mi corazón golpea contra mis costillas, lo suficientemente fuerte como para ahogar todo lo demás. "Olivia."

Se detiene a medio paso, volviéndose para mirarme. Esos ojos zafiro encuentran los míos, grandes e interrogantes, y por un momento olvido cómo hablar. Trago con fuerza, forzando a las palabras a salir.

"Necesito preguntarte algo."

OLIVIA

La voz de Ryan me detiene en el umbral. El peso en su tono hace que mis dedos se aferren al marco de la puerta, mi corazón repentinamente retumbando contra mis costillas. Cuando me volteo, sus ojos color avellana sostienen los míos con una intensidad que me roba el aliento.

"Necesito preguntarte algo."

Mi garganta se contrae alrededor de las palabras. "¿Sí? ¿Qué es?"

Se pasa la mano por el pelo. La tenue luz ámbar resalta la tensión en su mandíbula mientras señala una de las mesas cerca de la puerta. "Siéntate."

Cada instinto me grita que me vaya, que escape de lo que sea que viene. Mi bolso se siente pesado en mi hombro mientras dudo, estudiando su rostro. Algo en su expresión hace que mi estómago se retuerza en nudos. El suave jazz que suena en el ambiente parece desvanecerse mientras me dirijo hacia la mesa.

La silla raspa contra la madera mientras me siento. Mis dedos encuentran la correa de mi bolso, aferrándose a ella como un ancla. "¿Qué está pasando?"

Ryan se acomoda frente a mí. Hay algo vulnerable en sus ojos que nunca había visto antes.

"Necesito pedirte que te cases conmigo."

Las palabras golpean como un golpe físico. Mis pulmones olvidan cómo funcionar mientras lo miro fijamente, segura de que he escuchado mal. La habitación parece inclinarse ligeramente. Me pregunto si esto es algún tipo de broma porque no puede ser real.

"¿Perdón?" Mi voz sale más aguda de lo normal, afilada con incredulidad.

"Olivia." Se inclina ligeramente hacia adelante, su expresión intensa. "Solo... escúchame."

"¿Escucharte? Ryan, acabas de pedirme que me case contigo." Mis dedos se aferran al borde de la mesa, buscando algo sólido para anclarme.

Exhala lentamente, pasándose una mano por la cara. Cuando me mira de nuevo, hay un toque de resignación en sus ojos. "Mi padre me está cediendo oficialmente El Bar. Y la destilería que tenemos."

Mi mente tropieza con las palabras. "Espera." Parpadeo rápidamente, tratando de procesar esta nueva información. "¿Tu padre es dueño de este lugar? ¿Tú eres dueño de este lugar?"

Una ligera sonrisa tira de su boca mientras asiente. "Sí. Mi familia ha sido propietaria durante años. Lo he estado dirigiendo los últimos dos."

"Todo este tiempo..." La realidad se hunde lentamente. "Pensé que eras solo... un cantinero."

"No exactamente lo anunciaba. Quería ganarme mi lugar aquí, no que la gente pensara que solo era un niño rico dirigiendo el bar de su padre."

La confesión me desestabiliza. Cada interacción que hemos tenido de repente cambia en mi mente, adquiriendo un nuevo contexto. "Vale." Me obligo a concentrarme. "¿Qué tiene que ver todo esto con... el matrimonio?"

Su mandíbula se tensa visiblemente. "Mi padre no cree que sea capaz de dirigir ambos negocios siendo soltero. Está convencido de que convertiré este lugar en una especie de patio de juegos y me acostaré con cualquiera que lleve falda. Me dijo que tengo que estar casado si quiero el control total."

"Eso es una locura." Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

"Lo sé." Sacude la cabeza. "Pero es su condición, y la destilería lo significa todo para mí. No se trata solo de hacer licor, se trata de construir algo significativo. Mi propia marca, mi propia huella en el mundo. Algo que perdure."

La pasión en su voz me toma por sorpresa. Nunca lo había escuchado hablar así antes, con tanta honestidad cruda. Mi mirada cae a la mesa mientras intento procesar todo.

¿Por qué yo? La pregunta hace eco en mi mente, implacable e imposible de responder. Cada vez que vengo a este bar, siempre hay una mujer lanzándose sobre él, recostándose sobre la barra como si estuviera haciendo una audición para un papel en su cama. Es imposible no notar cómo sus manos se demoran demasiado en su brazo, cómo sus voces se suavizan cuando dicen su

nombre. Y sin embargo, ¿me lo pide a mí? ¿A la chica tímida que apenas puede formar una frase coherente cuando está a menos de dos metros?

No lo entiendo. Podría tener a quien quisiera. Es el hombre más sexy que he visto jamás, y lo he visto lo suficiente en mis sueños para probarlo. Esa mandíbula cincelada, la forma en que sus mangas abrazan sus antebrazos cuando se las sube, la manera en que sus labios se curvan en esa sonrisa de lado que me vuelve loca. Ni siquiera quiero pensar en las veces que he llegado a casa los viernes por la noche y me he dado placer con su imagen. Mis mejillas arden mientras aparto el recuerdo.

Pero la verdad es que sí pienso en él. Demasiado. La forma en que sus ojos color avellana parecen cambiar con la luz, destellando entre dorado y verde. La manera en que sus dedos se mueven con precisión y gracia mientras sirve bebidas, firmes y seguros. El pensamiento por sí solo envía calor enrollándose en mi vientre, el tipo de anhelo que es tanto emocionante como aterrador.

Pero él no me conoce. No realmente. Claro, he pasado un par de meses sentada en la misma esquina, pidiendo el mismo vino, pero eso difícilmente es una base para el matrimonio. Y sin embargo aquí está, mirándome como si fuera la única mujer en el mundo.

"¿Estás seguro de que quieres pedírmelo a mí?" La pregunta sale apenas por encima de un susurro.

"Sí." No hay vacilación en su voz. "Eres la única persona con quien querría hacer esto."

"Ryan..." Presiono mis dedos contra mi sien, donde un dolor de cabeza comienza a pulsar. "Apenas nos conocemos. Esto es completamente una locura."

"No tiene por qué serlo." Su voz se suaviza, y cuando miro hacia arriba, su expresión ha cambiado a algo más suave. "Haré que valga la pena."

Mi ceño se frunce. "¿Qué significa eso?"

"¿Recuerdas nuestra conversación anterior? Te daré cien mil dólares para que los uses en tus sueños." Se inclina hacia adelante, sus ojos fijos en los míos. "Renuncia a ese trabajo que odias. Comienza tu programa para niños. Nunca más tendrías que lidiar con Karen."

El aire se siente demasiado fino de repente. La posibilidad de escapar de Wilson & Brooks hace que mi cabeza dé vueltas. "¿Harías... eso?"

"Absolutamente." Su intensidad me clava a mi silla. "Creo en ti, Olivia. Creo en lo que quieres hacer. Podrías tener la libertad para hacerlo realidad. No más infierno corporativo."

El pensamiento envía electricidad por mis venas. No más Karen. No más morir por dentro cada día. No más ver cómo mi alma se marchita lentamente.

"Pero... tendríamos que casarnos," digo lentamente. "¿Cuándo quieres hacer esto?"

"Tres meses es el plazo de mi padre." Se mueve en su silla, y capto un toque de nerviosismo bajo su compostura. "Pero no quiero alargarlo. Hagámoslo el viernes."

"¡¿El viernes?!" La palabra sale como un chillido.

"Sí." Su mirada permanece firme. "¿Por qué esperar? Prefiero terminar con esto y acabar con las condiciones de mi padre. Y estoy bastante seguro de que te gustaría renunciar a tu trabajo esta semana."

La imagen destella en mi mente: entrar a la oficina de Karen, entregar mi renuncia. El pensamiento me marea con posibilidades.

"Esto es..." Sacudo la cabeza, tratando de aclararla. "Esto es completamente una locura."

"Hay una cosa más." Su tono se vuelve más pesado, y algo en mi pecho se contrae.

"¿Qué es?"

Toma un respiro profundo, sus dedos flexionándose contra la mesa. "Necesitaríamos tener un hijo dentro de los tres años posteriores a nuestro matrimonio. Pero si dijeras que sí, me gustaría hacer eso lo antes posible también. No necesito las condiciones de mi padre sobre nosotros durante años."

El mundo se detiene.

Mi respiración se atora en mi garganta mientras los recuerdos inundan mi mente: noches pasadas en casa de la abuela mientras mamá estaba en el bar, el ciclo constante de esperanza y decepción. El peso de ser no deseada presiona contra mi pecho. Las cicatrices de mi infancia laten como heridas frescas.

"Un hijo," susurro.

Asiente, observándome cuidadosamente. "Es parte del trato. Y sé que es mucho. Pero estaría ahí en cada paso del camino."

Bajo el miedo, algo más se agita: un anhelo que he enterrado profundamente. El sueño de darle a

un niño todo lo que nunca tuve, de romper el ciclo que definió mi propia infancia. El pensamiento me aterroriza y me tienta en igual medida.

"Ryan." Mi voz tiembla. "Necesito tiempo para pensar en esto. No solo me estás pidiendo que me case contigo, me estás pidiendo que tenga un bebé. No puedo aceptar eso en los próximos cinco minutos."

Asiente, su expresión seria. "¿Cuánto tiempo necesitas?"

"No lo sé." Mi cabeza da vueltas con preguntas. "¿Cómo funcionaría esto? ¿Necesitamos una boda real?"

"Estaba pensando en el registro civil," dice. "Rápido y simple." Sus ojos buscan mi rostro. "A menos que quieras algo más grande con familia. Es tu elección."

El pensamiento de una gran boda envía pánico trepando por mi columna. ¿Mi familia? ¿En una boda? Casi me río de lo absurdo. Mi adorada abuela estaría allí, por supuesto. ¿Pero el resto? La idea por sí sola hace que mi estómago se revuelva.

Ya puedo imaginar a la tía Lisa y la tía Cindy estallando en una pelea a gritos, no por cosas inofensivas como los arreglos de las mesas, sino porque Cindy se acostó con el marido de Lisa, dos veces, y Lisa se aseguraría de que toda la sala lo supiera. El primo Louie sin duda aparecería drogado, coqueteando con los camareros mientras presume sobre el esquema piramidal que insiste es su "próspero negocio". El tío Ray llegaría ya borracho, derramando whisky sobre el traje de alguien. Y mi madre... Oh, ella encontraría la manera de recordarle a todos sobre aquella vez que me negué a sacarla de la cárcel por conducir ebria, convirtiendo mi boda en su último colapso mental.

No. Simplemente no.

"No," digo firmemente. "El registro civil está bien."

Me estudia por un largo momento, luego asiente. "De acuerdo."

Tomo un respiro tembloroso, estabilizándome. "Necesito al menos veinticuatro horas para pensar en esto."

"Me parece justo." Saca su teléfono y lo desliza por la mesa. "Pon tu número y te enviaré un mensaje. Llámame cuando decidas."

Mis dedos tiemblan mientras escribo mi número en sus contactos. Cuando se lo devuelvo, agarro mi bolso y me levanto rápidamente, incapaz de sostener su mirada por más tiempo.

"Buenas noches, Ryan."

"Buenas noches, Olivia."

El aire frío me golpea como una bofetada cuando salgo. Mis tacones resuenan contra el pavimento mientras me apresuro hacia mi coche, cada paso haciendo eco en la noche tranquila. Dentro del coche, me siento en la oscuridad, mirando a la nada mientras mi mente corre.

Mi teléfono se siente pesado en mi mano mientras lo saco. Escribo rápidamente: *"Encuéntrame en el Café Nima por la mañana. Es una emergencia. 8 a.m."*

La respuesta de Lauren llega al instante: *"Estaré allí. ¿Qué está pasando?"*

No respondo. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

El viaje a casa pasa en un borrón de luces de la calle y pensamientos dispersos. Matrimonio. Un bebé. Cien mil dólares para perseguir mis sueños. Todo lo que siempre he querido envuelto en el paquete más imposible.

Cuando finalmente me estaciono, me quedo sentada por un largo momento, agarrando el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Ya sé que no podré enfrentar el trabajo mañana. No hay manera de que pueda concentrarme en Karen y los plazos con esto sobre mi cabeza.

Mañana, llamaré para reportarme enferma. Mañana, me reuniré con Lauren e intentaré dar sentido al hecho de que estoy considerando casarme con Ryan Carter. Necesito decidir si estoy lista para cambiar toda mi vida.



La campana suena cuando entro al Café Nima. El aroma de café recién hecho y pasteles calientes llena el aire, un fuerte contraste con el viento helado de enero. Mis dedos tiemblan mientras me desabotono la chaqueta, recorriendo con la mirada la multitud matutina.

Lauren saluda con la mano desde su rincón. Incluso a las ocho de la mañana, su maquillaje es perfecto, su pelo perfectamente arreglado. Parece exactamente alguien que tiene su vida en orden. Todo lo que no me siento ahora mismo.

"Toma." Empuja una taza humeante de café por la mesa mientras me deslizo en el asiento. "Parece que lo necesitas."

Mi bolso cae a mi lado con un golpe sordo. Envuelvo mis dedos fríos alrededor de la cerámica

caliente.

"Ryan me pidió que me case con él."

La taza de Lauren se detiene a medio camino de su boca. "¿Qué? ¿El del bar?"

"Anoche." Miro fijamente mi bebida. "Quiere hacerlo el viernes."

"¿Este viernes?" La taza golpea el platillo con suficiente fuerza para derramar líquido. "Empieza a hablar. Ya."

Tomo un sorbo ardiente. "Su padre es dueño del Corner Bar. Y de una destilería. Se los está dando a Ryan, pero solo si se casa."

"Espera." Lauren levanta una mano. "¿Ryan es dueño del bar?"

"Sí... su familia ha sido propietaria durante años." Las palabras salen atropelladamente. "Su padre cree que necesita sentar cabeza primero."

"¿Y te eligió a ti?" Arquea las cejas. "¿Después de qué, dos meses sirviéndote vino?"

"Me ofreció dinero." Mi estómago se retuerce al decirlo en voz alta. "Cien mil dólares para comenzar mi programa soñado. El de los niños."

La boca de Lauren se abre y se cierra. Mira alrededor antes de inclinarse más cerca. "¿Cien mil? ¿Por casarte con él?"

"Y tener su bebé."

El silencio se extiende entre nosotras. Los ojos de Lauren se agrandan tanto que pienso que podrían salirse. Luego ríe, lo suficientemente fuerte para atraer miradas de las mesas cercanas.

"Solo tú." Se seca los ojos. "Solo tú convertirías pedir vino en un matrimonio arreglado."

"Esto no es gracioso."

"Es un poco gracioso." Asiente. "Pero en serio, ¿qué estás pensando?"

Trazo patrones en la condensación de mi taza. "No lo sé. Es una locura."

"¿Lo es?" Lauren inclina la cabeza. "Has estado yendo allí todos los viernes solo para verlo."

El calor sube por mi cuello. No se equivoca. Paso más tiempo arreglándome para esas visitas de los viernes que para citas reales.

"Hay algo ahí," continúa. "Lo veo en cómo hablas de él."

"¿Pero matrimonio? ¿Un bebé?"

"¿Sería tan terrible?" Agarra mi mano por encima de la mesa. "Podríamos estar embarazadas juntas."

"Lauren—"

"Piénsalo." Sus ojos se iluminan. "Austin y yo ya estamos intentando tener un bebé. ¡Nuestros hijos podrían crecer juntos! Si ambas tenemos niñas podríamos criarlas como hermanas."

Mi teléfono vibra contra la mesa. El nombre de Karen parpadea en la pantalla.

"¿Hola?"

"¿Cómo te atreves a tomarte un día por enfermedad con todos estos plazos?" La voz de Karen perfora la calma matutina. "Ni siquiera suenas enferma. ¿Tienes idea de cuánto trabajo tenemos que hacer esta semana?"

"Yo—"

"Ahórratelo," espeta. "Tienes suerte de tener este trabajo. Trae tu trasero aquí en menos de una hora o estás despedida. Si no estás en el hospital desangrándote, deberías estar trabajando. ¿Me he explicado con claridad?"

Un año de rabia hierve en mi pecho. Cada noche en vela, cada crítica, cada momento sintiéndome inútil bajo su pulgar cristaliza en perfecta claridad.

"¿Sabes qué, Karen? No."

El silencio crepita en la línea. Luego, "¿Qué acabas de decir?"

"Dije que no. Renuncio. Encuentra a alguien más para intimidar. Ya estoy harta."

La satisfacción de colgar la llamada me llena de una extraña ligereza. Mi teléfono repiquetea contra la mesa.

Lauren me mira boquiabierta. "¿Acabas de—?"

"¿Renunciar?" Una risa aguda se me escapa. "Sí."

Chilla, atrayendo más miradas. "¡Dios mío! Karen debe estar teniendo un aneurisma."

"Bien." Me recuesto. "Que se ahogue con sus plazos."

Lauren estudia mi rostro. "¿Y ahora qué?"

Saco mi teléfono otra vez. Mis manos tiemblan ligeramente mientras escribo: "Acepto."

La respuesta de Ryan llega al instante: "Bien. Nos vemos el viernes, señora Carter."

Mi estómago da un vuelco con esas palabras.

"¿Y bien?" pregunta Lauren.

Me subo la cremallera de la chaqueta con dedos entumecidos. "Me voy a casar."

"¿Dónde? ¿Qué te vas a poner?"

"Registro civil." Agarro mi bolso. "Y no tengo ni idea."

"¡Déjame ayudarte a encontrar algo! Tenemos que asegurarnos de que te veas perfecta el viernes." Recoge sus cosas.

El aire frío golpea mi cara cuando salimos. La realidad comienza a hundirse, pesada en mi pecho.

Desbloquea su coche, luego se vuelve hacia mí. "¿Estás segura de esto?"

La pregunta hace eco en mi cabeza. El rostro de Ryan destella en mi mente: la forma en que me miró anoche, intenso y vulnerable a la vez. La posibilidad de escapar de Wilson & Brooks. Una oportunidad de ayudar a niños que crecieron como yo.

"Sí." Pero mi voz vacila.

Lauren arranca el coche. "Vamos a encontrar el vestido perfecto."

Miro por la ventana mientras nos incorporamos al tráfico. En unos días, estaré casada con Ryan Carter. El pensamiento envía hielo por mis venas.

¿Qué demonios estoy haciendo?

7

RYAN

El aroma añejo del whisky y el cuero impregna mi oficina. Golpeo un bolígrafo contra la pila de currículos que abarrotan mi escritorio, cada candidato difuminándose con el siguiente. Mañana me caso. El pensamiento me paraliza cada vez que cruza mi mente.

Olivia dijo que sí.

Mi pecho se tensa al recordar su mensaje. No sé qué habría hecho si hubiera dicho que no. El bar, la destilería - todo se habría esfumado. Pero sentado aquí ahora, eso no es lo que sigue repitiéndose en mi cabeza.

Son sus ojos. Esos ojos azules profundos que me toman desprevenido cada vez que levanta la mirada de su copa de vino. La forma en que se muerde el labio cuando está nerviosa. El ligero temblor en sus manos cuando alcanza su copa. Es hermosa, pero es más que eso. Hay una fuerza en ella que se muestra a través de las grietas de su cuidadosa compostura.

La luna de miel que ya he planeado es lo mínimo que puedo hacer por ella. Aceptó casarse conmigo tan rápido, sumergiéndose en esta locura sin dudarlo.

Estaremos fuera una semana, tiempo suficiente para que ella se relaje, y para que yo descubra cómo ser el tipo de esposo que merece. Pero primero, necesito asegurarme de que el bar no se venga abajo mientras no estoy. Dejaré a Sarah a cargo, pero aún necesito personal extra para que todo funcione sin problemas.

Mi mano se cierra con más fuerza alrededor del bolígrafo cuando otro pensamiento se cuela, uno que ha estado rondando en el fondo de mi mente desde el momento en que dijo que sí. Olivia, en bikini, su piel dorada acariciada por el sol, las curvas suaves que he imaginado demasiadas noches, finalmente al alcance de mis manos.

La idea provoca un calor en mi interior que tengo que reprimir; el deseo de verla así es casi

insoportable. Quiero tenderla bajo las estrellas, su cuerpo brillando a la luz de la luna, y escucharla decir mi nombre como si fuera una oración. Quiero que sus manos suaves recorran mi pecho, que sus labios se entreabran mientras me pierdo en su interior. La idea de sentirla envolviéndome, jadeando, temblando bajo mí, casi me hace perder el control aquí mismo, en esta oficina. Pero puedo esperar. Esperaré hasta que sea mía—completamente, irrevocablemente mía.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos.

"Tu primera entrevista está aquí." Sarah está en la puerta, con una ceja arqueada. "¿Listo?"

Ordeno los currículos. "Hazla pasar."

La mujer que entra se mueve como si estuviera entrando a una sala de juntas. Su melena negra se balancea con cada paso preciso, sus tacones resonando contra la madera. Todo en ella grita corporativa - desde su blazer a medida hasta su sonrisa ensayada.

"Señor Carter." Extiende una mano perfectamente manicurada. "Soy Amanda Pierce."

"Siéntese, Amanda."

Se acomoda al borde de la silla, tobillos cruzados. Su currículo lista una experiencia impresionante: restaurantes de lujo, bares de vino, incluso un breve paso por un establecimiento con estrella Michelin en Chicago. Su postura es impecable, su expresión estudiada, pero algo en ella se siente más ensayado que genuino.

"Cuénteme por qué le interesa El Corner Bar," pregunto, reclinándome en mi silla, intentando leer más allá de su pulido comportamiento.

Muestra una sonrisa que no llega a sus ojos. "Busco un ambiente más íntimo. Un lugar donde pueda hacer un verdadero impacto."

"Un impacto," repito, golpeando el bolígrafo contra el escritorio. "¿Qué tipo de impacto tiene en mente?"

"Su bar tiene... potencial," dice cuidadosamente, su mirada recorriendo las botellas firmadas detrás de mí. "Podría beneficiarse de un enfoque más refinado. Una carta de cócteles seleccionados, eventos exclusivos... cosas que eleven la marca y atraigan una clientela de mayor nivel."

Reprimo un suspiro. "El Corner Bar se construyó sobre la idea de ser accesible, un lugar donde cualquiera puede entrar y sentirse bienvenido. ¿Cómo equilibraría eso con 'elevar la marca'?"

Su sonrisa se tensa. "No se trata de cambiar el ambiente por completo, solo mejorarlo. Por ejemplo, catas exclusivas o eventos con entrada podrían atraer nuevo público sin interrumpir su flujo habitual."

Sus palabras suenan como sacadas de una presentación corporativa. "¿Cómo maneja un conflicto de equipo durante las horas punta? Digamos que un cantinero está priorizando un pedido complejo y el encargado del piso necesita apoyo con una sección llena. ¿Cuál sería su movimiento?"

Su pausa es casi imperceptible. "Le recordaría al equipo la visión general. Enfatizaría la importancia de la comunicación y el trabajo en equipo."

Esa es una respuesta vaga. Odio las respuestas vagas. "¿Y si eso no resuelve el problema inmediato?"

Su mirada vacila. "Intervendría y delegaría según corresponda."

"Última pregunta," digo, inclinándome hacia adelante. "¿Cuál es la cualidad más importante en un líder?"

"Visión," dice con suavidad. "Un líder debe guiar al equipo hacia el éxito a largo plazo."

La palabra cae sin peso. Sin profundidad. Sin entender lo que realmente se necesita para liderar en un lugar como este.

"Gracias por venir." Me levanto, terminando la entrevista antes. "Nos pondremos en contacto."

Su sonrisa flaquea, pero recupera la compostura. "Por supuesto. Gracias por su tiempo."

Sarah acompaña a Amanda fuera, luego regresa con una mueca de disculpa. "La siguiente es... diferente."

Diferente no alcanza a describirlo. Molly irrumpe como un torbellino en un vestido floreado, sus rizos rojos volando. Tiene harina en la manga y un roto en las medias.

"¡Perdón!" Malabariza un recipiente de plástico y su bolso. "Hubo todo un lío con mi gato y el gnomo de jardín del vecino... ¡en fin, traje galletas!"

Contengo una sonrisa. "Siéntese, Molly."

Se deja caer en la silla, el recipiente traqueteando. "Son de chocolate. Y de mantequilla de

cacahuete. No pude decidirme, así que hice ambas. ¿Es raro? Probablemente es raro."

Su entusiasmo llena la habitación. A diferencia de las respuestas pulidas de Amanda, las respuestas de Molly salen en tangentes y pensamientos a medio terminar. Habla sobre la panadería donde trabaja, sobre organizar eventos comunitarios, sobre cuánto le encanta el ambiente del Corner Bar.

"¿Pero por qué aquí?" Me inclino hacia adelante. "¿Por qué no quedarse en la panadería?"

Hace una pausa, retorciendo los dedos en su regazo. "¿Honestamente? Me encanta este lugar. No solo las bebidas o la música, aunque son geniales. Pero se siente real aquí. Como si la gente realmente se preocupara por los demás."

Por primera vez hoy, una respuesta se siente verdadera.

El resto de la tarde pasa en un borrón de entrevistas. Tyler, recién salido de la universidad, ansioso por probarse. Marcus, curtido por años en cocinas pero sólido. Ambos quieren el puesto de ayudante, ambos parecen adecuados.

Al anochecer, Sarah y Tom se unen a mí para revisar candidatos. Las galletas que dejó Molly están abiertas entre nosotros.

"Están buenas," murmura Tom con la boca llena.

Sarah pone los ojos en blanco. "Concéntrate. ¿Qué hay de Amanda?"

"Demasiado pulida." Aparto el currículo de Amanda. "Trataría este lugar como una corporación."

"Molly es algo dispersa," señala Tom.

"Pero genuina." Golpeo su solicitud. "Eso importa más."

Nos decidimos por Molly para el bar, Tyler y Marcus como ayudantes. Sarah toma notas mientras Tom empieza con el papeleo.

"Realmente lo vas a hacer," dice Sarah en voz baja. "Casarte mañana."

Mi estómago se tensa. "Sí."

"Con Olivia."

"No empieces."

Sonríe. "Demasiado tarde. Te hemos visto mirarla durante meses. Cada viernes por la noche, asegurándote de ser tú quien le sirve el vino. Solo que no sabíamos que estaban saliendo en secreto."

"No la estaba mirando," digo con una sonrisa. No quiero que sepan la historia completa de por qué nos vamos a casar. No es asunto suyo. Si piensan que hemos estado saliendo todo este tiempo, entonces... mejor.

"Por favor." Tom resopla. "Prácticamente me gruñiste cuando intenté tomar su pedido aquella vez."

El calor sube por mi cuello. "Solo... encárguense de todo mientras no estoy. Asegúrense de que Molly aprenda bien."

"Vale, pero dinos, ¿empezaste a salir con Olivia antes o después de que se convirtiera en cliente habitual?" Los ojos de Sarah brillan con picardía.

"Fuera." Señalo la puerta, conteniendo una sonrisa. "Los dos."

Recogen el papeleo, todavía sonriendo.

La oficina se siente más vacía después de que se van. Miro fijamente la pila de solicitudes completadas, pero mi mente divaga hacia mañana. Hacia Olivia. Hacia la forma en que sus manos temblaban cuando me dio su número de teléfono.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Connor: *"¿Seguimos con las copas?"*

Respondo: *"No puedo. Estoy manejando algunas cosas de última hora en el bar antes de casarme mañana."*

Su respuesta llega al instante: *"Todavía no puedo creer que te vas a casar, tío. ¡Bienvenido al club!"*

Me levanto y recojo mis llaves y chaqueta. Mañana, todo cambia. Mi padre consigue lo que quiere - estaré casado, establecido, siendo responsable. Pero mirando la foto de contacto de Olivia en mi teléfono, me doy cuenta de algo que me asusta más que perder el bar.

Realmente quiero esto. La quiero a ella. Y eso me aterroriza más que cualquier ultimátum que mi padre pudiera dar.

OLIVIA

El aire dentro del pequeño juzgado se siente diferente. Denso. Cargado con el peso de lo que está por suceder.

Mi pulso retumba en mis oídos mientras doy un paso cuidadoso hacia adelante, luego otro. Ryan está al final del corto pasillo, y por un momento, los nervios que corren por mis venas se transforman en algo más - un instinto, profundo e inquebrantable, de que estoy exactamente donde debo estar.

Esta sensación. Es la misma atracción que me ha llevado al Bar cada viernes por la noche. La misma certeza silenciosa que se agita en mi pecho cada vez que encuentro su mirada a través del salón.

Hace cinco días, estaba sentada en mi cubículo en Wilson & Brooks, temiendo otra reunión con Karen. Ahora camino hacia el hombre que está por convertirse en mi esposo.

Lleva un esmoquin negro que le queda perfecto - las líneas afiladas abrazando sus anchos hombros, estrechándose en su figura esbelta. Su pelo está bien peinado, pero tiene ese ligero desorden en los bordes que me hace sonreír. Sus ojos color avellana atrapan la luz matinal que se filtra por las altas ventanas, cambiando entre verde y dorado. Cuando se fijan en los míos, olvido cómo respirar.

Mi propio vestido fluye a mi alrededor con cada paso, la suave seda marfil abrazando mi cintura antes de caer al suelo. Este me llamó desde el momento en que lo vi - tirantes finos dejando mis hombros descubiertos, delicado encaje a lo largo del escote añadiendo el detalle justo sin sentirse excesivo.

La mirada de Ryan me recorre lentamente, deliberadamente. Sus labios se curvan en esa sonrisa conocedora que hace que el calor suba a mis mejillas.

¿Sabe lo que me hace? ¿Cómo la vista de él en ese esmoquin me hace querer pasar mis manos por cada centímetro de su cuerpo? Mis dedos tiemblan ligeramente alrededor de mi ramo de rosas blancas.

Entonces su sonrisa cambia a algo más suave, más firme. Está tranquilo y seguro.

El recorrido se siente interminable y demasiado corto a la vez. Cada paso me acerca a un futuro que nunca vi venir. La luz de la mañana pinta todo en tonos dorados.

Cuando llego a él, Ryan hace algo simple - extiende su mano hacia la mía. La tomo sin dudar. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, cálidos y reconfortantes, y me da un pequeño apretón. Mis piernas se sienten inestables, pero su agarre me ancla en mi lugar.

"Te ves hermosa," dice en voz baja, solo para mí.

El juez se aclara la garganta. "¿Comenzamos?"

Nos giramos para enfrentar al hombre mayor, pero la mano de Ryan permanece entrelazada con la mía. La ceremonia comienza, palabras tradicionales fluyendo sobre nosotros. Amor. Honor. Atesorar. Cada una lleva un nuevo peso ahora.

La voz de Ryan llena el pequeño espacio, baja y firme mientras recita sus votos. Su mirada nunca vacila de la mía, y la intensidad en sus ojos me roba el aliento. Cuando es mi turno, obligo a mi voz a mantenerse firme, pero las palabras se sienten frágiles al salir de mis labios.

"Yo, Olivia Marie Hargrove..."

Su pulgar traza círculos en mi palma mientras hablo, anclándome. El anillo de diamantes se desliza frío contra mi dedo, calentándose rápidamente con mi piel. Mis propias manos tiemblan ligeramente mientras coloco su anillo, pero su mirada firme me da fuerza.

"Puede besar a la novia."

Ryan se acerca, su mano libre subiendo para acunar mi rostro. Su pulgar acaricia mi mejilla, enviando escalofríos por mi columna. Entonces sus labios encuentran los míos. Son suaves pero insistentes, y el mundo se inclina bajo mis pies. El beso lo es todo - una promesa, un comienzo, un fuego encendiéndose entre nosotros. Mis dedos se aferran a su solapa, temerosos de soltarse. Cuando finalmente se aparta, mi corazón late contra mis costillas, y veo la misma mirada aturdida reflejada en sus ojos.

"Señora Carter," murmura. El sonido envía electricidad por mis venas.

El papeleo toma una eternidad - nombres y fechas y firmas haciéndolo todo oficial. Ryan está cerca, su mano cálida contra mi espalda baja. Cada toque envía chispas por mi piel.

La realidad comienza a hundirse mientras caminamos hacia las puertas. En menos de una hora, me he convertido en la esposa de alguien. La esposa de Ryan. El pensamiento hace que mi estómago dé un vuelco.

Un elegante Mercedes negro espera en la acera, nuestras maletas ya cargadas en el maletero. Ryan abre mi puerta, luego se desliza en el asiento del conductor. Sus dedos se flexionan en el volante mientras se gira hacia mí.

"¿Lista?"

No lo estoy. No estoy ni cerca de estar lista. Pero asiento de todos modos.

El motor ronronea cobrando vida. Mientras nos alejamos del juzgado, capto nuestro reflejo en la ventana - él en su traje perfecto, yo en seda blanca. El señor y la señora Carter.

Mi teléfono vibra en mi cartera de mano. Un mensaje de la abuela: *"Espero que sepas lo que estás haciendo, cariño."*

Recuerdo haberla llamado y mentido diciendo que conocí a alguien y nos enamoramos. No quería entrar en los detalles de este arreglo, aunque ella pensó que era extraño que me casara con un hombre que nunca le presenté. Todavía puedo escuchar la decepción en su voz aunque intentaba con todas sus fuerzas sonar comprensiva.

Miro las palabras hasta que la pantalla se oscurece. ¿Lo sé? Esta mañana me desperté soltera, desempleada y aterrada. Ahora estoy casada con un virtual desconocido que me lleva a nuestra luna de miel.

La mano de Ryan encuentra la mía sobre la consola. "¿Teniendo dudas?"

"No." La respuesta sale rápidamente. "Solo... procesando."

Su pulgar traza patrones en mi piel. "Podemos ir despacio, ¿sabes? Resolver las cosas sobre la marcha."

Me giro para estudiar su perfil. "¿Incluso con las condiciones de tu padre?"

"Incluso con esas." Me mira de reojo. "Esto puede haber comenzado por su ultimátum, pero no es por eso que te elegí a ti."

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de posibilidades. Quiero preguntar por qué me eligió. Qué le hizo mirar a la chica tímida del bar y pensar "material de esposa". Pero las preguntas se atascan en mi garganta.

En cambio, observo la ciudad pasar borrosa por mi ventana. Todo se ve diferente ahora, como si el mundo hubiera cambiado mientras no miraba. O tal vez soy yo la que ha cambiado.

"¿En qué piensas?" Ryan pregunta suavemente.

Mil respuestas se agolpan en mi mente. Pienso en lo natural que se siente tu mano en la mía. En lo aterrada que estoy de querer esto - quererte a ti - demasiado. En cómo esto podría terminar siendo el mayor error o la mejor decisión de mi vida.

"Estoy pensando," digo finalmente, apretando su mano, "que donde sea que me lleves mejor que tenga buen vino."

Su risa llena el coche, rica y cálida. "El mejor."

Nos incorporamos a la autopista hacia el aeropuerto. Hacia nuestro futuro, lo que sea que eso signifique ahora. Mi anillo de bodas atrapa la luz del sol, lanzando pequeños arcoíris por el tablero.

"¿De verdad no me vas a decir a dónde vamos?" insisto, ladeando la cabeza.

Sus ojos color avellana me miran de reojo, brillando con diversión. "Paciencia, señora Carter."

El sonido de mi nuevo nombre en sus labios me atraviesa como una descarga. Desvío la mirada, pero él se inclina más cerca, su voz bajando de tono. "Te va a encantar, confía en mí."

El coche entra en una pista privada, y mi mandíbula cae cuando veo el jet esperándonos. Elegante y pulido, su superficie blanca inmaculada brilla bajo el sol de la tarde. La palabra Carter está grabada en el costado en letras audaces y elegantes.

"Tienes que estar bromeando." Mi voz es apenas un susurro mientras el coche se detiene.

Ryan ríe, el sonido profundo y rico. "Necesitamos llegar a nuestro destino con estilo."

Nunca he volado antes, esta será mi primera vez en un avión. Estoy tan nerviosa y me pregunto si Ryan lo percibe.

En el momento en que mis tacones tocan el pavimento, siento una ola de inquietud. El jet se alza

ante mí, grande e intimidante. Ryan me guía hacia las escaleras, su agarre firme.

Dentro, la cabina es lujosa. Asientos de cuero color crema y madera pulida recubren el interior, y todo brilla con una elegancia sobria. Una pequeña mesa está preparada con copas de cristal y una botella de champán enfriándose.

Ryan se coloca detrás de mí, su mano rozando mi espalda baja mientras me guía hacia el interior. "¿Qué te parece?"

"Creo..." Mi voz vacila mientras lo asimilo todo. "Creo que no pertenezco aquí."

Su mano se desliza hasta mi cadera y me gira para mirarlo. "Perteneces donde yo esté, Liv. Y estoy aquí." Su pulgar acaricia mi costado, y la intensidad en su mirada derrite parte de mis nervios.

Descorcha el champán, el corcho sale volando con un pop festivo. Sirve dos copas y me entrega una. "Esto ayudará con tus nervios," dice suavemente. "Pero también estaré aquí mismo."

Doy un sorbo tentativo, las burbujas frescas cosquilleando en mi lengua. "Gracias."

Me estudia por un momento, luego inclina la cabeza. "Estás muy nervioso."

"Nunca he volado," admito, mis dedos apretándose alrededor de la copa. "Nunca tuve la oportunidad. Mi madre... no era exactamente del tipo viajero. La mitad del tiempo no estaba sobria, y la otra mitad estaba demasiado quebrada para llevarme a ningún lado. No soy de tu mundo, Ryan."

Su expresión se suaviza y deja su copa a un lado. "Olivia," dice, acercándose, su voz un murmullo bajo. "No tienes que ser de mi mundo. Tú *eres* mi mundo ahora."

Lo miro parpadeando, el nudo en mi garganta amenazando con abrumarme. Choca su copa con la mía. "Por nosotros," dice simplemente.

"Por nosotros," susurro.

Los motores cobran vida, una vibración baja que parece ondular por todo mi cuerpo. Mi respiración se acelera, y Ryan lo nota al instante. Deja su copa y me atrae al asiento junto a él, rodeando mis hombros con su brazo.

"Está bien," dice, su voz firme y tranquilizadora. "Te tengo."

El jet comienza a rodar, y me aferro a su brazo instintivamente. Músculo duro encuentra mis dedos, y la realización envía una descarga de calor directamente a mi centro. Su pecho es sólido contra mi costado, su calor filtrándose en mí.

"Relájate," susurra, rozando sus labios contra mi sien.

Pero relajarme es lo último en mi mente. Cada punto de contacto entre nosotros se siente como fuego. Su aroma—limpio, amaderado, embriagador—invade mis sentidos. Cierro los ojos, tratando de concentrarme en cualquier cosa menos en cómo se siente su cuerpo contra el mío.

El jet despega, y mis dedos se clavan en su brazo. "Dios mío," respiro, aferrándome más fuerte.

Ryan ríe suavemente, su pecho retumbando contra mí. "Solo es el despegue. La parte difícil ya pasó."

Lo miro, mis mejillas ardiendo cuando me doy cuenta de lo cerca que están nuestros rostros. Sus ojos color avellana están fijos en los míos, y algo oscuro destella en sus profundidades.

"Lo estás haciendo bien," dice, su voz más ronca ahora. Su mano se desliza por mi brazo.

No confío en mí misma para hablar, así que solo asiento. El champán zumba en mis venas, aflojando algo de la tensión, pero es su presencia—su calma, su fuerza constante—lo que me mantiene anclada.

Cuando finalmente suelto mi agarre en su brazo, mis dedos rozan su pecho. Sus músculos se flexionan bajo mi toque, y mis pensamientos se disparan fuera de control. Imagino lo que se esconde bajo la camisa blanca impecable, cómo se sentiría su piel contra la mía, cómo sus manos...

"Liv." Su voz me trae de vuelta, y me doy cuenta de que me he quedado mirando. Sonríe con picardía, un brillo travieso en sus ojos.

Me enderezo, tratando de recuperar la compostura. "Perdón."

"No te disculpes." Su sonrisa se profundiza. "Me gusta cuando me miras así."

Me río, mis mejillas ardiendo. "Eres imposible."

"Y tú eres hermosa." Sus dedos apartan un mechón rebelde de mi rostro. El gesto es simple, pero envía un escalofrío por mi columna.

La cabina queda en silencio, los únicos sonidos son el zumbido bajo de los motores y el latido constante de mi corazón. Ryan se mueve ligeramente, su brazo apretándose a mi alrededor, y me permito recostarme contra él, saboreando el calor y la seguridad de su abrazo.

No sé a dónde vamos, o qué nos depara la próxima semana, pero mientras estoy aquí sentada con Ryan, el miedo y la incertidumbre se desvanecen. Todo lo que queda es él—su fuerza, su calor, y la promesa silenciosa en su toque de que está aquí para mí.

Y por primera vez en años, siento que estoy exactamente donde debo estar.

9

OLIVIA

La brisa del océano nos envuelve mientras Ryan abre la puerta de nuestra suite. Al entrar, me quedo paralizada. El lugar me deja sin aliento.

Las paredes de cristal se extienden del suelo al techo, enmarcando una vista infinita de aguas turquesas. El sol cuelga bajo en el horizonte, pintando todo en tonos dorados y rosados. Una cama inmensa domina una de las paredes, cubierta con sábanas blancas que parecen increíblemente suaves. Telas vaporosas ondean desde el dosel, mecidas por el aire cálido que entra por las puertas del balcón.

Más allá del cristal, una piscina infinita brilla como cristal líquido, su borde fundiéndose con el océano. Flores frescas llenan jarrones de cristal. Las velas parpadean en portavelas de vidrio. Una botella de champán se enfría en una cubitera de plata.

"Ryan... esto es increíble."

Su mano encuentra mi espalda baja mientras se coloca a mi lado. El calor de su palma atraviesa mi vestido. "Quería que fuera perfecto."

Me giro hacia él, captando la intensidad en sus ojos color avellana. Está tan cerca que puedo percibir su colonia - cedro y cítricos, ese aroma que me ha estado volviendo loca durante meses.

"Debería..." Hago un gesto vago hacia el baño. "Prepararme."

Asiente, dando un paso atrás. "Tómate tu tiempo, preciosa."

El baño es más grande que todo mi apartamento. Una bañera de mármol que podría albergar a cuatro personas descansa bajo una ventana con vista al mar. La ducha ocupa toda una pared.

Abro la ducha, dejando que el vapor llene el espacio. Mi vestido cae a mis pies. El agua tibia golpea mi piel y cierro los ojos. Todo parece irreal - el lujo que me rodea, el anillo en mi dedo, el hombre que espera en la otra habitación.

El champú de jazmín se siente como seda en mi cabello. Mientras paso la rasuradora por mis piernas, afloran recuerdos de relaciones pasadas. Solo Zack, realmente. Mi primer todo. Pensé que nos casaríamos algún día y estoy tan agradecida de que no fuera así. Ahora parece la vida de otra persona.

Pero Ryan... él es diferente. Solo estar cerca de él enciende cada terminación nerviosa en mi cuerpo. La manera en que me mira me hace sentir vista. El pensamiento de sus manos sobre mí, sus labios...

Termino rápidamente, envolviéndome en una toalla mullida. Mi reflejo en el espejo muestra mejillas sonrojadas y ojos brillantes. Seco mi cabello, dejándolo caer en suaves ondas sobre mis hombros. El vestido azul de seda abraza cada curva. Solo un toque de rímel hace que mis ojos azules parezcan enormes, casi exóticos.

Cuando regreso a la habitación principal, me detengo en seco. Ryan está apoyado en el marco de la puerta del balcón, la luz del atardecer proyectando sombras sobre su rostro. Su camisa negra se estira sobre sus anchos hombros. Los botones superiores están desabrochados, revelando un atisbo de piel bronceada.

Sus ojos se oscurecen mientras me recorren. "Hermosa."

El calor inunda mis mejillas. Nunca he sido más consciente de mi cuerpo, de la electricidad que chisporrotea entre nosotros. "Gracias."

Se separa del marco de la puerta, moviéndose hacia mí con gracia fluida. "Ven conmigo. Quiero mostrarte algo."

Su mano se posa en mi espalda mientras me guía por una escalera privada. Cada paso me hace más consciente de su presencia, su calidez, la ligera aspereza de su palma contra mi piel desnuda.

La azotea me deja sin aliento. Rosas rojas bordean los bordes, sus pétalos brillando a la luz de las velas. Una mesa cubierta con mantel blanco se encuentra en el centro, con cristal y plata reluciendo. Una suave música de violín flota en el aire.

"Ryan..." Las palabras me fallan.

Retira mi silla, sus dedos rozando mi hombro mientras me siento. El contacto envía escalofríos por mi columna.

Plato tras plato aparece - mariscos delicados, carne perfectamente cocinada, sabores que me hacen cerrar los ojos de placer. Pero es Ryan quien mantiene mi atención. La manera en que sus dedos rodean la copa de vino. Cómo su mandíbula se tensa cuando me descubre mirándolo. La intensidad en sus ojos cuando se encuentran con los míos.

"Me recuerdas a ella," dice de repente, con voz suave.

"¿A quién?"

"A mi madre." Traza el borde de su copa. "Tenía esta fuerza increíble. Una bondad que la mayoría de la gente no tiene."

Algo en su tono hace que mi pecho se apriete. "La extrañas."

"Cada día." Su mirada cae a la mesa. Cuando vuelve a mirar, la vulnerabilidad cruza su rostro. "Quería que lo supieras. Que supieras por qué yo... por qué noto esas cosas en ti."

La confesión flota entre nosotros, cargada de significado. Cuando llega el postre - helado de vainilla bañado en caramelo - Ryan toma una cucharada.

"Prueba esto." Me ofrece la cuchara.

Me inclino hacia adelante, hipersensible a sus ojos en mis labios mientras pruebo. La dulzura explota en mi lengua. Un pequeño sonido escapa de mí antes de que pueda evitarlo.

Sus ojos se oscurecen. La cuchara repiquetea contra la porcelana cuando la deja. Se pone de pie, extendiendo su mano.

"Baila conmigo."

La música de violín crece mientras coloco mi palma en la suya. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, levantándome. Una mano se asienta en mi cintura mientras la otra mantiene la mía. Mi mano libre encuentra su hombro, sintiendo el músculo sólido bajo la tela costosa.

Nos movemos juntos, meciéndonos con la melodía. Cada paso nos acerca más hasta que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. Su pulgar traza círculos en mi cintura.

"He pensado en esto," murmura, su aliento cálido contra mi oído. "Tenerte en mis brazos."

Mi corazón golpea contra mis costillas. "¿Ah, sí?"

"Desde la primera vez que entraste a mi bar." Su agarre se aprieta ligeramente. "No tienes idea de lo que me haces, ¿verdad?"

Levanto la mirada, encontrando sus ojos oscurecidos por el deseo. "Demuéstramelo."

Su mirada cae a mis labios. La mano en mi cintura sube por mi espalda, atrayéndome hacia él. Cuando su boca encuentra la mía, todo lo demás se desvanece.

"Adentro," gruñe contra mi boca. "Ahora."

El camino de vuelta a nuestra suite pasa en un borrón de caricias ardientes y besos a medio terminar. Para cuando llegamos a la cama, ambos estamos temblando de necesidad.

Ryan se aparta, sus ojos ardiendo mientras desabrocha lentamente su camisa. Cada centímetro de piel que se revela me deja seca la boca. Mi mirada se fija en los tatuajes que cubren casi cada rincón de su piel, intrincadas líneas negras que cuentan historias que muero por conocer. Cuando la tela cae al suelo, no puedo evitar quedarme mirando. Su pecho está esculpido, los músculos de su abdomen definidos.

"Tu turno," dice, con la voz ronca.

Mis dedos tiemblan mientras alcanzo el cierre. El vestido se desliza, formando un charco a mis pies. El hambre en sus ojos al verme me hace sentir poderosa. Hermosa. Deseada.

"Dios, eres perfecta, Olivia," gruñe Ryan, su voz baja y grave, enviándome un chispazo de electricidad. Sus ojos recorren mi cuerpo como un depredador observando a su presa, deteniéndose en cada curva, en cada centímetro de piel. La intensidad en su mirada me hace estremecer, me corta la respiración. No solo me mira: me reclama con sus ojos.

Antes de que pueda hablar, cierra la distancia, sus labios estrellándose contra los míos. El beso es ardiente y posesivo, su lengua exigente y dominante. Me derrito contra él, mi cuerpo arqueándose mientras sus manos encuentran mi cintura. Me besa como si hubiera estado hambriento por mí, como si no pudiera tener suficiente.

Sin previo aviso, rompe el beso, sus manos aferrándose a mis caderas mientras me recuesta en la cama.

Mis piernas se abren instintivamente, y él se arrodilla entre ellas, su mirada cayendo sobre el calor húmedo entre mis muslos.

"Mírate," murmura, su voz gruesa de lujuria. "Estás empapada, Olivia. ¿Me necesitas, verdad?"

"Sí," susurro, mi voz temblorosa. "Te necesito."

Él sonríe de lado, deslizando un dedo entre mis pliegues, esparciendo mi humedad antes de introducirlo dentro de mí. La sensación de estiramiento no se compara con lo que viene, pero me arranca un jadeo.

Saca el dedo, sosteniéndolo a la luz, reluciente con mi humedad. "Mira lo mojada que estás, Liv. Este coño sabe a quién pertenece."

"Ryan—" comienzo, pero me interrumpe, inclinándose para enterrar su rostro entre mis piernas. Su lengua recorre mis pliegues, cálida y lenta, antes de rodear mi clítoris. La sensación hace que mis caderas se sacudan, un gemido escapándose de mis labios mientras él succiona mi hinchada perlita.

"Relájate, cariño." Sus manos agarran mis muslos, manteniéndome en su lugar.

Gimo, mis manos aferrándose a las sábanas mientras me devora, su lengua y labios trabajando con una precisión devastadora. Juega con mi clítoris, lo chupa, lo provoca, llevándome cada vez más alto. Cuando desliza dos dedos dentro de mí, curvándolos en el lugar justo, veo estrellas.

"Joder, estás apretada," murmura contra mí.

Sus palabras sucias me hacen aún más húmeda, mi cuerpo apretándose alrededor de sus dedos mientras los mueve más rápido, más profundo. Estoy a punto de explotar, y él lo sabe.

"Quiero sentirte correrte en mi lengua," murmura contra mí.

Esa orden me empuja al borde. Mi orgasmo me golpea, mi cuerpo arqueándose, temblando, mientras olas de placer recorren mi ser. Ryan no se detiene, sus dedos y lengua sacando hasta la última gota de mi liberación hasta que quedo jadeando y temblando bajo él.

Cuando finalmente se aparta, sus labios y mentón brillan con mi humedad. Se limpia la boca con el dorso de la mano, sus ojos oscuros y hambrientos. "Ahora," dice, su voz baja y dominante. "Voy a hacer que te corras en mi verga, cariño."

Se levanta, quitándose los pantalones, y mi respiración se corta al verlo. Su verga es gruesa, larga, el glande enrojecido y reluciente con su propia excitación. Se acaricia una, dos veces, mientras me mira desde arriba.

"¿Ves esto?" dice, su voz áspera. "Voy a follarte tan bien que rogarás por mi verga todos los días."

"Sí," susurro, mi voz temblando de deseo. "Por favor, Ryan."

Él se sube a la cama, su cuerpo presionándome contra el colchón mientras se posiciona en mi entrada. La punta de su verga presiona contra mí, provocándome, estirándome lo suficiente como para arrancarme un gemido.

"Sabía que te haría mía," murmura, y luego se hunde por completo de una sola estocada suave. El estiramiento es increíble, casi demasiado, pero el placer que le sigue es abrumador. Mi coño se aprieta a su alrededor, agarrándolo con fuerza, y él gime, dejando caer la cabeza sobre mi hombro.

"Joder, cariño," gruñe.

Comienza a moverse, lento y deliberado al principio, saliendo casi por completo antes de hundirse de nuevo. Cada estocada llega profundo, enviando oleadas de placer a través de mí. Sus manos agarran mis caderas, sus dedos clavándose en mi piel mientras me folla más rápido, más fuerte.

"Ryan," jadeo, mi voz rompiéndose mientras me embiste. "Mhmm, no pares."

"No voy a parar," gruñe, sus caderas chocando contra las mías. "No hasta que te folle tan bien que nunca olvides a quién perteneces."

De repente, se detiene, saliendo y volteándome sobre mi estómago en un movimiento rápido. Antes de que pueda recuperar el aliento, está detrás de mí, su verga empujando de nuevo dentro de mí. El nuevo ángulo me hace gritar, el placer agudo y abrumador.

Sus manos agarran mis caderas, levantándome ligeramente mientras me folla más duro. Una mano se desliza por mi espalda, envolviendo mi cuello mientras me jala contra su pecho. "Mírate," gruñe en mi oído, inclinando mi cabeza hacia el espejo en la esquina. "Mira cómo te follo."

Mi mirada se fija en el espejo, y la vista me deja sin aliento.

Puedo verlo todo: cómo su verga me estira, cómo mi cuerpo se arquea para él, el movimiento de sus músculos mientras se hunde en mí. Su pecho brilla con sudor, cada línea y curva resaltada por la luz de las velas, y la mirada en sus ojos—la posesión cruda, hambrienta—me hace mojarme aún más.

"¿Ves eso?" murmura, su mano apretando ligeramente mi garganta. "¿Ves lo bien que luces siendo follada por tu esposo? Este coño dulce y apretado es mío, Olivia. Solo mío."

"Sí," jadeo, mi cuerpo apretándose a su alrededor mientras sus palabras me llevan más cerca del borde. "Solo tuyo."

"Buena chica," gruñe, su otra mano deslizándose hacia abajo para frotar mi clítoris en círculos apretados. "Ahora córrete para mí. Córrete sobre mi verga."

Me desmorono, mi cuerpo convulsionando mientras mi orgasmo me destroza. Mis paredes se aprietan a su alrededor, exprimiéndolo mientras grito su nombre. La visión de mí misma en el espejo, la forma en que me mira, la manera en que me folla—todo se combina, dejándome temblando y jadeando.

Ryan me sigue segundos después, su agarre apretándose mientras su verga late dentro de mí. Gime mi nombre, su voz ronca y rota, sus caderas chocando contra las mías una última vez mientras encuentra su liberación. Sentirlo llenándome, su cuerpo tenso contra el mío, envía una última oleada de placer a través de mí.

Cuando colapsamos en la cama, sus brazos se envuelven a mi alrededor, atrayéndome hacia él. Mi cuerpo todavía tiembla, mi mente da vueltas, pero algo es claro: este hombre me posee, cuerpo y alma.

10

RYAN

La luz del amanecer se filtra a través de las cortinas transparentes, suave y dorada, bañando la suite en un resplandor cálido.

Olivia yace a mi lado, su cabello rubio derramándose sobre la almohada en ondas, sus labios ligeramente entreabiertos mientras duerme. La sábana se ha deslizado, revelando su hombro y la curva de su espalda. Es una visión, tan serena y perfecta que despierta algo profundo dentro de mí—una mezcla de ternura y deseo puro.

Me apoyo sobre un codo, observándola. El ritmo de su respiración es constante, su pecho subiendo y bajando con cada inspiración. Su piel resplandece, cálida y tentadora, y me encuentro inclinándome más cerca, incapaz de resistir el embrujo de su belleza.

Presiono mis labios contra su mejilla, dejando que el beso se prolongue antes de moverme hacia su frente, luego más abajo, trazando la línea de su mandíbula. Se remueve levemente, sus labios separándose un poco en respuesta a mi toque. Mi mano se desliza hacia su pecho, el pulgar rozando el borde de la sábana que apenas cubre su piel. Con cuidado deliberado, la bajo más, revelando su piel desnuda. Mi pulgar roza su pezón, suave, provocador, y siento cómo su respiración se entrecorta, su cuerpo arqueándose ligeramente hacia mi caricia.

"Buenos días, señora Carter," murmuro, mi voz baja e íntima, apenas un susurro.

Sus pestañas tiemblan, y sus ojos parpadean hasta abrirse, todavía nublados por el sueño. Cuando se encuentran con los míos, sus labios se curvan en una suave y somnolienta sonrisa. "Buenos días," susurra, su voz aún gruesa y aterciopelada por el sueño. Se estira lentamente, su cuerpo presionándose más cerca del mío, y dejo que mi mano descienda hasta descansar sobre la suave curva de su cadera.

Me inclino para capturar sus labios, saboreando cómo su boca se mueve contra la mía. Sabe a calidez, a algo familiar e intoxicante. Cuando me aparto, mi mano aparta un mechón de cabello

de su rostro, dejando que mi pulgar se quede unos segundos contra su mejilla. "Ve a darte una ducha y ponte tu traje de baño," digo, mi voz teñida de travesura. "Tengo algo planeado para ti."

Sus cejas se levantan, la curiosidad chispeando en su mirada, pero no insiste. En cambio, se desliza fuera de la cama, envolviéndose en la sábana mientras camina hacia el baño. La observo irse, mi mirada deteniéndose en el balanceo de sus caderas. Una sonrisa ladeada tira de mis labios. No tiene idea de lo que me hace—de lo completamente consumido que estoy por ella, de cómo cada parte de ella me enciende.

El sonido de la ducha corriendo me saca de mis pensamientos. Me estiro, reproduciendo en mi mente los recuerdos de anoche. Su cuerpo retorciéndose debajo de mí, la forma en que sus uñas arañaban mi espalda, la manera entrecortada en que gemía mi nombre—todo está grabado en mí, y siento cómo mi verga empieza a reaccionar con solo pensar en ella. Me siento como un hombre nuevo, y ahora que la he tenido, nunca volveré a ser el mismo.

Sacudo la cabeza, obligándome a enfocarme. Hay más planeado para hoy, pero la idea de mantener mis manos lejos de ella por cualquier periodo de tiempo se siente como una tortura.

Cuando sale del baño, su bikini se adhiere a ella como una segunda piel, revelando cada curva de su cuerpo. Su cabello húmedo cae sobre sus hombros, y no pasa desapercibida la forma en que mis ojos la recorren, oscuros y deseosos. Se acerca al espejo, secándose el pelo con la toalla, y entro al baño, necesitando la distracción de una ducha fría para mantenerme bajo control.

El agua hace poco para apagar el fuego que arde dentro de mí, y cuando salgo, ella me espera, sus ojos iluminándose al encontrarse con los míos. "¿Lista?" pregunto, extendiendo mi mano.

La toma, y la guío por el sendero privado hacia la playa. La cabaña aparece ante nosotros, cubierta de lino blanco, la mesa en su interior dispuesta con frutas tropicales, pasteles y champán enfriado. Más allá, el océano se extiende infinitamente, con olas turquesas lamiendo suavemente la orilla. La privacidad de la cabaña es casi perfecta.

"Ryan, esto es hermoso," suspira, sus ojos brillantes mientras lo absorbe todo.

La guío a su asiento, retirando su silla. "Solo lo mejor para mi esposa."

Comemos despacio, su risa llenando el espacio mientras conversamos. El sonido es ligero y dulce, y hace que mi pecho se hinche con algo más allá del deseo. Me ofrece un trozo de piña, extendiéndolo para que lo pruebe. Me inclino hacia adelante, tomándolo de sus dedos, pero dejo que mis labios rocen su piel en el proceso. Sus mejillas se sonrojan, y desvía la mirada, pero no antes de que capture el destello de algo más oscuro, algo más hambriento, en sus ojos.

"Eres increíble, ¿lo sabías?" dice, sorbiendo su champán.

Sonrío con picardía, sirviéndole otra copa. "Si te sientes así, entonces estoy haciendo algo bien."

Su expresión se vuelve pensativa. "Entonces... sé que acordé tener al menos un hijo contigo," comienza, su voz más suave ahora. "Pero ¿cuántos quieres realmente?"

La pregunta flota entre nosotros por un momento, tomándome por sorpresa pero no de manera desagradable. Me recuesto en mi silla, haciendo girar el champán en mi copa, dejando que el peso de sus palabras se asiente.

"¿Sinceramente?" pregunto, estudiando su rostro en busca de una reacción.

Asiente, sus ojos azules escudriñando los míos. "Sí. Sé honesto."

Tomo aire, considerando mi respuesta. "Siempre he querido una familia grande. Tres, tal vez cuatro."

Su mandíbula cae, y me mira con los ojos como platos. "¡¿Tres o cuatro?! ¡Ryan!"

No puedo evitar reírme de su reacción, dejando mi copa. "Hey, tú dijiste que fuera honesto."

"Uno, Ryan. Ese fue el trato," dice, con tono fingidamente serio mientras me señala con el dedo. "Acordamos uno."

"Y empezaremos con uno," digo, inclinándome hacia adelante y tomando su mano. "Pero si decidimos que queremos más en el futuro, lo hablaremos. No voy a forzarte a nada."

Exhala una suave risa, negando con la cabeza. "Tres o cuatro. Estás loco."

"Prefiero ambicioso," respondo, sonriendo.

Sus labios se curvan en una sonrisa reluctante. "De acuerdo, Señor Ambicioso. ¿Y qué hay de niños o niñas? ¿Tienes preferencia?"

"Ninguna preferencia. Mientras sean sanos y felices, es todo lo que me importa." Hago una pausa, mi sonrisa suavizándose. "Aunque la idea de una niña me aterra."

"¿Por qué?" pregunta, inclinando ligeramente la cabeza con curiosidad.

"Porque," digo, acercándome más, bajando la voz, "si se parece en algo a ti, pasaré mi vida alejando a cada chico que se atreva a mirarla."

Sus mejillas se sonrojan, y se muerde el labio para contener una risa. "Ah, ¿así que planeas ser el padre sobreprotector?"

"Absolutamente," digo sin dudar. "Nadie será nunca lo suficientemente bueno para mi niña, obviamente."

"Obviamente," repite, poniendo los ojos en blanco pero sin poder ocultar su diversión.

"¿Y tú?" pregunto, con un tono más serio ahora. "¿Tienes alguna preferencia?"

Duda, luego sonríe suavemente. "Siempre he imaginado tener un niño primero. Alguien fuerte y amable, que cuidaría de sus hermanos. Pero... también me ha encantado siempre la idea de una niña pequeña. Una a la que pudiera enseñar a ser independiente y valiente."

Sus palabras despiertan algo profundo en mí, un anhelo que no sabía que tenía. "Serías una madre increíble, Liv."

Su mirada se suaviza, y por un momento, el espacio entre nosotros parece casi demasiado pequeño para contener todo lo no dicho. "¿Tienes nombres que siempre te hayan gustado?" pregunta, rompiendo el silencio.

"Para niña, siempre me ha gustado el nombre Grace," admito. "Simple, elegante. Para niño... tal vez James. Es fuerte."

"Grace," repite. "Me gusta."

"¿Y tú?" pregunto, rellenando su copa antes de reclinarme.

"Para niña, siempre me ha encantado Lily. Y para niño..." Hace una pausa, golpeando suavemente su copa con el dedo. "Siempre me ha gustado el nombre Adam. Es clásico."

"Lily y Adam," digo, asintiendo. "Buenas elecciones. Podríamos trabajar con eso."

Se ríe, negando con la cabeza. "Empezaremos con uno primero antes de que planees un equipo deportivo completo."

"Trato hecho," digo, levantando mi copa. "Por empezar con uno."

Choca su copa contra la mía. "Por empezar con uno."

Su risa se vuelve más suave, más íntima, mientras avanza la mañana. El espacio entre nosotros se

siente cargado. La observo, la forma en que sus labios se curvan alrededor del borde de la copa, cómo sus dedos juegan con el tallo. Es suficiente para hacer que mi pulso martillee en mi pecho.

Cuando terminamos el desayuno, me muevo detrás de su silla, dejando que mis manos descansen sobre sus hombros. “¿Qué tal un masaje?” ofrezco, inclinándome lo suficiente para que mi aliento roce su oído.

Ella inclina la cabeza hacia atrás, regalándome una sonrisa pícara. “Me estás malacostumbrando,” dice suavemente.

Sin decir más, la ayudo a levantarse de la silla, tomando su mano mientras la guío hacia el diván acolchado bajo nuestra cabaña. Las cortinas de lino suave se balancean con la brisa, ofreciendo la privacidad justa mientras nos dejan expuestos a la playa abierta.

Agarro una botella de aceite de masaje de la mesita cercana. “Acuéstate para mí,” murmuro, mi voz baja y cálida.

Ella obedece, estirándose boca abajo. Desato los nudos de la parte superior de su bikini, dejándola caer, exponiendo su espalda para mí. La vista de su piel, brillando bajo la suave luz de la mañana, hace que mi garganta se cierre. Mis manos se deslizan sobre ella, el aceite cálido y resbaladizo bajo mis palmas. Empiezo en sus hombros, presionando con movimientos firmes y deliberados sobre sus músculos.

“Estás tensa,” murmuro, dejando que mis labios rocen su oído. “Relájate para mí.”

Su respiración se entrecorta, su cuerpo cediendo bajo mi toque. Mis manos bajan por la curva de su espalda, trazando el arco de su cintura antes de deslizarse hacia sus costados. Ella suelta un suspiro suave, y ese sonido va directo a mi verga. Mis manos se aventuran más abajo, mis pulgares rozando la piel suave justo debajo de sus costillas, y siento cómo su cuerpo se tensa bajo mis dedos.

Cuando dejo que mis manos bajen más, acariciando el borde de sus caderas, su respiración se detiene un instante. “Mhmm…”

Deslizo mis manos más abajo, mis dedos trazando el borde de su bikini antes de colarse bajo la tela. Encuentro sus pliegues, suaves y mojados, y dejo escapar un gruñido bajo. “Ya estás empapada para mí, Liv. ¿Pensabas en esto mientras desayunábamos? ¿Sentada ahí, tan dulce e inocente, mientras estabas completamente húmeda por mí?”

Ella suelta un jadeo agudo cuando deslizo un dedo dentro de ella, lento y deliberado. Sus paredes se aprietan a mi alrededor, y sus caderas se levantan instintivamente, presionándose contra mi mano. La humedad cálida y suave que la envuelve hace que mi verga lata con necesidad, pero sonrío, manteniendo la compostura.

“Niña traviesa,” murmuro, curvando mi dedo dentro de ella, acariciándola de una forma que hace que sus muslos tiemblen. “¿Te gusta esto, verdad? Que te toque aquí, donde cualquiera podría pasar. Te estás poniendo más mojada solo de pensarlo.”

Su respiración se entrecorta, sus manos aferrándose al borde del diván como si intentara estabilizarse. “Ryan…” susurra, su voz temblorosa de necesidad.

“¿Qué pasa, amor?” provoco, mi voz un gruñido bajo junto a su oído. “¿Te preocupa que alguien escuche lo mojada que estás para mí? ¿O eso te excita? Saber que alguien podría pasar y verme con los dedos enterrados en tu lindo y apretado coño.”

Su gemido es suave pero desinhibido, su cabeza cayendo hacia adelante mientras su cuerpo se arquea hacia mi toque. “Oh, joder…” susurra, su voz apenas audible.

“Shh,” murmuro, añadiendo otro dedo, deslizándolos dentro, profundos y lentos. El estiramiento la hace jadear de nuevo, sus caderas sacudiéndose contra mi mano. “Mira cómo tu cuerpo suplica por liberarse incluso cuando intentas mantenerte callada.”

Sus gemidos se vuelven más intensos, su respiración irregular mientras muevo mis dedos dentro de ella, curvándolos para alcanzar ese punto que hace que sus piernas tiemblen. Mi pulgar acaricia su clítoris, lento y deliberado, y la observo morderse el labio, tratando de contener los sonidos que amenazan con escaparse de su boca.

“Mi pequeña esposa traviesa,” susurro, dejando que mis labios rocen su oído.

Todo su cuerpo se tensa con mis palabras. Acelero el ritmo de mis dedos, llevándola más y más cerca del límite. Ella deja escapar un suspiro tembloroso, sus muslos apretándose alrededor de mi mano.

“Ryan… oh Dios…” gime, su voz quebrándose.

Presiono mi pulgar con más fuerza contra su clítoris, dibujando círculos precisos. “Ajá,” murmuro, golpeando su punto dulce. “Vas a correrte para mí, amor. Pero, ¿lo harás en silencio? ¿O vas a dejar que todos sepan lo bien que te hace sentir tu esposo?”

Sus gemidos son desesperados ahora, su cuerpo temblando mientras se tambalea al borde. “Ryan, por favor,” gime, su voz apenas un susurro.

“¿Por favor qué?” gruño. “¿Quieres que te haga correrte? ¿Quieres mojar mi mano mientras intentas no gritar?”

Su respiración se acelera, su cuerpo apretándose alrededor de mis dedos mientras la empujo más

alto. “Córrete para mí. Demuéstrame lo bien que te hago sentir.”

Su orgasmo la golpea como una ola, su cuerpo convulsionando mientras grita, ahogando el sonido con su mano. Sus paredes aprietan mis dedos, sus caderas sacudiéndose mientras sigo empujando, extrayendo hasta la última gota de placer. Siento la humedad cubriendo mi mano, y es suficiente para que mi verga palpite con necesidad.

“Así es, amor,” murmuro, disminuyendo mis movimientos mientras su cuerpo se relaja, exhausto y tembloroso. Presiono besos suaves en su hombro, en su cuello, mientras su respiración se estabiliza. Saco mis dedos lentamente, saboreando la forma en que su cuerpo se contrae una última vez alrededor de mí.

Llevo mi mano a mis labios, probándola. Mis ojos se encuentran con los suyos mientras lo hago, y sus mejillas se tiñen de un rosa intenso. “Sabes aún mejor a la luz del sol,” susurro, mi voz baja e íntima.

Me toma todo el autocontrol no sujetarla contra este diván y follarla aquí mismo, ahora mismo.

“Aún no he terminado contigo,” murmuro contra su oído, mi voz áspera y cargada de promesa. “Espera a que volvamos a la suite. Te voy a recordar exactamente lo bien que se siente tener mi verga dentro de ti.”

Sus labios se separan mientras asiente, y la mirada en sus ojos me dice que no lo tendría de otra manera.

RYAN

El Bar bulle de vida, con el tintineo de vasos y risas entretejidas en el murmullo de conversaciones. Dos meses de matrimonio, y mi mundo se siente diferente de formas que nunca esperé. ¿El mayor cambio? Salgo de aquí a las ocho ahora, nada de cierres a medianoche. Sarah se ha hecho cargo de los turnos nocturnos, feliz por las horas extra.

Mi nueva rutina es tan precisa como un reloj. Me levanto a las nueve, empezando el día desayunando junto a Olivia. Está sumergida en la planificación de su centro juvenil—un sueño que ha estado alimentando durante años. Los cien mil siguen intactos en una cuenta separada, esperando a que encuentre la propiedad adecuada. La mayoría de las mañanas, está pegada a su portátil, investigando programas, haciendo llamadas y construyendo su visión paso a paso.

A las dos, estoy en el bar, manejando el inventario y los horarios del personal antes de abrir a las cuatro. A veces Olivia se pasa con su portátil, instalándose en su rincón habitual como solía hacer antes de que nos casáramos. La única diferencia ahora es el anillo de diamantes en su dedo que atrapa la luz cuando escribe. Cada vez que lo veo, me detengo por un segundo. Es mía. Mi esposa.

Deslizo un Manhattan hacia una morena en traje de ejecutiva, pero mi mente divaga. Olivia me envió un mensaje antes sobre hacer lasaña para la cena, la receta de su abuela. Ese es otro cambio—llegar a casa y encontrar una comida que ella ha preparado, el ático lleno de aromas cálidos de ajo y hierbas. Es buena aprendiendo los pequeños detalles: cómo tomo mi café, qué lado de la cama prefiero, a qué hora suelo cruzar la puerta. Dos meses, y ya me conoce mejor que nadie.

"Eh, recién casado, pareces perdido en tus pensamientos," la voz familiar de Connor corta a través del ruido. Se desliza en un taburete al final de la barra, su chaqueta de cuero crujiendo mientras se inclina hacia adelante.

Sonrío con suficiencia y sirvo su bourbon habitual. "Solo pensando en casa."

Levanta una ceja. "La vida doméstica te sienta bien."

"Así es." Deslizo el vaso hacia él, pensando en lo correcto que se siente tener a Olivia esperándome cada noche. Ha convertido el ático en un hogar—uno de verdad. Flores frescas en la encimera, cojines que combinan, y pequeñas notas escondidas en el bolsillo de mi chaqueta: Que tengas un gran día, cariño o No olvides comprar leche. El primer mes de nuestro matrimonio fue todo fuego y pasión, apenas saliendo de la habitación, excepto para comer. Ahora se ha profundizado en algo más. Real. Se ríe de mis bromas tontas, se acurruca contra mí cuando vemos películas, sabe cuándo necesito espacio después de un día difícil.

"Tienes esa mirada," dice Connor, negando con la cabeza. "Esa mirada tonta de 'estoy casado y enamorado'. Asqueroso, la verdad."

Me río, cogiendo un trapo para limpiar la barra. "Sí, sí. ¿Cómo está Lacey?"

"Está bien," dice Connor, sonriendo. "Ya sabes cómo es."

"Lo sé." Mi sonrisa se ensancha al pensar en Olivia. Entonces, bajo la voz. "Aunque hemos topado con un pequeño problema."

Connor arquea las cejas. "¿Problemas en el paraíso?"

Niego con la cabeza. "No exactamente problemas. Es el ático. Olivia quiere que nos mudemos. Le prometí que encontraríamos una casa, pero yo... no estoy listo para dejar ir este lugar."

Connor me estudia por un momento. "¿Por qué no?"

Dudo, las palabras atascándose en mi garganta. "Mi madre me ayudó a elegirlo. Estuvo ahí cuando firmé el contrato, me ayudó a decorarlo. Fue una de las últimas cosas importantes que hicimos juntos antes de que muriera. Venderlo se siente como perder otra parte de ella."

Connor asiente lentamente. "Eso es duro, tío. Pero no tienes que venderlo."

Parpadeo, sorprendido. "¿Qué quieres decir?"

"Conserva el ático," dice, como si fuera lo más simple del mundo. "Conviértelo en una oficina o un lugar donde quedarte si trabajas hasta tarde. No tienes que dejarlo ir por completo. Consíguele a Olivia la casa que quiere, pero guarda esto para ti."

Medito su sugerencia, sintiendo un destello de alivio. "¿Crees que funcionará?"

"¿Por qué no?" Connor se encoge de hombros. "No planeas vivir aquí a tiempo completo, ¿verdad? Solo se trata de mantener los recuerdos. No hay nada malo en eso."

"Quizás." Todavía estoy pensando en ello cuando Connor se reclina, sonriendo con picardía.

"Hablando de casas, Lacey quiere que tú y Olivia vengan a cenar el sábado por la noche," dice. "Quiere conocerla."

"¿El sábado?" Asiento. "Sí, contad con nosotros. A Olivia le encantará."

"Bien. Y oye, no le des tantas vueltas a lo de la casa. Solo habla con ella. Te casaste con una buena—ella entenderá."

"Gracias, tío." Le doy una palmada en el hombro antes de moverme por la barra para servir otra ronda de bebidas.

El resto de mi turno pasa en un borrón de pedidos y charlas superficiales, pero las palabras de Connor se quedan conmigo. Cuando dan las ocho, estoy ansioso por llegar a casa. El viaje me da tiempo para pensar, y cuando salgo del ascensor hacia el ático, el aroma a ajo y hierbas me recibe.

Olivia está en la cocina con leggings negros y una camiseta corta, removiendo una olla de salsa. Su cabello cae en suaves ondas por su espalda, atrapando la luz. Cuando se gira, sus ojos azules se iluminan como siempre lo hacen cuando entro.

"Justo a tiempo," dice, sonriendo mientras levanta una cuchara de madera. Una mancha de harina adorna su mejilla. "La cena está casi lista."

Cruzo la cocina, rodeando su cintura con mis brazos por detrás. Encaja perfectamente contra mí, derritiéndose en mi pecho. "Huele increíble," murmuro, presionando un beso en su cuello.

Inclina la cabeza hacia atrás, dándome mejor acceso, pero me aparta con una risa. "Ve a cambiarte, amor."

Esta es nuestra rutina ahora. Ella cocina, yo me cambio, comemos juntos. Sin teléfonos, sin distracciones. Solo nosotros.

Cuando regreso en chándal y una camiseta limpia, está colocando la lasaña en la mesa junto a la ensalada.

"¿Qué tal el trabajo?" pregunta Olivia mientras se acomoda en su silla, metiendo una pierna

debajo de ella. La camiseta se desliza por su hombro, revelando piel suave que hace difícil concentrarse en cualquier otra cosa.

"Bien. Connor se pasó," digo, sirviéndonos a ambos. "Nos quiere el sábado para cenar. Lacey quiere conocerte."

"Será divertido," dice, probando la lasaña. Entonces deja su tenedor, su expresión cambiando. "Ryan, necesitamos hablar sobre la casa."

Aquí viene. Me concentro en mi plato, cortando la lasaña como si contuviera todas las respuestas. "¿Qué pasa con ella?"

"Encontré algunos anuncios hoy," dice, sus dedos recorriendo su copa de vino. "Lugares hermosos cerca del bar. Hay uno con una cocina enorme, un patio trasero... espacio para crecer."

"Liv..."

"Sé que amas este ático," dice suavemente. "Pero quiero que tengamos nuestro propio lugar. Algo que sea nuestro desde el principio."

"Mi madre me ayudó a elegir este lugar. Podríamos quedarnos con ambos," sugiero antes de poder detenerme. "Podría usar esto como oficina o algo así."

Su rostro cambia, algo cauteloso deslizándose en sus ojos. "No."

"¿No?"

"No quiero que mi marido tenga otro lugar donde dormir o un escape de nuestro matrimonio cuando las cosas se pongan difíciles." Su voz es firme, pero su mano tiembla mientras deja su copa. "Sé cómo suena, pero me han herido antes..."

"Olivia." Alcanzo su mano. "Yo nunca—"

"Sé que no me engañarías," dice, entrelazando sus dedos con los míos. "Pero Zack dijo lo mismo."

"No soy Zack."

"No, no lo eres." Sus ojos encuentran los míos, llenos de una confianza que no merezco. "Por eso no entiendo por qué necesitas un plan B. El matrimonio significa estar completamente dentro. Un hogar. Sin escape."

Su lógica golpea fuerte, atravesando mis defensas. Acaricio sus nudillos con mi pulgar, pensando en la risa de mi madre resonando en estas habitaciones.

"De acuerdo. Pondré el ático en venta," miento. "Empezaremos a buscar. Nuestro lugar."

Su rostro entero se ilumina. Rodea la mesa, sentándose en mi regazo. Sus brazos rodean mi cuello, sus ojos azules brillando. "¿En serio?"

"En serio." La beso, odiándome por no ser honesto. Pero no estoy listo para dejarlo ir. No voy a poner mi ático en venta pronto.

Sabe a vino y posibilidad, sus dedos enredándose en mi pelo mientras el beso se profundiza. Cuando nos separamos, está radiante de una felicidad que no merezco.

Más tarde, en la cama, se acurruca contra mi costado, su respiración equilibrándose hacia el sueño. Miro fijamente al techo, la culpa royendo mi pecho. Ella quiere confianza total, sin secretos. Y estoy empezando nuestro matrimonio con una mentira.

"Te amo," murmura, medio dormida.

Las palabras todavía me dan un subidón, pero esta noche retuercen algo dentro de mí. Si descubre que no planeo vender—si descubre que mentí...

Se acerca más, acomodándose contra mí como piezas de rompecabezas encajando en su lugar. Rodeo su cintura con mi brazo, respirando el aroma familiar de su champú.

Las luces de la ciudad pintan patrones en el techo, la misma vista que mi madre amaba. La misma vista que no estoy listo para abandonar. Pero mientras la respiración de Olivia se profundiza, me pregunto si aferrarme al pasado podría costarme mi futuro.

12

OLIVIA

Los últimos dos meses han sido los más felices de mi vida. El matrimonio ha sido una aventura —apasionada, amorosa, intensa. La devoción de Ryan es constante, como un ancla. Y me encanta ser su esposa. Despertar junto a él cada mañana se siente como un sueño del que no quiero despertar.

Es todo lo que nunca supe que necesitaba. Me he enamorado tan profundamente de él que lo único que quiero es ser la esposa perfecta, darle la vida que merece.

Pero hay algo que todavía no ha hecho—cumplir su promesa de comprar una casa.

Cuando me mudé a su ático, solo debía ser temporal. Un punto de partida. Claro, es hermoso, con sus paredes de cristal y vistas panorámicas de la ciudad. Y sí, es espacioso—suficiente para un hijo, al menos. Pero no es lo que imaginé para criar una familia. Quiero una casa con jardín, donde nuestro futuro hijo pueda correr y jugar. Un hogar que sea nuestro, no algo que él ya construyó para sí mismo.

Miro de reojo a Ryan mientras nos conduce a casa de Connor y Lacey. Las luces de la ciudad se reflejan en su rostro, su perfil fuerte y concentrado. Ha sido maravilloso desde que nos casamos, saliendo temprano del trabajo para pasar más tiempo conmigo. Pero no puedo sacudirme la inquietud que me invade cuando pienso en que quiera conservar el ático después de que compremos nuestra casa definitiva.

¿Qué pasará si tenemos una pelea? ¿Se irá—Dios no lo quiera—a pasar la noche allí? Intento evitar que mis pensamientos sigan ese espiral, pero mi pasado susurra en mi oído. Las mentiras de Zack. Las excusas que me dio antes de que todo se derrumbara. No puedo imaginar a Ryan siéndome infiel, pero el miedo está ahí, arraigado en lo profundo. Una cicatriz que no termina de sanar.

Intentando distraerme, abro la aplicación inmobiliaria en mi teléfono. Revisar casas de millones

de dólares se ha convertido en un pasatiempo últimamente. La mayoría son impresionantes. Cocinas espaciosas con encimeras de mármol y electrodomésticos de acero inoxidable. Dormitorios con techos abovedados y balcones. Baños con bañeras de inmersión que dan a jardines paisajísticos. Deslizo algunas ofertas, cada una más hermosa que la anterior, hasta que una me hace detener.

Es perfecta—seis dormitorios, cinco baños, un patio trasero con piscina y una casa de huéspedes independiente. La cocina es un sueño, con horno doble y una isla enorme. La suite principal tiene chimenea, y el baño incluye una bañera independiente rodeada de ventanas. Mi corazón se acelera mientras miro las fotos.

"Cariño," digo, levantando mi teléfono para que Ryan lo vea. "Creo que encontré la indicada. ¿Estás disponible el lunes para ir a verla? Le escribiré a la agente inmobiliaria."

El agarre de Ryan en el volante se tensa ligeramente, y su voz sale tranquila pero firme. "No puedo el lunes. Estaré en la destilería."

Intento mantener un tono ligero. "Vale, ¿qué tal el viernes?"

Duda, luego me mira brevemente. "Te aviso."

La frustración burbujea dentro de mí. "Siento que estoy poniendo mucho más esfuerzo en esto que tú."

Exhala lentamente, su mandíbula tensándose por un segundo. "Cielo, si no estoy disponible, ve con Lauren. Tú elige la casa que te guste, y seguiremos con esa."

Me giro en mi asiento, agarrando mi teléfono con fuerza. "No estoy casada con Lauren. Estoy casada contigo, y me gustaría ver la casa con mi marido."

No responde de inmediato, su silencio pesado en el coche. Cuando finalmente habla, su voz es medida. "Disfrutemos de nuestro tiempo en casa de Connor y Lacey esta noche, ¿vale?"

Quiero simplemente estar de acuerdo pero hay un pensamiento que me molesta. "¿Ya pusiste el ático en venta?"

El agarre de Ryan en el volante se tensa brevemente antes de exhalar, su voz tranquila pero teñida de innegable irritación. "Olivia, tienes que aprender cuándo dejar ir algo. No toda conversación necesita ser prolongada, especialmente cuando estamos a punto de entrar en casa de alguien."

La tensión entre nosotros es palpable, y la culpa roe mi pecho. No quise molestarlo. Ryan ha sido

tan bueno conmigo, y sé que es el pilar económico de este matrimonio. Sin él, no podríamos comprar una casa, sin importar cuánto la desee. Pero no se trata solo del dinero—se trata del compromiso. La seguridad de que estamos construyendo una vida juntos, sin rutas de escape ni ataduras persistentes al pasado.

Me descubro entrando en espiral otra vez y me obligo a parar. Entra en el camino de entrada de Connor, y mi primer pensamiento es lo bien que les va a Connor y Lacey. Su casa es preciosa. Ryan sale del coche sin decir palabra, caminando alrededor para abrirme la puerta. Su mano se extiende hacia mí, y la tomo, obligándome a comportarme. A no dejar que mis inseguridades arruinen la velada.

El cálido resplandor de la luz del porche se derrama por el camino mientras Connor abre la puerta, su sonrisa amplia y acogedora. "Eh, tío. Ya era hora. Entrad."

Lacey aparece detrás de él, menuda y elegante. Su cabello oscuro brilla bajo la luz suave, y su sonrisa es amable pero reservada. "Olivia, es un placer conocerte," dice, su voz suave mientras se inclina para darme un abrazo.

"Igualmente," respondo, dejando que el calor de su gesto alivie la tensión que se ha estado acumulando en mi pecho desde el viaje en coche. La casa huele increíble—ajo asado, hierbas y algo dulce flotando en el aire. Miro alrededor, notando los tonos suaves y neutros de la decoración, acentuados por toques modernos.

"Adelante, poneos cómodos," dice Connor, haciéndose a un lado. Le da una palmada a Ryan en la espalda mientras entramos, su fácil camaradería haciéndome sentir como si hubiera entrado en un mundo que ellos han conocido desde siempre.

El comedor está bellamente preparado, una mesa rústica de madera adornada con velas y flores frescas. Lacey se mueve con gracia, revisando los platos y preguntando silenciosamente a Connor si quiere que sirva el vino. Cuando él asiente, ella inmediatamente comienza, sus manos firmes y eficientes.

Me siento frente a Ryan, que está inusualmente callado. Es educado, respondiendo preguntas y participando en la conversación, pero su risa suena contenida, su calidez habitual apagada. Odio saber que es por mi culpa. La culpa se remueve en mi estómago mientras me obligo a concentrarme en la conversación durante la cena.

"¿Y qué tal os trata la vida de casados?" pregunta Connor, reclinándose en su silla, su copa de whisky equilibrada en su mano.

"Ha sido maravilloso," digo rápidamente, esperando suavizar cualquier tensión que Ryan pueda sentir todavía. "Él es—" Miro a Ryan, mis labios curvándose en una pequeña sonrisa. "Él lo es todo."

Connor sonríe. "Te tiene comiendo de su mano, ¿eh?"

Ryan ríe suavemente, negando con la cabeza. "Algo así."

Lacey coloca un plato de verduras asadas frente a Connor antes de volver a su asiento. Sus movimientos son fluidos, casi deferentes, y no puedo evitar notar cómo espera a que él empiece a comer antes de tocar su propio plato.

"Eres afortunada, Olivia," dice Lacey, su mirada cálida. "Connor siempre dice que Ryan es de los buenos."

"Es verdad," añade Connor con una sonrisa socarrona. "Pero no dejes que te engañe. Sigue siendo un dolor de cabeza a veces."

Ryan le lanza una mirada juguetona, y la tensión en la habitación se aligera ligeramente. Lacey se acerca para ajustar la servilleta de Connor, su mano demorándose en su hombro por un momento antes de reclinarse.

El sutil intercambio no pasa desapercibido. Hay algo en la forma en que ella se mueve alrededor de Connor, lo sintonizada que está con sus necesidades. No solo las anticipa—parece disfrutar satisfaciéndolas.

Durante la cena, veo más señales. Cuando Connor necesita más vino, Lacey inmediatamente rellena su copa sin necesidad de que se lo pidan. Cuando él se reclina en su silla, ella instintivamente ajusta la mesa para darle más espacio. La dinámica entre ellos es fascinante—hay una comunicación silenciosa, tácita, que se siente íntima y deliberada.

Ryan, mientras tanto, juguetea con su comida. Es cordial, incluso encantador por momentos, pero puedo sentir la tensión bajo la superficie. Colorea todo lo que hace, un recordatorio de la discusión que dejamos sin resolver en el coche. Odio haber arruinado la velada para él, para nosotros.

Después de la cena, Lacey me ofrece una copa de champán, y nos acomodamos en el sofá de la sala. Los hombres desaparecen en el despacho de Connor, sus risas desvaneciéndose en el fondo mientras la puerta se cierra tras ellos.

“Tú y tu esposo tienen una conexión especial,” digo, dando un sorbo a mi copa de champán. Mi tono es ligero, pero la curiosidad que he estado reprimiendo se cuela en mis palabras.

La sonrisa de Lacey se suaviza, y una pizca de timidez aparece en su expresión. “Gracias,” dice, dejando su copa en la mesa. “Soy su sumisa.”

La palabra me toma por sorpresa, y parpadeo, tratando de entenderla. “¿Qué significa eso?”

Ella inclina ligeramente la cabeza, estudiando mi reacción antes de responder. “Ven conmigo. Te lo mostraré.”

La curiosidad supera la duda, y la sigo escaleras arriba. Su habitación es impecable, decorada en tonos grises y blancos con toques de azul profundo. Todo está perfectamente colocado, un reflejo de la mujer misma. Se acerca a una cómoda y abre un cajón, revelando su contenido.

Me quedo helada, sintiendo cómo mis mejillas se calientan al ver lo que hay dentro. Restricciones de seda, antifaces, esposas, pinzas para pezones, vibradores, una pala de cuero y otros objetos que no reconozco están organizados con precisión. El aire se siente de repente pesado, mi pulso se acelera mientras mi mente trata de procesarlo todo.

“Como su sumisa,” comienza Lacey, con la voz tranquila y uniforme, “significa que confío en él completamente. Connor toma la iniciativa en nuestra relación, y yo lo sigo. Se trata de confianza, no solo de control o poder.”

La miro, dejando que mi confusión sea evidente. “Entonces… ¿es como un rol?”

“Es más que eso,” explica, cerrando el cajón. “Es una dinámica que funciona para nosotros. Connor me cuida, y yo le doy mi obediencia. Se trata de rendirse, pero no de la manera en que la mayoría de la gente lo piensa. Es empoderador saber que elijo darle ese control porque confío en él completamente.”

Trato de asimilar lo que me dice, pero el concepto se siente ajeno. “Entonces, ¿haces lo que él quiere? ¿Cuando él lo quiere?”

Ella asiente, su sonrisa serena. “Sí. Pero no es unilateral. Él también me cuida.”

Sus palabras tienen sentido, pero las implicaciones me hacen sentir mareada. Miro de nuevo hacia el cajón, incapaz de esconder mi curiosidad. “¿Y estas… cosas?”

Ella suelta una risa suave. “Las usamos a veces. Para divertirnos, para crear intimidad, para explorar nuevos lados de nosotros mismos. No es para todos, pero es parte de lo que hace que nuestra relación sea especial.”

La apertura en su voz me desarma, y me encuentro relajándome un poco. “Parecían tensos esta noche,” dice Lacey. “¿Discutieron antes de venir aquí?”

Suspiro, sintiendo la culpa regresar. “Creo que lo presioné demasiado.”

Su sonrisa comprensiva regresa mientras camina hacia el armario. Saca una pieza de lencería negra y la sostiene frente a mí. La tela es translúcida, con encaje intrincado que cubre lo justo para dejar poco a la imaginación. “La compré hace poco, pero creo que deberías tenerla. Ryan olvidará cualquier cosa que lo haya molestado cuando te vea con esto.”

Miro la prenda, sintiendo cómo mis mejillas arden. “¿Y cómo sé siquiera si me quedará?”

“Pruébatela,” dice con un guiño. “Veamos.”

El baño está cálido y suavemente iluminado, y mis manos tiemblan levemente mientras me pongo la lencería. El material se desliza sobre mi piel como una segunda capa, abrazando cada curva. Cuando me miro en el espejo, apenas me reconozco. El diseño acentúa mi figura, el delicado encaje insinúa más de lo que oculta.

Cuando salgo, los ojos de Lacey se oscurecen, y muerde su labio. “Sí,” dice, con aprobación en su voz. “Es perfecto.”

Miro hacia abajo, mis inseguridades asomándose. “¿Crees que le gustará?”

Su sonrisa es cómplice, casi traviesa. “Oh, no solo le gustará. Estará obsesionado.”

Por primera vez en toda la noche, siento una chispa de esperanza. Tal vez esta noche no tenga que terminar mal. Tal vez aún haya tiempo de arreglar lo que rompí. Mientras observo mi reflejo en el espejo, no puedo evitar preguntarme si Lacey tiene razón. Si esto es lo que se necesita para recordarle a Ryan cuánto lo adoro, lo haré.

13

RYAN

Mi despacho está a oscuras, la única luz proviene del suave resplandor de la pantalla del ordenador. El perfil de la ciudad se extiende más allá de la inmensa pared de cristal, sus luces brillando contra el cielo negro como tinta.

Me recuesto en mi silla, mirando fijamente el plano iluminado sobre mi escritorio. El nuevo diseño de construcción para la expansión de la destilería me mira desafiante, un peso inesperado que cayó sobre mis hombros apenas ayer.

Sabía que mi padre se iba a viajar por el mundo con Brittany. Lo que no sabía era el regalo de despedida que dejaría. El proyecto de expansión no se mencionó ni una vez en nuestras conversaciones. Luego ayer, mientras me entregaba las llaves de la destilería, dejó casualmente una pila de planos sobre mi escritorio, como si no fuera nada.

"Solo algo en lo que empecé a pensar antes de decidir irme," había dicho, como si una expansión multimillonaria fuera un pasatiempo. *"Tú te encargarás."*

Y ahora, aquí estoy, mirando fijamente su sueño a medio terminar, intentando dar sentido al caos. Los contratistas, los plazos, la montaña de papeleo—todo es mío ahora. Y es enorme. Mucho más grande de lo que esperaba. Llevar la destilería a este siguiente nivel será revolucionario, pero llevará tiempo. Más tiempo del que tengo.

Tiempo que probablemente a Olivia no le va a gustar que invierta.

La idea de ella esperando en casa, esperando que cruce la puerta a las ocho como lo he estado haciendo desde que nos casamos, me anuda el pecho. Hemos encontrado un ritmo estos últimos dos meses—uno que funciona para nosotros—pero este proyecto... va a destrozarlo. No hay forma de evitarlo. Tendré noches largas, mañanas tempranas y probablemente fines de semana ocupados con esto durante meses.

Me froto las sienes, el cansancio pesando intensamente. Olivia ha sido clara sobre cuánto quiere que esté en casa, lo importante que es para ella. Y lo entiendo. Yo también quiero estar allí. Pero ¿cómo le explico que esto es más grande que solo un proyecto? Se trata de asegurar el futuro—para ambos. Para la familia que planeamos construir.

Pero la conozco. Está molesta por el ático. Por eso cuestionó si lo había puesto en venta esta noche. Lo ha dicho, aunque no llegue a admitir directamente por qué le molesta realmente. No se trata de necesitar más espacio o querer un jardín—se trata de confianza. O la falta de ella. Estoy pagando por los errores de Zack, por las cicatrices que dejó. Ella piensa que mantendría el ático como una vía de escape. Que la lastimaría como él lo hizo.

Es insultante, para ser honesto. Pero me casé con ella sin conocer sus miedos. Igual que ella se casó conmigo, con todos mis defectos. Esto no es algo que podamos arreglar de la noche a la mañana, pero me he propuesto ayudarla a sanar del daño que ese cabrón causó. Lo que no haré es pasar todo nuestro matrimonio pagando por sus pecados.

El pensamiento hace que mi mandíbula se tense. Los momentos difíciles son normales, ¿verdad? Especialmente para nosotros. No salimos juntos. Saltamos de cabeza al matrimonio, y ahora estamos sintiendo los dolores del crecimiento. Pero nunca me he echado atrás ante un desafío, y no voy a empezar ahora.

El suave clic de la puerta de la oficina al abrirse me saca de mis pensamientos. Cuando veo a Olivia, cada pensamiento coherente se desvanece. Entra envuelta en un conjunto de lencería negra que nunca había visto antes. La tela se ajusta a sus curvas como si hubiera sido hecha especialmente para ella, transparente en los lugares adecuados, dejando entrever su piel desnuda debajo. El encaje abraza sus caderas, desapareciendo en la curva de su trasero, y el contorno de sus pechos se presiona contra la delicada tela. Cada centímetro de ella clama por ser tocado. Mi verga se endurece al instante, pulsando contra el confinamiento de mi pantalón.

“Joder”, murmuro. Giro en mi silla para mirarla de frente, devorándola con la mirada.

Ella se detiene, tímida pero decidida, sus dedos jugando con el borde del negligé. “Hola”, dice suavemente. “Siento lo de antes.”

Sus palabras apenas se registran en mi mente. Mis ojos recorren su cuerpo, cada detalle robándome el aliento: la curva de sus muslos, la tersura de su abdomen, la forma en que la luz tenue besa su piel. Me levanto de mi asiento, imponente sobre ella, y ella exhala un suave suspiro cuando acorto la distancia entre nosotros. Mi mano encuentra su muñeca, tirando de ella con suavidad pero firmeza hasta que está de pie, a solo unos centímetros de distancia.

“¿Lo sientes?” murmuro, mi voz profunda y ronca. Mis dedos se deslizan hasta su cadera, rozando el encaje, tentando el borde de sus bragas. “¿O solo intentas distraerme?”

Sus labios se entreabren, pero no emiten sonido. La forma en que su pecho sube y baja, la forma en que su lengua humedece su labio inferior, es embriagadora. Agarro sus caderas y la levanto con facilidad, sentándola en el borde de mi escritorio. Sus piernas se abren, invitándome, y me acerco más, presionando mi erección contra su sexo apenas cubierto. Ella jadea suavemente, sus manos agarrando el borde del escritorio.

"Mírate", susurro, deslizando mi pulgar por la tela húmeda que cubre su centro. "Estás suplicando que te folle."

Sus mejillas se ruborizan, sus labios tiemblan mientras los muerde, intentando mantener la compostura. No se lo permito. Mis dedos se enganchan en un lado de sus bragas, apartándolas y dejando al descubierto sus pliegues resbaladizos y brillantes. La visión de su dulce concha me hace gemir, mi verga pulsando con más fuerza contra mi pantalón.

"Joder, Olivia", murmuro, deslizando dos dedos por su humedad, cubriéndolos con su excitación. "Estás empapada por mí."

Su respiración se corta, y su cabeza cae hacia atrás mientras dibujo círculos en su clítoris, lento y deliberado, con la yema de mi pulgar. Bajo mis dedos, tentando su entrada sin darle lo que desea aún. Sus caderas se levantan instintivamente, buscando mi toque, y un gemido frustrado escapa de sus labios.

"Eres tan sensible", digo, hundiendo un dedo en su interior, solo lo suficiente para hacerla estremecer. Está caliente, apretada y suave, y gimo por lo perfecta que se siente abrazándome. "Has estado pensando en esto toda la noche, ¿verdad?"

Ella asiente, su voz temblorosa. "S-sí."

"Dilo", exijo, deslizando mi dedo más profundo, curvándolo justo en el lugar correcto para hacerla gritar. "Di que has estado pensando en mí."

"Lo he estado", jadea, sus uñas clavándose en el escritorio. "No puedo dejar de pensar en ti."

Su honestidad me desarma. Introduzco otro dedo en su interior, sus paredes resbaladizas me envuelven mientras la trabajo, preparándola para mí. Sus gemidos se vuelven más fuertes, más dulces, cada uno una sinfonía de placer. Es la forma en que su voz tiembla, quebrándose al borde de un jadeo, lo que me vuelve loco. Suena como pura necesidad, como rendición.

"Estás tan apretada, Liv", gruño, mi pulgar circulando su clítoris más rápido ahora. "¿Sientes lo duro que estoy por ti?"

Su mano me busca, su palma presionando contra el bulto en mis pantalones. "Sí", susurra, su voz

temblando, sus ojos oscuros de deseo. “Lo necesito.”

Gimo, mi autocontrol deslizándose. “Aún no. No hasta que te corras para mí.”

Su gemido es desesperado, y no me contengo. Mis dedos bombeán en su interior más rápido, cada empuje deliberado, alcanzando ese punto dentro de ella que la hace gritar. Sus muslos tiemblan a mi alrededor, su cuerpo arqueándose mientras el placer crece. Mantengo mis ojos en su rostro, observando cada destello de éxtasis mientras se desmorona.

“Ry”, gime, su voz un ruego roto. “Voy a… oh Dios, voy a…”

Mi pulgar presiona con más fuerza contra su clítoris, girando más rápido, y su cuerpo se derrumba debajo de mí. Sus paredes se tensan alrededor de mis dedos, húmedas y palpitantes, empapándome mientras se deshace. Sus gritos llenan la habitación, crudos y desenfrenados, sus labios entreabiertos mientras cabalga las olas de su orgasmo.

Sigo, alargando su liberación hasta que está temblando, su cuerpo desplomándose contra mí, su respiración entrecortada y desigual. Lentamente, deslizo mis dedos fuera de ella, y ella jadea suavemente ante la pérdida. Su mirada se encuentra con la mía, aturdida y satisfecha, mientras llevo mis dedos a mis labios y los pruebo.

“Deliciosa”, murmuro.

Sus mejillas se sonrojan, pero sus ojos se oscurecen mientras bajan al bulto que está tensando mis pantalones. “Quiero…”

Antes de que pueda terminar, la levanto nuevamente, llevándola al dormitorio, mi verga latiendo con necesidad. El sonido de su respiración acelerada, la forma en que su cuerpo se aferra al mío, me está volviendo loco. Mi verga palpita, desesperada por ella, pero me contengo. Quiero saborear esto.

Cuando la acuesto en la cama, no duda. Sus dedos se deslizan sobre mi pecho, tirando de mí para acercarme. “Ryan”, susurra, su voz sensual y llena de necesidad, “te quiero tanto.”

Tomo sus muñecas con suavidad pero firmeza, inmovilizándolas sobre su cabeza, y me inclino hasta que nuestras narices casi se tocan. “Vas a tener todo de mí, preciosa”, murmuro, mi aliento caliente contra sus labios. “Pero no hasta que me lo supliques.”

Sus labios se entreabren, y deja escapar un suave gemido necesitado mientras la beso profundamente, mi lengua deslizándose contra la suya en un ritmo lento y deliberado. Dejo que mis manos exploren su cuerpo, recorriendo sus costados, agarrando sus caderas, saboreando la forma en que se retuerce debajo de mí. Su lencería no es más que una barrera, y estoy decidido a

despojarla pieza por pieza.

Me siento sobre mis talones, tirando de ella conmigo. “Brazos arriba”, ordeno, y ella obedece al instante, levantando las manos para que pueda quitarle el encaje de su cuerpo. Sus pechos quedan libres, suaves y perfectos, sus pezones duros y clamando atención. Arrojo la lencería a un lado y la contemplo: la forma en que su piel brilla, el rubor de su pecho, el ligero temblor en sus muslos. Es exquisita.

“Eres tan hermosa”, digo, mi voz cargada de deseo. Me inclino, tomando un pezón en mi boca, chupando y deslizando mi lengua sobre el pico sensible. Ella gime, su espalda arqueándose, presionándose más contra mí.

“Cariño”, gime, sus manos enredándose en mi cabello, tirando de mí suavemente. “Eso se siente tan bien… no pares.”

Me muevo a su otro pecho, mordiendo ligeramente antes de calmar la mordida con mi lengua, y su jadeo se convierte en un gemido profundo y gutural. Sus caderas se mueven contra mí, desesperadas por fricción, y no puedo evitar sonreír contra su piel.

“Impaciente, ¿no?”

La giro boca abajo, levantando sus caderas hasta que está de rodillas. “Mi traviesa esposita”, digo, golpeando su trasero lo suficientemente fuerte como para hacerla jadear. El sonido de la palmada resuena en la habitación, seguido por su suave y necesitado gemido.

“Por favor, necesito que me folles”, gimotea, girando su cabeza para mirarme, sus ojos oscuros de lujuria.

Me alineo con su entrada, deslizando la punta de mi verga por sus pliegues, provocándola. “Dilo otra vez”, exijo, mi voz ráspera.

“Te necesito, cariño”, suplica, su voz quebrada. “Fóllame. Por favor.”

Con una dura embestida, estoy dentro de ella, enterrado hasta el fondo. El calor húmedo y apretado de su concha me envuelve como un guante, y gimo, mis manos agarrando sus caderas mientras la mantengo en su lugar. Ella grita, su cuerpo arqueándose, empujando hacia atrás contra mí.

“Joder, Liv”, resoplo, saliendo casi por completo antes de hundirme de nuevo en ella.

Sus gemidos son altos y desenfrenados, sus dedos aferrándose a las sábanas mientras marco un ritmo implacable. Mis caderas chocan contra su trasero, el sonido de la piel chocando con piel se

mezcla con sus gritos de placer. Me inclino sobre ella, una mano enredándose en su cabello, la otra deslizándose por debajo para frotar su clítoris.

“Eres mía”, susurro en su oído. “Siempre.”

Sus gritos se vuelven desesperados, su cuerpo apretándose alrededor de mí mientras la follo más duro, más profundo. Mis dedos circulan su clítoris, implacables, y ella grita, su concha tensándose y palpitando mientras otro orgasmo la atraviesa.

Gimo, mi propia liberación construyéndose, la presión casi insoportable. “Joder, Liv. Voy a correrme”, gruño, hundiéndome en ella una última vez mientras me derramo dentro de ella. Mi verga palpita, llenándola con todo lo que tengo, y me desplomo sobre ella, ambos temblando y jadeando por aire.

Cuando finalmente salgo de ella, me tumbo de espaldas, tirando de ella conmigo hasta que está acurrucada contra mi pecho. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi piel, sus labios rozando mi cuello.

“Te amo”, susurra, su voz suave y satisfecha.

Presiono un beso en su frente. “También te amo, preciosa. Siempre.”

OLIVIA

La casa es perfecta.

Sigo a la agente inmobiliaria por el enorme vestíbulo, el sonido de mis tacones resonando suavemente contra los suelos de madera pulida. El espacio es luminoso, acogedor, y todo lo que he estado soñando. Lauren camina a mi lado, sus zapatos apenas haciendo ruido mientras lo absorbe todo, su expresión pensativa.

"Este espacio es ideal para recibir invitados," dice la agente, su voz profesional pero cálida. Señala hacia la sala, un espacio extenso con techos altos y molduras personalizadas.

Me adentro más en la habitación, mis ojos recorriendo los detalles. "Guau," murmuro, sintiendo un aleteo de emoción en el pecho. Las ventanas de cristal a un lado se abren hacia el patio trasero, y ya puedo imaginar a nuestros futuros hijos jugando aquí.

Lauren silba por lo bajo mientras se dirige hacia la cocina. "Este es el tipo de lugar que te dan ganas de cocinar. O al menos fingir que lo haces."

Su comentario me hace reír, y camino detrás de ella hacia la cocina. Es impresionante—una isla de mármol se extiende por el centro, rodeada de armarios personalizados en gris paloma. Los electrodomésticos son de primera línea, todos en acero inoxidable, y las lámparas que cuelgan sobre la isla parecen sacadas de una revista.

"A Ryan le encantaría esto," digo, mis dedos rozando el frío mármol.

La agente sonríe educadamente y nos guía hacia el pasillo. "Déjenme mostrarles las habitaciones. La suite principal es todo un refugio."

La seguimos por el pasillo, y el dormitorio principal me deja sin aliento. El espacio es enorme, con un balcón privado que da al patio trasero. Las paredes están pintadas en un suave y relajante

tono azul, y la alfombra es mullida bajo mis tacones. Mis ojos se desvían hacia el baño, y no puedo evitar entrar.

"Esto es increíble," dice Lauren, pasando su mano por el borde de la bañera exenta. Está perfectamente colocada bajo ventanas de cristal esmerilado, proporcionando suficiente privacidad mientras deja entrar la luz.

Echo un vistazo a los lavabos dobles y la ducha extragrande, completa con múltiples alcachofas. "Solo este baño ya vale la pena," susurro, imaginando mañanas tranquilas aquí con Ryan, tomando café mientras la luz del sol se filtra por las ventanas.

El resto del recorrido es igual de impresionante. Las habitaciones de invitados son espaciosas, el desván de arriba es perfecto. Hay una piscina, un césped exuberante, y un patio de piedra con una parrilla incorporada. Una casa de huéspedes independiente se encuentra al final de la propiedad. Ya puedo imaginar a mi abuela viniendo de visita.

"El precio de venta es 1.5 millones," dice la agente mientras volvemos al vestíbulo. Su tono es seguro, como si supiera que la casa se vende sola.

Mi corazón late con fuerza, pero asiento. "Envíeme los detalles," digo, intentando sonar serena. "Me gustaría empezar con el papeleo."

Su sonrisa se ensancha. "Por supuesto. Le enviaré todo esta tarde."

Después, Lauren y yo nos dirigimos a un restaurante junto al mar. El sol brilla sobre las olas, proyectando un resplandor dorado sobre la terraza. La brisa salada se mezcla con el aroma a marisco a la parrilla y pan recién hecho, haciéndome la boca agua.

Tomamos una mesa cerca de la barandilla, donde la vista del océano es casi demasiado hermosa para creerla. Un camarero se acerca, con los menús bajo el brazo, y ofrece una sonrisa educada.

"Buenas tardes, señoras. ¿Puedo traerles algo de beber mientras miran la carta?"

"Tomaré una limonada," digo, colocando mi bolso en la silla vacía a mi lado.

"Lo mismo para mí," añade Lauren, abriendo su menú mientras él asiente y se aleja.

La carta está llena de opciones—desde pescado recién pescado hasta platos de pasta que suenan a gloria. Repaso las descripciones, mi estómago rugiendo mientras imagino cada plato.

"¿Qué estás pensando pedir?" le pregunto a Lauren.

Se reclina, considerándolo. "Los raviolis de langosta suenan increíbles, pero también el mahi-mahi. ¿Y tú?"

"El salmón con salsa de limón y eneldo me está llamando," digo, levantando la vista cuando el camarero regresa con nuestras limonadas. Coloca los vasos en la mesa con una facilidad practicada.

"¿Están listas para pedir, o necesitan unos minutos más?" pregunta.

Lauren deja su menú. "Tomaré los raviolis de langosta."

"Y yo el salmón a la parrilla, por favor," añado, entregándole mi menú.

"Excelentes elecciones," dice con una sonrisa, recogiendo los menús. "Ahora mismo lo pido."

Cuando se va, me quito las gafas de sol grandes, colocándolas cuidadosamente sobre la mesa. El frescor ácido de la limonada es refrescante mientras doy un sorbo, dejando que el estrés del día se derrita. Lauren me observa con una sonrisa conocedora.

"¿Qué?" pregunto, arqueando una ceja.

"Solo mírate," dice, reclinándose en su silla, su expresión juguetona. "Pareces la esposa de un millonario."

Me río, negando con la cabeza. "Un millonario trabajador. Apenas he visto a mi marido en más de una semana."

Su sonrisa se desvanece ligeramente mientras se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. "Te iba a preguntar por eso. ¿Por qué no está viendo estas casas preciosas contigo?"

Miro hacia el agua, la luz del sol bailando sobre las olas. Mis dedos trazan el borde de mi vaso mientras intento encontrar las palabras correctas. Cuando vuelvo a mirarla, suspiro suavemente. "Ha estado trabajando mucho. Su padre dejó un proyecto sin terminar en la destilería. Además, sigue dirigiendo el bar, aunque ha contratado más personal."

Lauren asiente lentamente, su expresión pensativa. "¿Cómo te sientes con todo eso?"

Dudo, las palabras atascadas en mi garganta. Finalmente, las dejo salir. "Sé que esto empezó como un acuerdo, pero me enamoré de él, Lauren. Cuando no está cerca, lo echo de menos. Lo anhelo. Pero ahora mismo, no siento que sea la número uno en su vida. Me siento... en segundo lugar después de sus negocios."

Sus ojos se suavizan, y estira la mano a través de la mesa para apretar la mía. "Liv, eso es duro. Lo entiendo. Pero no es permanente. Lo sabes, ¿verdad?"

Asiento, aunque mi pecho se siente pesado. "Lo sé. Es solo que es irónico. Se casó conmigo para conseguir esos negocios, y ahora que los tiene..."

Lauren inclina la cabeza, estudiándome. "Me sorprende que no os hayáis mudado ya de ese ático."

"Sí..." me detengo, mi voz vacilante. "Quiere quedárselo. Tanto la casa nueva como el ático. Aunque me dijo que lo pondría en venta, no lo ha hecho. La última vez que le pregunté por ello, se molestó."

La frente de Lauren se arruga con confusión. "¿Por qué quiere quedárselo?"

Suspiro, sintiendo el peso familiar de esta conversación asentarse sobre mí. "Porque su madre le ayudó a elegirlo. Realmente ama ese lugar."

Lauren se encoge de hombros, su expresión práctica. "¿Entonces por qué no quedarse con ambos? El ático y la casa nueva."

Niego con la cabeza, mi garganta apretándose. "No se trata solo de eso. Tengo miedo, Lauren. ¿Y si quiere el ático como una vía de escape de nuestro matrimonio? O peor, ¿y si no soy suficiente y él—" Mi voz se quiebra, y aparto la mirada, las palabras demasiado dolorosas para decirlas.

La mirada de Lauren se afila, su voz firme pero amable. "Liv, tienes que dejar de permitir que las gilipolleces de Zack controlen tu vida. Ryan no es Zack. No te va a engañar."

Trago con dificultad, mis hombros hundiéndose. "Lo sé. Estoy intentando superarlo, pero no es fácil. Esas cicatrices no desaparecen sin más."

La voz de Lauren se suaviza. "Lo entiendo. Pero si quieres seguir casada, necesitas superar este miedo. A Ryan no le va a gustar que no confíes en él por algo que nunca hizo. No es justo, Liv."

Las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos, pero asiento, mi voz apenas por encima de un susurro. "Tienes razón. Solo... no quiero arruinar esto. No quiero alejarlo."

"No lo harás," dice firmemente. "Pero tienes que dejar ir el pasado."

El camarero regresa con nuestra comida, colocando los platos frente a nosotras con una sonrisa

alegre. "Que aprovechen," dice antes de retirarse a otra mesa.

El aroma del salmón a la parrilla y la salsa cremosa de langosta se eleva, y respiro hondo, intentando dejar que la conversación se asiente. Corto el salmón, el pescado prácticamente derritiéndose en mi tenedor. Lauren prueba sus raviolis, sus ojos girando ligeramente.

"Vale, esto está increíble," dice, su tono aligerando el ambiente. "Tienes que probarlo."

Pincho un bocado de sus raviolis con mi tenedor, y ella roba un trozo de mi salmón a cambio. Los sabores son ricos y decadentes.

Lauren deja su tenedor, una sonrisa traviesa tirando de sus labios. "¿Sabes lo que deberías hacer? Ve a verlo. Sorpréndelo. Dale un poco de... romance de oficina."

Me río, el sonido más ligero de lo que me siento. "¿Romance de oficina?"

Guiña un ojo, su sonrisa ensanchándose. "Austin estaba tan ocupado la semana pasada, que tuve que recordarle quién manda. Funcionó de maravilla."

Levanto mi vaso, chocándolo contra el suyo con una sonrisa. "Por los romances de oficina."

"Por los romances de oficina," repite Lauren, sonriendo con picardía antes de dar un sorbo.

El sol se hunde más en el horizonte, proyectando largas sombras.



Estoy nerviosa mientras conduzco hacia la destilería.

Mi corazón late al compás de los neumáticos crujiendo contra la grava mientras entro en el aparcamiento. El edificio es imponente, una estructura industrial moderna con acero y cristal suavizada por vigas rústicas de madera y detalles en piedra. El sol rebota en el techo metálico pulido, haciendo que todo el lugar brille bajo la luz de la tarde.

La destilería está en plena actividad. Trabajadores con chalecos de seguridad se mueven con determinación, algunos transportando equipos mientras otros inspeccionan cajas alineadas cerca del muelle de carga. Capto el suave zumbido de la maquinaria y el agudo estruendo del metal, mezclándose con el murmullo bajo de las voces del personal. El aire huele a tierra y madera, con un tenue aroma a whisky flotando en la brisa.

Aparco cerca de la entrada y bajo del coche, mis tacones resonando contra la grava. Mis ojos recorren la extensa propiedad, absorbiendo cada detalle—el paisajismo cuidado que contrasta con el aspecto industrial del edificio, el elegante letrero con el logotipo de Destilería Carter, y las largas filas de barriles apilados ordenadamente junto a una pared lejana.

El interior de la destilería es igual de impresionante. Es cavernoso, con techos altos atravesados por vigas de acero. Las paredes son una mezcla de ladrillo visto y cristal, dando al espacio un ambiente abierto y moderno.

Deambulo por el vestíbulo, mis tacones amortiguados contra los suelos de hormigón pulido, estirando el cuello para apreciar la inmensidad de la operación. Hay una pared de cristal que separa la zona de oficinas de la planta de producción, y más allá, puedo ver a los trabajadores.

"¿Puedo ayudarla?" una voz llama desde atrás, suave y dulce pero profesional.

Me giro para ver a una joven morena, su pelo recogido en una coleta elegante que resalta sus pómulos marcados. Viste un blazer entallado sobre pantalones ajustados, luciendo pulida y naturalmente segura. Sus ojos son de un cálido color avellana, y parece tener mi edad—o ser más joven. Veinticuatro, quizás incluso veintiuno o veintidós.

"Oh," digo, ofreciendo una sonrisa educada. "Soy la señora Carter."

Su expresión cambia al instante. Su postura se endereza, y su tono adquiere un matiz más deferente. "Por supuesto. Soy la asistente del señor Carter. Por favor, sígame. La llevaré a su despacho."

Parpadeo. ¿Su asistente? Ryan nunca mencionó haber contratado a alguien nueva, y menos alguien tan... guapa.

Mientras la sigo por los pasillos, mi mente empieza a dar vueltas. No es propio de Ryan ocultarme cosas, pero ¿esto? ¿Una asistente joven y atractiva de la que nunca me habló? Si fuera Zack, sé exactamente lo que esto significaría. Ya estarían acostándose, usando excusas como "noches largas" y "emergencias de trabajo." Mi estómago se retuerce ante la idea.

Ryan no es Zack. No lo es. Basta, Liv.

La asistente señala hacia una puerta y la abre con una sonrisa educada. "El señor Carter está aquí. Avíseme si necesita algo más."

Entro en el despacho, conteniendo el aliento por un momento. Ryan levanta la vista de su escritorio, su expresión cambiando de concentración a sorpresa, y luego a algo más suave—más cálido. Se levanta, sus movimientos fluidos y seguros, como si hubiera estado esperándome todo

el día.

"Liv," dice, su voz baja y teñida de grata sorpresa. "¿Qué haces aquí?"

"Quería verte," digo, acercándome. Mi corazón se acelera mientras lo observo—su pelo oscuro ligeramente despeinado, las mangas de su camisa arremangadas hasta los antebrazos, revelando manos fuertes. Se ve tan dominante, tan... mío.

Cierra el espacio entre nosotros, su mano posándose en mi cintura mientras sus labios rozan los míos, tentativos al principio, luego más profundos. Su beso es cálido y envolvente, y me derrito contra él, mis manos deslizándose por su pecho hasta sus hombros.

"Estás preciosa," murmura contra mis labios, su voz ronca y llena de calor. "Demasiado guapa para ser solo una visita casual."

Me río suavemente, trazando sus labios con mis dedos. "Imaginé que estarías demasiado cansado esta noche, así que pensé... ¿por qué esperar?"

Su ceja se arquea, su agarre apretándose en mi cintura. "¿Ah, sí? ¿Y qué exactamente estás pensando, señora Carter?"

No respondo. En su lugar, inclino la cabeza hacia arriba, presionando otro beso en sus labios, este más insistente. Responde al instante, sus manos vagando hacia la curva de mis caderas, atrayéndome contra él. El escritorio presiona contra mi espalda baja mientras su cuerpo me acorrala, sus labios trazando un camino desde mi boca hasta mi mandíbula, luego bajando hasta ese punto sensible en mi cuello que hace que mis rodillas flaqueen.

Mis dedos se enredan en su cabello mientras un suave gemido escapa de mis labios, pero justo cuando las cosas empiezan a calentarse, se escucha un golpe seco en la puerta.

"¿Señor Carter?" la voz de la asistente atraviesa la niebla como un cuchillo. "El equipo de construcción necesita que apruebe algo."

Ryan exhala con fuerza, apoyando su frente contra la mía por un momento.

"Claro que sí," murmura, frustrado.

Me muerdo el labio, tratando de contener la desesperación que me quema por dentro. No quiero compartirlo con nadie en este momento, ni con su equipo, ni con sus proyectos, ni con nadie. Lo necesito como si fuera el aire que me mantiene viva. Me siento patética. Él lo nota; sus ojos se entrecierran levemente mientras se aleja lo justo para mirarme directamente.

"Liv," dice con un tono firme, pero no áspero, "la única vez que quiero verte así de desesperada es cuando estés de rodillas, rogando por mi polla. ¿Entendido?"

El calor invade mis mejillas, mis labios se entreabren, pero no consigo decir nada. Asiento, parpadeando rápidamente mientras él se arregla la camisa, su expresión suavizándose un poco. Me da un rápido beso en la frente antes de dar un paso atrás.

"Volveré en unos minutos," dice, ya a medio camino de la puerta.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. "¿Por qué no me contaste sobre tu nueva asistente?"

Ryan se congela a medio paso, sus hombros tensándose. Se gira lentamente, sus cejas fruncidas en confusión. "¿Qué?"

"Es... guapa," digo, mi voz más tensa de lo que pretendo. La amargura sabe horrible en mi lengua, pero no puedo contenerme. "¿Es ella la razón por la que llegas tarde a casa?"

En el momento que las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Su expresión cambia de confundida a fría, su mandíbula tensándose mientras se dirige hacia mí con determinación. Se detiene a centímetros de distancia, alzándose sobre mí, y mi respiración se entrecorta cuando su mano se levanta hasta mi barbilla, obligándome a encontrar su mirada.

"Repite eso," dice, su voz baja y controlada, la calma antes de la tormenta.

Intento apartar la mirada, pero su agarre me mantiene firme. "Ryan, no quise—"

"Sí quisiste decirlo." Su tono se agudiza. "Vamos a dejar algo claro ahora mismo. La contraté porque necesitaba alguien cualificada para hacer el trabajo, no para entretenerme. Y si crees por un segundo que arriesgaría lo nuestro por alguien—y menos por alguien con quien trabajo—entonces no me conoces tan bien como crees."

Sus ojos taladran los míos, una mezcla de dolor y frustración arremolinándose en sus profundidades. Trago con dificultad, mi pulso retumbando en mis oídos mientras lucho por formar una respuesta.

"¿Sabes lo insultante que es?" continúa, su voz firme pero sin alzarse. "Cada vez que traes a Zack a este matrimonio, cada vez que asumes que soy como él, no solo dudas de mí. Dudas de nosotros. Y estoy realmente cansado de esto."

El peso de sus palabras me oprime, y siento que mis defensas se derrumban. "Cariño, yo—"

Su pulgar acaricia mi mandíbula, y su agarre se suaviza ligeramente, pero su mirada nunca vacila. "Te lo he dicho antes, y te lo diré otra vez: no soy Zack. Soy tu marido. Y necesito que confíes en mí. Si no puedes hacer eso, entonces este matrimonio se va a romper bajo el peso de tus miedos."

Mis ojos arden, las lágrimas amenazando con derramarse, pero las contengo. Exhala lentamente, soltando mi barbilla y dando un paso atrás. "Tengo que irme. Hablaremos luego."

Lo veo marcharse, mi pecho apretado con una mezcla de vergüenza y frustración. Vine aquí para conectar con él, para recordarle lo que tenemos, y en cambio, he dejado que mis inseguridades creen otra brecha entre nosotros.

Mis dedos juguetean con el dobladillo de mi blusa mientras repaso sus palabras, intentando sacudirme el escozor.

¿Por qué hago esto? ¿Por qué le hago pagar por los errores de Zack? El pensamiento me desgarra, y mi mente se desvía hacia Lacey y Connor. Su conexión parece tan natural. ¿Por qué no puedo ser más como ella? Como es con su marido. ¿Por qué no puedo dejar ir el miedo de que un día Ryan se despierte y decida que no soy suficiente?

Agarro mi bolso y me dirijo hacia la salida, mis pasos rápidos y decididos. La asistente levanta la vista cuando paso, pero evito su mirada, mis mejillas aún ardiendo de vergüenza. El aire fresco me golpea al salir, pero hace poco para calmar la tormenta que se agita dentro de mí. Desbloqueo mi coche, lista para irme, cuando escucho su voz.

"¡Liv!"

Me giro para ver a Ryan caminando hacia mí a grandes zancadas, su expresión indescifrable. Antes de que pueda decir algo, está ahí, sus manos agarrando mi cintura mientras me hace girar y me presiona contra el lateral del coche. Sus labios chocan con los míos, exigentes y arrepentidos a la vez.

"Te amo," murmura contra mis labios, su voz baja y ronca. "Sé que he estado ocupado, pero lo arreglaré. Nos arreglaré."

Mis manos agarran su camisa, aferrándome a él mientras las lágrimas pican en mis ojos. "Solo te echo de menos," susurro, mi voz quebrándose. "No quiero sentir que te estoy perdiendo."

"No me estás perdiendo," dice firmemente, su frente apoyada contra la mía. "Pero necesito tu confianza, Liv. Necesito tu amor y apoyo. Quiero que seamos felices. Tú también quieres eso, ¿verdad?"

Asiento, tragando el nudo en mi garganta mientras sus manos enmarcan mi rostro, sus pulgares secando las lágrimas que amenazan con caer.

"Vamos a casa," dice suavemente, sus labios rozando los míos una última vez. Y por primera vez en días, siento que podríamos estar realmente bien.

15

RYAN

El suave resplandor del amanecer se filtra a través de las persianas, dibujando rayas doradas y sombras en las paredes del dormitorio. Me despierto, parpadeando contra la luz, el silencio tranquilo de la casa envolviéndome. Han pasado dos semanas desde que nos mudamos a este lugar. Dos semanas navegando entre cajas, decidiendo dónde poner las cosas, descubriendo cómo hacer de esta casa nuestro hogar.

Y vaya, hizo un excelente trabajo eligiéndola. Las ventanas altas y el concepto abierto—es perfecta. Ella es perfecta. No se lo digo lo suficiente, y lo sé.

Vendí mi ático, no quería que fuera la causa de otra discusión. Haría cualquier cosa por mantenerla feliz.

Me estiro, pasando la mano por el espacio vacío a mi lado. Su lado de la cama está frío. Mi pecho se aprieta, y me detengo, mi corazón hundiéndose mientras escucho buscándola. El débil sonido de sollozos ahogados llega a mis oídos. Viene del baño.

Mierda. Aparto las sábanas, incorporándome. Ya sé qué pasa. Vi la prueba negativa el otro día. Guardada en el cajón bajo el lavabo, escondida bajo un montón de pañuelos. No dije nada, pero no es la primera que he visto. Se las ha estado haciendo cada pocas semanas, esperando en silencio, sufriendo en silencio. Y ahora... ahora es demasiado.

Sus sollozos se hacen más fuertes, y el nudo en mi pecho se aprieta. Balanceo mis piernas sobre el borde de la cama, mis pies tocando el suelo mientras intento calmarme. La idea de ella sentada allí sola, rompiéndose pedazo a pedazo, es insoportable.

Cruzo la habitación, mis pies descalzos contra el suelo frío de madera, y golpeo suavemente la puerta del baño. "¿Liv?" Mi voz es suave, cuidadosa. "Cariño, ¿estás bien?"

"Solo... dame un minuto," dice, su voz temblorosa y espesa por las lágrimas. Puedo oírla

intentando recomponerse, sorbiendo, su respiración entrecortada. Me destroza.

Apoyo mi frente contra la puerta, cerrando los ojos. "Estoy aquí, ¿vale?" digo, aunque cada instinto en mí grita por ir a ella.

No hay respuesta por un momento, solo el sonido de su llanto, más silencioso ahora pero no menos desgarrador. Espero, mi mano descansando en el marco de la puerta, hasta que no puedo soportarlo más. Lentamente, giro el pomo y entro.

Está sentada en el borde de la bañera, sus hombros caídos, sus manos cubriendo su rostro. Su cuerpo tiembla con sollozos silenciosos, su cabello cayendo en ondas desordenadas a su alrededor. No levanta la mirada cuando entro, y por un momento, solo me quedo ahí, inseguro de si quiere que me acerque. Pero entonces deja escapar este sonido suave y roto, y me muevo sin pensar.

"Olivia," digo suavemente, arrodillándome frente a ella. Tomo sus manos entre las mías, apartándolas gentilmente de su rostro. Sus ojos están rojos e hinchados, lágrimas surcando sus mejillas.

"No estoy embarazada," susurra, su voz quebrándose. Traga con dificultad, nuevas lágrimas derramándose. "Llevamos casi cuatro meses casados, Ryan. ¿Por qué no ha pasado todavía?"

No sé qué decir. Mi garganta se aprieta mientras la miro, el dolor en sus ojos cortando más profundo que cualquier palabra. Niega con la cabeza. "¿Y si algo está mal conmigo? ¿Y si—y si no puedo—" Su voz se quiebra, y deja escapar un sollozo, cubriendo su rostro otra vez.

"Eh," digo, mi voz más firme ahora. Acuno su rostro, mis pulgares limpiando sus lágrimas. "Mírame, Liv."

Duda, su respiración entrecortándose, pero encuentra mis ojos. "No hay nada mal contigo," digo, mi voz firme, pero mi corazón rompiéndose por ella. "Nada. ¿Me oyes?"

"Pero—" empieza, pero la interrumpo.

"No." Niego con la cabeza. "No sabemos nada todavía, ¿vale? Hasta donde sabemos, estás perfectamente sana."

Su labio inferior tiembla, y asiente, pero puedo ver la duda persistiendo en sus ojos. Me inclino, presionando mi frente contra la suya. "No estás sola en esto. Estoy aquí, y no me voy a ninguna parte."

Exhala temblorosamente, sus manos agarrando mis muñecas. "Se supone que debo tener un bebé,

Ryan. Eso era parte de nuestro acuerdo."

La atraigo a mis brazos, envolviéndola fuertemente contra mi pecho. "No te preocupes por el acuerdo. Ya me has dado todo," susurro, mis labios rozando su cabello. "El bebé llegará cuando tenga que llegar. Hay cosas que no se pueden apresurar."

Nos quedamos así por un rato, su cuerpo temblando contra el mío mientras sus sollozos se calman. Finalmente, se aparta, limpiando sus mejillas. "Lo siento, Ry," dice. "No quería arruinar tu mañana."

"No has arruinado nada," digo firmemente, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja. "Pero ¿sabes qué? Hoy no voy al bar ni a la destilería."

Parpadea hacia mí, confundida. "¿Qué? Pero la expansión—"

"Puede esperar." Me levanto, levantándola conmigo. "Hoy es sobre ti, ¿vale? Lo que necesites."

Sus cejas se juntan, sus labios separándose como si fuera a discutir, pero entonces solo asiente, una pequeña sonrisa agradecida tirando de las comisuras de su boca. "Vale."

Se queda en mis brazos un poco más, sus respiraciones lentamente normalizándose. Cuando se aparta de nuevo, sus ojos están vidriosos pero más tranquilos. La dejo ir reluctantemente, observándola limpiarse las mejillas con dedos temblorosos. Intenta sonreír, pero es frágil, apenas manteniéndose unida.

"Ve a sentarte en la sala," digo suavemente, apartando su cabello de su rostro. "Ya voy."

"¿Qué vas a hacer?" pregunta, su voz teñida de curiosidad.

"Solo ocupándome de algo rápido. Ve a sentarte. Confía en mí."

Sus labios se curvan en una leve sonrisa, y asiente, alejándose. Me quedo donde estoy, escuchando sus pasos alejarse antes de sacar mi teléfono. Mi asistente, Amy, ya me había enviado dos mensajes sobre las reuniones en la destilería, pero ni siquiera dudo. **Yo:** *"Cancela todo para hoy. Mi esposa me necesita. Reprograma lo urgente para mañana."*

La respuesta llega casi inmediatamente: **Amy:** *"Entendido."*

Guardo el teléfono en mi bolsillo y exhalo, pasando una mano por mi rostro. El trabajo puede esperar. Hoy, Olivia es mi prioridad.

Cuando me uno a ella en la sala, está sentada con las piernas cruzadas en el sofá, sus manos jugueteando con el borde de la manta extendida sobre los cojines. Levanta la mirada hacia mí, sus ojos buscando los míos, y puedo ver que todavía lleva el peso de lo ocurrido antes.

"Bien," digo, apoyándome en el marco de la puerta con los brazos cruzados. "Este es el plan: nada de trabajo, nada de estrés, nada de darle vueltas a las cosas. Hoy es sobre ti. Lo que quieras, lo haremos."

Su ceño se frunce ligeramente. "Ryan, no tienes que—"

"Sí tengo," la interrumpo, mi voz firme pero suave. "Porque quiero. Entonces, ¿qué será? ¿Desayuno primero? ¿O prefieres que te prepare un baño? Tú eliges."

Se muerde el labio, sus ojos suavizándose mientras me mira. "Desayuno," dice después de un momento. "Pero solo si me dejas ayudar."

"Ni hablar," respondo con una sonrisa, extendiéndole mi mano. "Te vas a sentar en la cocina y me vas a ver cocinar."

Su risa es suave pero genuina, y es suficiente para hacer que mi pecho se sienta un poco más ligero. Toma mi mano, dejando que la ayude a levantarse, y nos dirigimos juntos a la cocina.

Mientras empiezo a romper huevos en un bol, miro por encima de mi hombro. Está encaramada en un taburete junto a la isla, sus codos sobre la encimera, observándome con una pequeña sonrisa.

"Admítelo," digo, batiendo los huevos. "No crees que sea buen cocinero."

"Solo te he visto hacer tostadas," me provoca, apoyando su barbilla en su mano. "Así que mis expectativas son... moderadas."

"Vaya," respondo con fingida ofensa, agarrando un puñado de espinacas para saltear. "Tu fe en mí es abrumadora."

Su risa es un poco más fuerte esta vez, y es música para mis oídos. "Seguro que estará genial," dice, sus ojos arrugándose en las esquinas.

Para cuando deslizo un plato de huevos revueltos, espinacas salteadas y tostadas frente a ella, está sonriendo. "Vale, chef," dice, dando un bocado. "No está mal. Nada mal."

"¿No está mal?" digo, arqueando una ceja. "Esto es cocina cinco estrellas, Liv."

"Claro que sí." Sonríe con picardía, robando un trozo de tostada de mi plato.

Comemos juntos, la conversación ligera y fácil, y observo cómo su ánimo mejora con cada bocado. La tensión en sus hombros se suaviza, y empieza a verse como ella misma otra vez.

Después del desayuno, tomo su mano y la guío de vuelta al sofá. "Hora de película," anuncio, dejándome caer en los cojines y tirando de ella para que se siente a mi lado.

"¿Qué vamos a ver?" pregunta, acurrucándose contra mí.

"Tú eliges," digo, pasando un brazo sobre sus hombros.

Navega por las opciones un rato antes de decidirse por una comedia romántica que ha mencionado varias veces. La película me da igual; lo único que me importa es cómo se relaja contra mí, su cabeza descansando sobre mi pecho mientras aparecen los créditos iniciales.

A mitad de película, la empujo suavemente. "¿Quieres helado?"

Sus ojos se iluminan, y se sienta más derecha. "¿Tenemos el de menta con chocolate?"

"Por supuesto. Solo lo mejor para ti."

Me dirijo a la cocina, cogiendo dos cuencos y sirviendo porciones generosas. Cuando regreso, está envuelta en una manta, su rostro iluminándose cuando le entrego el cuenco.

"Eres mi persona favorita," dice, dando un bocado.

"Obviamente," respondo con una sonrisa de suficiencia, sentándome a su lado.

Comemos en un silencio agradable por un rato, pero entonces tomo su cuenco y levanto una cucharada de helado. "Toma," digo, sonriendo. "Te gustará más si te lo doy yo."

Pone los ojos en blanco pero se inclina, tomando el bocado con una suave risa. "Eres ridículo."

"Ridículamente encantador," digo, inclinándome para besar la comisura de su boca.

Sus mejillas se sonrojan, y niega con la cabeza, sonriendo. "Deja de distraerme. La película está realmente buena."

Para media tarde, estamos de vuelta en la habitación, tumbados en la cama. Ella está boca abajo,

navegando en su teléfono, y yo estoy a su lado, observando cómo la luz se filtra a través de su cabello.

Extiendo la mano, deslizando mis dedos por su espalda, y ella deja escapar un suave suspiro de satisfacción.

"Eso se siente bien," murmura.

"Me alegra," digo, inclinándome para besar su hombro. "Porque no pienso detenerme pronto."

Mantengo mis manos sobre ella, masajeando sus hombros, su espalda baja, dejando que mis dedos disipen toda la tensión. Ella se mueve ligeramente, cerrando los ojos, y puedo notar que está dejándose llevar por completo.

Cuando mis manos bajan más, rozando la curva de sus caderas, tiembla y su respiración se corta. Me inclino, dejando besos en su columna, su piel cálida y suave bajo mis labios.

"Mhmm…," susurra, su voz apenas audible.

"Te tengo," murmuro, mis manos deslizándose bajo sus caderas para girarla con cuidado y ponerla de espaldas. "Déjame cuidarte."

Sus mejillas se sonrojan, y asiente, sus ojos encontrándose con los míos.

"Está bien."

Me tomo mi tiempo, desnudándola centímetro a centímetro. Mis labios recorren su cuello, su clavícula, hasta llegar al contorno de sus pechos. Tomo uno de sus pezones en mi boca, mi lengua jugando con la punta sensible, y ella jadea, sus manos enredándose en mi cabello.

"Amor," gime, su voz entrecortada y dulce. "Eres tan bueno conmigo."

"Te lo mereces," susurro, continuando mi descenso.

Cuando llego a su centro, ya está húmeda, su deseo brillando. Le abro más las piernas, mis manos sujetando sus muslos mientras acerco mi boca a su coño. El primer sabor de ella me hace gemir, mi lengua dibuja círculos en su clítoris antes de hundirse entre sus pliegues.

Sus caderas se arquean, y un suave gemido escapa de sus labios.

"Dios, Ryan…"

Aprieto sus muslos con más fuerza, manteniéndola en su lugar mientras la devoro. Mi lengua juega, alternando entre caricias suaves y movimientos implacables, y sus gemidos se vuelven más fuertes, sus dedos agarrando las sábanas con desesperación.

"No te detengas," suplica, su voz quebrándose. "Por favor, amor, no te detengas."

No lo hago. La llevo más alto, mi boca y mi lengua trabajando hasta que tiembla, sus muslos cerrándose alrededor de mi cabeza. Cuando su orgasmo la alcanza, grita, su cuerpo arqueándose en la cama, su coño pulsando contra mi lengua.

Sigo, alargando su clímax, hasta que queda temblorosa, su cuerpo hecho un desastre. Cuando finalmente me aparto, está jadeando, sus mejillas sonrojadas, sus ojos entrecerrados.

"Ven aquí," susurra, extendiendo la mano hacia mí. "Te necesito."

Me deslizo a su lado, atrayéndola a mis brazos. Se acurruca contra mí, sus dedos dibujando patrones perezosos en mi pecho.

"Gracias," murmura, su voz suave y cargada de emoción.

"¿Por qué?" pregunto, besando la cima de su cabeza.

"Por ser el esposo que necesitaba hoy." Me mira con esos hermosos ojos azules.

"No tienes que agradecerme, Liv. He estado ocupado con el trabajo y te he descuidado," admito, abrazándola con más fuerza. "Voy a empezar a ser más el esposo que mereces."

OLIVIA

La sala de espera huele ligeramente a antiséptico y limón. Las luces del techo son demasiado brillantes, y el murmullo de conversaciones, papeles moviéndose y bolígrafos raspando contra los portapapeles llena el espacio. Me siento rígidamente en una de las sillas de plástico, con las piernas cruzadas, un pie moviéndose nerviosamente mientras espero.

No le dije a Ryan que venía a esto. No pude. No es que piense que lo desaprobaría, pero no quería ver esa mirada en su rostro. Esa que pone cuando intenta ocultar lo preocupado que está por mí. Me diría que está bien, que pasará cuando tenga que pasar, y luego cancelaría todo su día para venir conmigo. No puedo pedirle eso. No otra vez.

Ya se ha estado esforzando tanto por ser el marido que merezco. Todavía trabaja hasta tarde, todavía llega a casa con la corbata torcida y el agotamiento escrito en todo su rostro, pero al menos ahora se queda a desayunar por las mañanas. Acepto lo que puedo obtener de mi Señor Adicto al Trabajo. No es perfecto, pero es mejor que antes.

La recepcionista llama mi nombre, y mi estómago da un vuelco. La sigo por un pasillo blanco y estéril hasta una sala de consulta, agarrando mi bolso firmemente contra mi costado. La habitación es pequeña y fría, las paredes cubiertas con carteles genéricos sobre salud femenina. Me siento en el borde de la camilla de exploración, mis piernas colgando, e intento que mis manos dejen de temblar.

"La doctora Bennett estará con usted en breve," dice la enfermera con una sonrisa amable antes de dejarme sola.

El silencio se siente opresivo. Mi mente corre, saltando de un pensamiento a otro. ¿Y si algo está mal conmigo? ¿Y si nunca puedo darle a Ryan la familia de la que hemos hablado? ¿Y si es mi culpa?

Sacudo la cabeza, intentando alejar los pensamientos. Mi teléfono vibra en mi bolso, y lo saco,

agradecida por la distracción. Es un mensaje de Ryan.

Ryan: *"Espero que tu mañana vaya bien. Pensando en ti. ❤"*

Se me forma un nudo en la garganta, y miro la pantalla durante un largo momento antes de responder.

Yo: *"Va bien. ¿Qué tal el trabajo?"*

Su respuesta llega casi al instante:

Ryan: *"Ocupado, pero nada que no pueda manejar. Eres lo mejor de mi día. Deseando verte luego."*

Dejo el teléfono en mi regazo, mordiéndome el labio mientras mi pecho se aprieta. No lo merezco. No cuando ni siquiera puedo hacer lo único que ambos deseamos tanto.

La puerta se abre, y la doctora Bennett entra, con una cálida sonrisa en su rostro. Está en sus cuarenta, con cabello oscuro a la altura de los hombros y una presencia tranquilizadora que inmediatamente me hace sentir un poco más relajada.

"Buenos días, Olivia," dice, sentándose en el taburete y acercándolo a la camilla. "¿Cómo te sientes hoy?"

"Nerviosa," admito, mi voz apenas por encima de un susurro.

"Es completamente normal," dice, su tono tranquilizador. "Vamos a revisar todo, paso a paso, y te prometo que lo resolveremos juntas."

Me hace una serie de preguntas—sobre mi ciclo, mi historial de salud, mi estilo de vida. Respondo lo mejor que puedo, aunque mi voz tiembla un poco cuando hablo sobre cuánto tiempo llevamos Ryan y yo intentándolo. Asiente, tomando notas en su tableta, y luego explica que me hará una ecografía para examinar mejor mi útero y ovarios.

Me recuesto en la camilla, subiendo mi camisa y bajando la cintura de mis vaqueros mientras ella aplica el gel frío sobre mi vientre. La máquina cobra vida, y presiona el transductor contra mi piel, moviéndolo suavemente mientras examina las imágenes en la pantalla.

"Bien," dice después de unos minutos, señalando el monitor. "Este es tu útero."

Giro la cabeza para mirar, conteniendo el aliento. La pantalla muestra una imagen borrosa en

blanco y negro, el contorno de mi útero tenue pero inconfundible. La doctora Bennett traza la forma con su dedo, explicando lo que ve—el grosor del revestimiento uterino, la ubicación de mis ovarios, el flujo sanguíneo.

"Todo se ve perfectamente normal," dice, su tono seguro. "No hay indicación de ningún problema estructural. Tus ovarios están sanos, y estás ovulando regularmente."

Miro fijamente la pantalla, una mezcla de alivio y frustración hinchándose en mi pecho. "Entonces por qué..." Mi voz vacila, y trago con dificultad antes de continuar. "¿Por qué no puedo quedarme embarazada? Tengo 25 años. Estoy sana. ¿Por qué no está sucediendo?"

La doctora Bennett se recuesta, su expresión amable pero seria. "No hay nada físicamente mal contigo, Olivia. Y aunque sé que es difícil no sentir que algo está mal, a veces simplemente lleva tiempo. La fertilidad es compleja. Incluso en parejas sanas, puede llevar hasta un año o más."

"Pero han pasado casi cuatro meses," digo, mi voz quebrándose. "Y nada."

Asiente, su expresión comprensiva. "Sé que parece una eternidad, pero te prometo que no estás sola en esto. Mi consejo es que sigan intentándolo, pero traten de reducir el estrés donde puedan. El estrés puede tener un impacto significativo en la fertilidad. Asegúrense de que ambos estén comiendo bien, durmiendo lo suficiente, y disfrutando del proceso en lugar de dejar que se convierta en una fuente de presión."

Asiento lentamente, aunque sus palabras no hacen mucho para aliviar el dolor en mi pecho.

"Otra cosa a considerar," añade suavemente, "es el momento. Puedes usar rastreadores de ovulación o aplicaciones para ayudar a identificar tus días más fértiles. Y si, después de unos meses más, sigues preocupada, podemos explorar más opciones juntas."

"Vale," susurro, mis ojos ardiendo con lágrimas contenidas.

Me entrega un pañuelo, su sonrisa cálida y tranquilizadora. "Estás haciendo todo bien, Olivia. Sé amable contigo misma. Esto no es una carrera corta—es un maratón. Y estoy aquí para apoyarte en cada paso del camino."

Salgo de la clínica, el sol cálido acariciando mi piel mientras camino hacia mi coche. El aire huele ligeramente a césped recién cortado y gasolina de un equipo de jardinería cercano. Normalmente, iría directamente a casa después de algo así, respiraría hondo y me sumergiría de nuevo en mi trabajo. Ese es mi mecanismo de afrontamiento habitual: investigar, planificar e imaginar cada detalle de la organización sin ánimo de lucro que he soñado con iniciar. Un lugar que ayude a niños como yo.

Pero hoy no.

Hoy, mi cabeza está demasiado pesada, demasiado llena. No quiero pensar en planes futuros o logística complicada. Solo quiero consuelo. Quiero ver a la abuela.

Deslizándome en el asiento del conductor, descanso mis manos en el volante por un momento, mirando a ningún lugar en particular. No la he visitado en meses—no porque no quisiera, sino porque la vida sigue interponiéndose. Ser la esposa de Ryan, mudarnos a la casa nueva, y tratar de tener un bebé... todo ha sido abrumador. Pero ahora mismo, nada de eso importa tanto como sentarme en su cálida cocina y escuchar su risa.

Introduzco su dirección en el GPS aunque no lo necesito. Está a unos treinta minutos, directo por carreteras serpenteantes. Mientras conduzco, la tensión en mi pecho se alivia ligeramente. El paisaje familiar pasa velozmente—campos de hierba alta, casas de campo dispersas y algún granero desgastado. Bajo la ventanilla, dejando que la brisa refresque mi rostro.

Cuando entro en el camino de la abuela, su pequeña casa blanca se ve exactamente igual. Las contraventanas necesitan una nueva capa de pintura, y los jardines están un poco descuidados, pero sigue siendo tan acogedora como siempre. Su viejo Buick está aparcado en su lugar habitual, y el columpio del porche se mece perezosamente con la brisa.

Golpeo suavemente la puerta principal y la abro sin esperar respuesta. "¿Abuela? Soy yo."

"¡En la cocina!" llama, su voz alegre y familiar.

La encuentro en la encimera, pelando patatas. Levanta la mirada cuando entro, su rostro iluminándose con una sonrisa que instantáneamente me hace sentir más ligera. Su cabello gris está recogido en un moño suelto, y lleva puesto el mismo tipo de delantal floreado que ha usado desde que tengo memoria.

"Hola, cariño," bromea, dejando el pelador y secándose las manos con un paño de cocina. "Ven aquí, déjame verte."

Cruzo la habitación, dejando que me envuelva en un abrazo. Huele a lavanda y ropa recién lavada, y por primera vez en todo el día, siento que puedo respirar.

"Has perdido peso," dice, apartándose para examinarme. "¿Estás comiendo suficiente?"

"Siempre," digo con una pequeña risa. "Ryan se asegura de ello."

"Buen hombre," dice con un asentimiento, sus ojos brillando. "Entonces, ¿a qué debo el honor de esta visita? No vienes hasta aquí por nada."

Me encojo de hombros, apoyándome en la encimera. "Solo te echaba de menos."

Su expresión se suaviza, y me da una palmadita en la mejilla. "Yo también te he echado de menos, mi niña. Siéntate. Prepararé un té."

Unos minutos después, estamos sentadas a la mesa de la cocina, tazas de té de manzanilla humeando frente a nosotras. La abuela me observa atentamente.

"Tienes esa mirada," dice después de un rato, su tono conocedor.

"¿Qué mirada?"

"Esa que dice que tienes algo en mente."

Dudo, pasando mi dedo por el borde de mi taza. "¿Has... sabido algo de mamá?" Las palabras se sienten extrañas al salir de mi boca, como si pertenecieran a otra persona. Ni siquiera sé por qué pregunto. No me importa. Al menos, eso me digo a mí misma.

La abuela suspira, dejando su taza. "Llamó hace unas semanas," dice, su voz teñida con una mezcla de tristeza y resignación. "Dijo que se ha mudado fuera del estado con un tipo que conoció en una de esas cosas de citas por internet. Parece que está bebiendo otra vez."

Asiento lentamente, mi estómago retorciéndose. No sé por qué esperaba algo diferente. "Por supuesto que lo está."

"Olivia," dice la abuela suavemente, inclinándose hacia adelante. "Sé que es difícil, pero no puedes dejar que sus decisiones te pesen. Has construido una vida hermosa para ti. No dejes que te la quite."

"Lo sé," digo, aunque siento la garganta apretada. "Solo... no sé por qué pregunté."

Estira la mano a través de la mesa, tomando la mía entre las suyas. "Eres más fuerte de lo que ella nunca fue. No lo olvides."

Nos sentamos en un silencio cómodo por un rato, el tictac del reloj de la cocina el único sonido. Finalmente, tomo un respiro profundo y decido contarle lo que realmente me preocupa.

"Ryan y yo..." hago una pausa, mirando fijamente las hojas de té arremolinándose en mi taza. "Estamos intentando tener un bebé."

La abuela no dice nada, pero su mano se aprieta alrededor de la mía, un silencioso estímulo para

que continúe.

"Han pasado casi cuatro meses, y nada," continúo, mi voz apenas por encima de un susurro. "Fui al médico hoy para asegurarme de que no hay nada mal conmigo, pero dijo que estoy perfectamente sana. Simplemente no entiendo por qué no está pasando."

"Cuatro meses no es mucho tiempo, mi niña," dice la abuela suavemente. "Sé que se siente como una eternidad, pero estas cosas llevan su tiempo."

"Solo..." Mi voz se quiebra, y parpadeo conteniendo las lágrimas. "No quiero decepcionarlo. Ha sido tan bueno conmigo, abuela. Se merece un hijo."

"Escúchame bien," dice firmemente, sus ojos fijos en los míos. "Ryan te ama. Con o sin bebé. ¿Me oyes?"

Asiento, sorbiendo. "Sí."

"Siempre has sido impaciente," añade, su tono suavizándose. "Querías caminar antes de poder gatear, querías conducir antes de poder alcanzar los pedales. Pero hay cosas que no se pueden apresurar. Serás madre cuando sea el momento adecuado. Y cuando eso suceda, ese niño va a tener la madre más increíble del mundo."

Sus palabras me golpean como un abrazo cálido, envolviendo mi corazón y aliviando el dolor que ha estado ahí todo el día. Aprieto su mano, mis labios temblando en una pequeña sonrisa. "Gracias, abuela."

"Cuando quieras, mi niña," dice, inclinándose para besar mi frente. "Todo va a estar bien."

17

RYAN

El bar está tranquilo, con ese tipo de silencio que se siente pesado después de una noche ajetreada.

Los últimos clientes ya se han marchado. Agarro un trapo de debajo de la barra y empiezo a secar los vasos, apilándolos ordenadamente en las estanterías.

Esta solía ser mi parte favorita de la noche—cerrar, a solas con mis pensamientos, escuchando cómo el lugar se va apagando. Ahora, sin embargo, mis pensamientos pesan más que el silencio.

Las cosas en la destilería avanzan más rápido de lo planeado. Reducir el proyecto de expansión a la mitad no fue una decisión fácil, pero fue la correcta. El sueño de mi padre era más grande que el mío, y durante mucho tiempo, pensé que necesitaba perseguirlo por algún sentido de obligación. Pero ¿ahora? Estoy contento con el estado actual de la destilería, satisfecho con el crecimiento constante y la producción fiable. Es suficiente. No necesito más—no a costa de estar ahí para Olivia.

Pienso en cómo me he acostumbrado a trabajar hasta tarde solo para llegar a casa y encontrarla acurrucada en la cama, profundamente dormida. Odio esa sensación. Ahora, con el proyecto de expansión reducido, estoy intentando estar más en casa. Preparo el desayuno con ella por las mañanas, vemos películas en el sofá, la abrazo cuando siente que el peso del mundo la está aplastando. Todavía no es perfecto, pero lo estoy intentando. Dios sabe que lo estoy intentando.

La puerta principal cruje al abrirse, y levanto la mirada, esperando ver a algún cliente habitual volviendo por algo olvidado. En su lugar, entra Amy.

Parpadeo, sorprendido de verla aquí. Siempre ha sido pulida y profesional—exactamente el tipo de asistente que necesito en la destilería. Pero esta noche, se ve diferente. Lleva un vestido negro ajustado que se adhiere a sus curvas de una manera que nunca había notado antes, el escote bajando lo suficiente como para hacer que desvíe la mirada instintivamente. Su pelo está suelto,

cayendo sobre sus hombros, y hay demasiado maquillaje corrido alrededor de sus ojos.

"Amy," digo, dejando el vaso que sostengo sobre la barra. "¿Qué haces aquí?"

"Hola, Ryan," dice, su voz más suave, menos formal que de costumbre. Se desliza en uno de los taburetes, cruzando las piernas. "Estaba por la zona y pensé en pasar."

Pide una copa—vodka con soda, nada menos—y levanto una ceja. "Ya no mezclo bebidas. Cerveza o whisky. Esa es tu elección."

Sus labios se curvan en algo parecido a una sonrisa, pero no llega a sus ojos. "Whisky, entonces."

Le sirvo un vaso, poniéndolo frente a ella. "¿Noche difícil?" pregunto, apoyándome en la barra.

"Sí." Da un sorbo, sus uñas golpeando contra el cristal. "Mi novio me dejó esta noche."

Asiento lentamente, inseguro de cómo seguir con eso. La vida personal de Amy nunca ha sido algo a lo que haya prestado mucha atención. Siempre la ha mantenido separada del trabajo, y he respetado ese límite.

"Siento oír eso," digo, manteniendo un tono neutral. "Las rupturas nunca son fáciles."

Suelta una risa amarga, haciendo girar el whisky en su vaso. "¿Fáciles? Ese imbécil ni siquiera tuvo la decencia de terminarlo en persona. Un mensaje, Ryan. Un maldito mensaje."

"Qué clase," digo secamente, negando con la cabeza. "Parece que estás mejor sin él."

"Eso es lo que todos dicen," murmura, sus ojos encontrándose con los míos. "Pero no hace que duela menos."

Da otro sorbo, y el silencio se extiende entre nosotros. No me molesta el silencio, pero este se siente cargado, como si estuviera esperando que diga algo. Cuando no lo hago, deja el vaso y se inclina ligeramente hacia adelante, su mirada afilándose.

"Sabes, Ryan," dice, su tono cambiando, "eres uno de los únicos hombres decentes que conozco. Es decir, mírate. Eres exitoso, atractivo, casado con alguien que probablemente es tan perfecta como tú."

Me tenso ligeramente ante la mención de Olivia, pero mantengo mi expresión neutral. "Agradezco el cumplido, pero Olivia es la perfecta en este matrimonio."

Los labios de Amy se curvan en una pequeña sonrisa casi juguetona. "Oh, vamos. No te menosprecies. Eres el paquete completo, Ryan. Cualquier mujer tendría suerte de tenerte."

Hay una tensión extraña en el aire ahora, y siento mis hombros tensarse. Amy nunca me ha hablado así antes, y no me gusta hacia dónde se dirige. "Creo que ya has bebido suficiente," digo, señalando su copa.

"Estoy bien," insiste, pero hay algo en su voz que ahora está ligeramente arrastrado. Toma el vaso, vaciándolo de un largo sorbo antes de dejarlo. Cuando me mira de nuevo, sus ojos están más oscuros, más intensos. "Sabes... hace mucho tiempo que no me siento deseada."

Las palabras quedan suspendidas en el aire como un arma cargada. Me enderezo, mi mandíbula tensándose. "Amy—"

"Solo digo," interrumpe, inclinándose hacia adelante para que su codo descanse en la barra. "Si hubiera estado con alguien como tú... bueno, no habría terminado sola esta noche."

Su voz es baja, sugerente, y mi estómago se revuelve. "Amy," digo firmemente, sosteniendo su mirada, "creo que estás borracha y con el corazón roto, y eso está nublando tu juicio."

Inclina la cabeza, una pequeña sonrisa amarga jugando en sus labios. "¿Nublando mi juicio? ¿O haciéndome honesta?"

"Suficiente," espeto, mi tono más cortante de lo que pretendía. Sus ojos se ensanchan ligeramente por la sorpresa, pero no cedo. "Sé que estás pasando por un momento difícil, pero esta no eres tú. Eres mejor que esto."

Parpadea, y por un momento, veo un destello de vergüenza en su expresión. Pero desaparece tan rápido como llegó, reemplazado por algo casi juguetón. "Supongo que malinterpreté la situación," dice, su voz ligera pero forzada.

"Así es," digo, negando con la cabeza. Señalo hacia las puertas del bar. "Llévate tu dignidad cuando salgas de aquí, Amy. La única razón por la que finjo que esto no sucedió es porque eres una excelente asistente. La próxima vez, no seré tan amable."

Sus labios se entreabren por la sorpresa, sus ojos ensanchándose como si no pudiera creer lo que acabo de decir. No espero una respuesta. Agarrando mi chaqueta, paso junto a ella, salgo por la puerta trasera y me adentro en el aire fresco de la noche.

Cuando llego a casa, todo está oscuro y silencioso. Cierro la puerta con llave y subo las escaleras, deteniéndome frente al dormitorio. El suave sonido de la respiración de Olivia se filtra a través de la puerta, y mi pecho se aprieta.

Cuando entro, la veo acurrucada en su lado de la cama, abrazando uno de los cojines contra su pecho. Incluso dormida, su expresión es pesada, como si el peso del mundo la estuviera aplastando.

Me deslizo en la cama junto a ella, con cuidado de no despertarla, y la rodeo con mis brazos. Se mueve ligeramente, murmurando algo entre dientes, y presiono un suave beso en su sien.

"Estoy aquí," susurro, aunque sé que no puede oírme. "Siempre."

Mientras su respiración se normaliza de nuevo, me permito relajarme, la tensión de antes desvaneciéndose.

No necesito contarle lo que pasó esta noche—no nos haría ningún bien a ninguno de los dos. Ahora mismo, lo único que importa es abrazarla, estar aquí para ella, y asegurarme de que sepa cuánto la amo.

OLIVIA

El baño se siente pequeño mientras camino de un lado a otro, aferrando la prueba de embarazo en mi mano. Mi corazón late tan fuerte que puedo oírlo retumbando en mis oídos, y mi estómago se retuerce con una mezcla de esperanza y temor. Los segundos pasan, cada uno sintiéndose como una eternidad.

Han sido cinco meses. Cinco meses de intentar, esperar, tener esperanza, llorar. Cinco meses de despertar cada día preguntándome si hoy sería el día. Miro la prueba, pero el resultado aún no ha aparecido. Mis manos tiemblan mientras la dejo sobre el lavabo, demasiado asustada para seguir sosteniéndola.

"Por favor, por favor, por favor," susurro, mirando mi reflejo en el espejo. Mis mejillas están sonrojadas, mi pelo hecho un desastre de tanto dar vueltas toda la noche. Cierro los ojos, juntando las palmas. "Dios, si esto es, si finalmente está pasando, juro que nunca pediré nada más. Solo deja que sea positivo."

Abro los ojos, mirando la prueba otra vez, y mi respiración se detiene. Dos líneas. Dos líneas claras e inconfundibles.

Me quedo paralizada, mi cerebro luchando por procesar lo que estoy viendo. Entonces me golpea todo de golpe, como una marea, y suelto un grito tan fuerte que probablemente asuste a los vecinos.

"¡Dios mío!" grito, agarrando la prueba y levantándola como un trofeo. "¡Dios mío, es positiva! ¡Estoy embarazada!"

Giro sobre mí misma, bailando en el sitio, mis pies golpeando contra las baldosas mientras río y lloro al mismo tiempo. "Gracias, gracias, gracias," digo sin dirigirme a nadie en particular, las lágrimas corriendo por mi cara. Abrazo la prueba contra mi pecho, la pura alegría corriendo por mi cuerpo es tan abrumadora que apenas puedo quedarme quieta.

Caigo de rodillas, todavía riendo, y miro al techo. "Vamos a tener un bebé."

El pensamiento de contárselo a Ryan hace que mi corazón se hinche aún más. Agarro mi teléfono del lavabo, mis dedos volando sobre la pantalla para llamarle. Pero justo cuando estoy a punto de pulsar el botón de llamada, veo la hora: 10:00 a.m.

Maldita sea. Está en su reunión importante. Me lo dijo hace tres días, dijo que era importante, y no quiero interrumpir.

Me muerdo el labio, dudando, luego cierro la pantalla de llamada. En su lugar, busco entre mis contactos hasta encontrar el nombre de Lauren y lo pulso. El teléfono apenas suena dos veces antes de que conteste.

"¡Hola, Liv! ¿Qué pasa?" La voz de Lauren es alegre y casual, el sonido de su risa en el fondo sugiere que está en medio de una conversación con alguien.

"Necesito verte," digo rápidamente.

Hay una pausa. "Oh-oh. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?"

"Estoy bien," digo, aunque no puedo contener la emoción en mi voz. "Solo encuéntrame en Juice Paradise. Es importante."

"¿Importante?" repite, la sospecha colándose en su tono. "Liv, me estás asustando un poco. ¿Qué está pasando?"

"Te lo diré cuando llegues allí," digo.

"¡Vale, vale! Juice Paradise en treinta minutos. Pero más vale que sea bueno, o te haré pagar por mi batido."

"Trato hecho," digo, colgando antes de soltar la noticia ahí mismo.

Lauren llega diez minutos tarde a todo, pero yo estoy temprano, así que no me importa. Me siento en la mesa del rincón de Juice Paradise, bebiendo agua nerviosamente mientras espero. El lugar huele a fruta fresca y azúcar, el zumbido de las licuadoras y la conversación baja llenando el aire. Golpeo el suelo con el pie, agarrando mi bolso como si fuera lo único que me mantiene anclada.

Cuando la puerta se abre y Lauren entra, mi ansiedad se derrite. Es la misma de siempre—sonrisa brillante, pelo recogido en un moño despeinado, vistiendo vaqueros y una blusa floral

suelta. Sus ojos se iluminan cuando me ve, y saluda con la mano antes de ir directa al mostrador para pedir.

Sonrío, levantándome para encontrarme con ella en el mostrador. "¿Mango maracuyá?" pregunto mientras se acerca.

"Siempre," dice guiñando un ojo, levantando su batido. "Y tú, déjame adivinar... ¿fresa plátano?"

"Me conoces demasiado bien." Tomo mi bebida del mostrador, y nos deslizamos juntas en la mesa. Se sienta frente a mí, sorbiendo su batido y estudiándome con una mirada conocedora.

"¿Qué es esa cara?" pregunta, entrecerrando los ojos juguetonamente. "Tienes esa mirada."

"¿Qué mirada?"

"La que pones cuando estás a punto de contarme algo grande. Suéltalo."

Me muerdo el labio, incapaz de contener mi sonrisa por más tiempo. "Vale, pues... me hice una prueba esta mañana."

Los ojos de Lauren se ensanchan, sus manos agarrando su vaso con fuerza. "¿Y?"

Tomo un respiro profundo, mi sonrisa haciéndose más amplia. "Estoy embarazada."

Grita, ese tipo de chillido agudo que hace que todos en la tienda se giren a mirarnos. No le importa. "¡Dios mío, Liv!" grita, estirándose sobre la mesa para agarrar mis manos. "¿En serio?"

Asiento, riendo mientras las lágrimas llenan mis ojos otra vez. "En serio. Finalmente pasó."

Lauren salta de su asiento, corriendo alrededor de la mesa para abrazarme fuertemente. "¡Esto es increíble! ¡Estoy tan feliz por ti!"

Cuando se aparta, sus ojos brillan, y se muerde el labio como si estuviera conteniendo algo. "¿Qué?" pregunto, inclinando la cabeza.

"Bueno," dice, su voz repentinamente más baja. "Supongo que este es un buen momento para decirte... yo también estoy embarazada."

Mi mandíbula cae, y por un momento, solo la miro fijamente. "No puede ser."

Asiente. "Me enteré hace un par de días. Iba a llamarte, pero—"

"¡Dios mío!" la interrumpo, tirando de ella para otro abrazo. "¡Lauren! ¿Estamos embarazadas al mismo tiempo? ¿Es en serio?"

"¡Lo sé!" dice, riendo mientras se aparta. "¿Qué locura es esta?"

Nos sentamos de nuevo, las dos sonriendo como tontas, y empezamos a hablar a mil por hora.

"¿Qué crees que vas a tener?" pregunto, inclinándome hacia adelante ansiosamente.

"No tengo ni idea," dice Lauren, negando con la cabeza. "Pero Austin está convencido de que es un niño."

"¿Ya se lo has dicho?"

"Claro. Estaba tan feliz que lloró," dice, sus ojos suavizándose. "Fue lo más dulce."

Sonrío, imaginando la reacción de Austin. "Eso es maravilloso."

"¿Y Ryan?" pregunta, levantando una ceja. "¿Ya se lo has dicho?"

Niego con la cabeza, suspirando. "Todavía no. Tiene esta reunión importante hoy, y no quería distraerlo. Pero si está trabajando hasta tarde en la oficina esta noche, iré allí. No hay manera de que pueda dormir esta noche sin decírselo."

"Bien," dice Lauren, asintiendo firmemente. "Va a perder la cabeza cuando se entere."

Pasamos la siguiente hora hablando de todo—cómo creemos que serán los bebés, cómo los llevaremos al parque juntas, cómo crecerán para ser mejores amigos. Por primera vez en meses, me siento completamente tranquila, como si todo estuviera encajando en su lugar.

Mientras nos despedimos, Lauren me abraza fuertemente, susurrando en mi oído, "Vas a ser una madre increíble, Liv."

Parpadeo conteniendo las lágrimas, abrazándola con fuerza. "Tú también."

Mientras conduzco a casa, el pensamiento de la cara de Ryan cuando le diga que estoy embarazada me llena de una calidez que no puedo describir. La noche no puede llegar lo suficientemente rápido.

19

RYAN

La oficina está en silencio, ese tipo de silencio que se siente vacío a esta hora. La mayoría del personal abandonó la destilería hace horas, el murmullo de sus conversaciones y el tecleo de los ordenadores reemplazados por el débil zumbido de las luces del techo. Me siento en mi escritorio, el brillo del monitor iluminando los archivos esparcidos frente a mí.

No debería estar aquí. Debería estar en casa con Olivia, acurrucados en el sofá o enredados entre las sábanas. Pero este proyecto necesitaba terminarse, y aunque he reducido mi carga de trabajo, aún hay noches como esta. Noches en las que dejo que el trabajo gane.

La puerta de mi oficina cruje al abrirse, y Amy entra, sujetando una pila de carpetas contra su pecho. Levanto la mirada, sorprendido de verla. Lleva una falda de tubo elegante y una blusa que le queda demasiado ajustada. Su pelo está perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar, pero hay algo en la manera en que se demora en la entrada que me inquieta.

"Ryan," dice suavemente, adentrándose más en la habitación. "Vi que la luz seguía encendida. Pensé que podrías necesitar ayuda."

Resisto el impulso de suspirar. He sido cuidadoso en mantener las cosas profesionales con ella desde el incidente en el bar. Ha mantenido su distancia, y no le he dado ninguna razón para pensar que toleraría algo más.

"Lo tengo bajo control," digo, manteniendo un tono neutral. "No tenías que quedarte."

"No es molestia," dice rápidamente, dejando las carpetas en mi escritorio y deslizándose en la silla frente a mí. "Además, odio volver a un apartamento vacío."

Asiento, sin querer profundizar más. "Lo aprecio. Terminemos con estos archivos, y luego deberías irte a casa."

Asiente, sacando una carpeta y hojeándola. Durante un rato, la habitación solo se llena con el sonido del papel moviéndose y el ocasional clic de un bolígrafo. Me concentro en la tarea, manteniendo la conversación al mínimo. De vez en cuando, la sorprendo mirándome, pero lo ignoro.

Después de aproximadamente una hora, deja la carpeta y exhala pesadamente. "Ryan," dice, su voz temblando ligeramente.

Levanto la mirada, frunciendo el ceño. "¿Qué pasa?"

Sus ojos brillan con lágrimas, y rápidamente se las limpia. "Lo siento. Es solo que... esta noche ha sido más difícil de lo que pensaba."

Me reclino en mi silla, cruzando los brazos sobre mi pecho. "¿Qué tienes en mente?"

Duda, mordiéndose el labio. "Es una tontería. Probablemente no te importe."

"No habría preguntado si no me importara," digo simplemente, aunque una parte de mí desea no haberlo hecho.

Toma un respiro tembloroso, su voz quebrándose mientras habla. "¿Ese chico del que te hablé? ¿El que rompió conmigo? Fue mi primer... todo."

La confesión queda suspendida en el aire, pesada y personal. Me muevo incómodamente en mi silla, sin saber cómo responder. "Lo siento, Amy. Eso es mucho que procesar."

Sus lágrimas se derraman, y antes de darme cuenta, se inclina hacia adelante, cubriendo su rostro con sus manos. "No sé cómo seguir adelante," susurra. "Me siento tan perdida."

Instintivamente, me levanto y me muevo a su lado, arrodillándome junto a su silla. "Eh, está bien," digo suavemente, poniendo una mano en su hombro. "Eres más fuerte de lo que crees. Superarás esto."

Me mira, sus ojos rojos e hinchados, y por un momento, parece genuinamente vulnerable. Le ofrezco una pequeña sonrisa tranquilizadora, pero antes de que pueda apartarme, se inclina y presiona sus labios contra los míos.

Me toma un segundo reaccionar—un segundo de más. Me aparto bruscamente, poniéndome de pie rápidamente. "Amy, ¿qué demonios?"

Cuando encuentro su mirada, mi estómago se retuerce. Sus labios se curvan en una sonrisa

maliciosa, sus ojos oscuros con algo que no es arrepentimiento. "Lo sabía," dice, su voz baja y seductora. "Sabía que sentías algo."

"Estás loca," espeto, la ira surgiendo a través de mí.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre. Mi corazón se detiene cuando veo a Olivia de pie allí.

Lleva un abrigo largo color beige sobre un vestido azul marino ajustado, su pelo rubio cayendo sobre sus hombros en suaves ondas. Se ve radiante, como si hubiera salido de una revista. Pero la expresión en su rostro no es de alegría o emoción—es de devastación.

"Olivia," empiezo, dando un paso hacia ella.

"¿Qué diablos está pasando aquí?" exige, su voz temblando. Sus ojos van de mí a Amy, y puedo ver los engranajes girando en su mente, saltando a conclusiones que no puedo controlar.

"No es lo que parece," digo rápidamente.

Amy, para su crédito—o quizás para empeorarlo—se levanta abruptamente, alisando su falda mientras mira entre nosotros. "Lo siento. No debí besar a tu marido." Mira a Olivia, su rostro casi calculador. "Este fue mi error."

Pasa junto a Olivia camino a la puerta, sus tacones resonando contra las baldosas. Olivia ni siquiera se mueve para detenerla, pero sus hombros se hunden ligeramente, y puedo ver cómo su pecho sube y baja, como si le costara respirar.

"Olivia, por favor," digo, acercándome a ella.

Me mira entonces, y la expresión rota en sus ojos casi me hace caer de rodillas. "No puedo creer esto," susurra, su voz espesa de emoción. "Vine aquí para sorprenderte, ¿y esto es lo que encuentro?"

"Cariño, no es—"

Niega con la cabeza, las lágrimas cayendo libremente ahora. "No. Ni siquiera intentes explicarlo."

Su voz se quiebra, y se gira, saliendo precipitadamente de la habitación antes de que pueda detenerla.

"Olivia, espera—"

Pero ya se está girando sobre sus talones, saliendo furiosa de la oficina. Corro tras ella, mi pulso retumbando en mis oídos. "¡Liv, detente!"

No se detiene. Presiona el botón del ascensor, golpeándolo frenéticamente hasta que las puertas se abren. La alcanzo justo cuando entra, pero las puertas se cierran antes de que pueda llegar a ella. A través del cristal, la veo limpiándose los ojos, negándose a mirarme.

"Mierda," murmuro, golpeando la pared con el puño. Sin pensar, corro hacia las escaleras. Cuando salgo precipitadamente al estacionamiento, ya está subiendo a su coche.

"¡Olivia!" grito, corriendo hacia ella. Agarro su muñeca antes de que pueda cerrar la puerta, y se gira hacia mí, su rostro enrojecido por la ira y las lágrimas.

"¡No me toques!" grita, liberando su brazo. "¡Mentiroso, infiel de mierda!"

"No es lo que piensas," digo, mi voz desesperada. "Amy me besó—yo no le correspondí."

"¡Mentiras!" espeta, su voz quebrándose. "Suéltame, Ryan."

Suelto su muñeca, levantando las manos en señal de rendición. "Liv, por favor. Te juro que no pasó nada."

Su risa es amarga, llena de dolor. "¿Cuánto tiempo?" exige, su voz temblando. "¿Cuánto tiempo llevas acostándote con tu asistente?"

"No estoy—"

"¿Sabes por qué vine aquí esta noche?" interrumpe, su voz elevándose. "¿Lo sabes?"

Mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca una pequeña tarjeta, arrojándola al suelo a mis pies. Miro impotente mientras sube a su coche, cerrando la puerta de golpe. Baja la ventanilla, sus ojos ardiendo de furia. "Quiero el divorcio," dice, su voz baja y definitiva.

"Olivia, no hagas esto," suplico, acercándome más.

Sus neumáticos chillan mientras sale del estacionamiento, dejándome de pie en el aire frío de la noche. Mi pecho se aprieta mientras me agacho, recogiendo la tarjeta con manos temblorosas. La abro, y las palabras me golpean como un tren de carga:

Vas a ser papá.

Mis rodillas amenazan con ceder mientras agarro la tarjeta, mirando las palabras a través de la visión borrosa. Mi mundo se siente como si estuviera derrumbándose a mi alrededor, y lo único que puedo pensar es: La necesito. No puedo perderla.



La cama se siente demasiado grande. Lo ha sido durante meses, pero hoy, el vacío se siente más pesado. Miro fijamente al techo, la suave luz del amanecer filtrándose a través de las cortinas. Es mi trigésimo cumpleaños, pero no se siente como algo que valga la pena celebrar.

Giro la cabeza hacia el otro lado de la cama, donde solía dormir Olivia. Las sábanas están frías, intactas, y el dolor hueco en mi pecho se aprieta. Tres meses. Han pasado tres meses desde que salió de mi vida, dejándome de pie en ese estacionamiento con una tarjeta que lo cambió todo.

Despedí a Amy. Básicamente arruinó mi vida. Pero despedirla no se siente lo suficientemente bien por el daño que causó.

Echo de menos a mi esposa cada segundo de cada día. Se siente como si me hubieran sacado el aire de los pulmones. He llamado, enviado mensajes, correos electrónicos—incluso le envié una carta—pero no ha respondido. Lo único que me ha enviado es una ecografía, doblada cuidadosamente y metida en un sobre sin nota. La he mirado más veces de las que puedo contar.

Me arrastro fuera de la cama y me dirijo a la cocina. Es domingo, así que no hay trabajo en el que enterrarme. La destilería está cerrada, el bar no abre hasta más tarde, y todo lo que tengo es tiempo. Demasiado tiempo. Agarro una cerveza de la nevera, quitando la tapa y dando un largo trago mientras me apoyo en la encimera.

Suena el timbre, y por un segundo, mi corazón da un vuelco. Pero no es ella. Es Connor.

"Tío, tienes una pinta horrible," dice mientras entra, mirando la cerveza en mi mano. Lleva una pequeña bolsa de regalo, que deja en la encimera. "Feliz cumpleaños, por cierto. ¿O no lo estamos diciendo este año?"

Niego con la cabeza, dando otro trago. "Todo lo que quiero para mi cumpleaños es recuperar a mi mujer."

Connor suspira, acercándose y arrebatándome la cerveza de la mano. "Son las diez de la mañana, Ryan. Venga ya."

Vierte la cerveza por el fregadero, el sonido irritando mis nervios. "¿En serio?" murmuro.

"Sí, en serio," dice, cruzando los brazos. "¿Qué demonios estás haciendo, tío? Es tu trigésimo cumpleaños. Se supone que deberías estar celebrando."

Me río amargamente. "Quiere el divorcio, Connor. No ha devuelto mis llamadas, no quiere verme en persona, nada. Pero no voy a darle el divorcio. Nunca."

Inclina la cabeza, estudiándome. "De verdad la amas, ¿eh?"

"Más de lo que crees," digo, mi voz ronca. Miro hacia la mesa de café, donde la ecografía descansa en un marco que compré el día que llegó. Me acerco, cogiéndolo y extendiéndoselo. "Me envió esto. Es la única comunicación que he tenido de ella en tres meses."

Connor toma el marco, su expresión suavizándose mientras lo mira. "Tío," dice en voz baja. "De verdad vas a ser padre."

"Lo sé," digo, mi pecho apretándose. "Ni siquiera sé qué vamos a tener. Me está manteniendo en la oscuridad sobre todo."

Me devuelve la foto, su ceño fruncido. "¿Vas a dejar que siga así?"

"¿Qué opción tengo?" pregunto, dejando el marco de nuevo. "No puedo obligarla a hablar conmigo."

"Tonterías," dice Connor, su voz firme. "Eres Ryan puto Carter. ¿Me estás diciendo que te vas a quedar aquí sentado esperando a que ella recapacite?"

Lo miro, mi mandíbula tensándose. "¿Qué se supone que debo hacer?"

"Ve a buscar a tu mujer," dice simplemente. "Encuéntrala, habla con ella, dile que la amas y que la quieres de vuelta. Vas a tener un hijo, tío. No puedes simplemente rendirte con eso."

Respiro hondo, el peso de sus palabras asentándose sobre mí. Tiene razón. Tiene toda la razón. No puedo quedarme sentado esperando que venga a mí. Tengo que ir a por ella.

"¿Sabes dónde está?" pregunta Connor.

Asiento lentamente. "Se ha estado quedando en casa de su abuela."

"¿Entonces qué diablos estás esperando?" dice, dándome una palmada en el hombro. "Arréglate

y ve."

Después de que Connor se vaya, me doy una ducha larga, dejando que el agua caliente lave la tensión de mis músculos. Me afeito, me pongo una camisa limpia y vaqueros, y me paro frente al espejo, mirando mi reflejo. Mis ojos están cansados, mi rostro sombreado por el peso de las noches sin dormir, pero también hay un destello de determinación allí.

Agarro mis llaves y salgo por la puerta, la ecografía metida en mi bolsillo. El viaje a casa de su abuela se siente a la vez demasiado largo y demasiado corto. Mi mente corre con todo lo que quiero decir, cada súplica, cada disculpa. Necesito que entienda que no me estoy rindiendo con nosotros. Necesito que sepa que quiero criar a este bebé juntos, como una familia.

Cuando entro en el camino de entrada, mi corazón golpea contra mi caja torácica. Aparco el coche y me quedo sentado un momento, agarrando el volante mientras intento calmar mi respiración.

Esto es todo. No hay vuelta atrás.

Salgo del coche y camino hacia el porche, mis pasos sintiéndose más pesados con cada paso. Mi mano tiembla ligeramente mientras golpeo la puerta. Por un momento, no hay respuesta, y me pregunto si siquiera está aquí. Pero entonces la puerta se abre, y allí está ella.

Olivia.

Se ve hermosa, incluso más de lo que recordaba. Su pelo cae suelto sobre sus hombros y su piel resplandece. Lleva un vestido sencillo que fluye a su alrededor, y por un momento, todo lo que puedo hacer es mirarla.

"Ryan," dice, su voz apenas por encima de un susurro.

"Hola," digo, mi garganta apretada. "¿Podemos hablar?"

20

OLIVIA

La imagen de Ryan parado en la puerta me golpea como un puñetazo en el pecho.

Se ve más viejo de alguna manera—más cansado, más desgastado, como si los últimos tres meses le hubieran pasado tanta factura como a mí. Sus ojos, esos ojos profundos y familiares, contienen una mezcla de emociones: esperanza, tristeza, anhelo. Es su cumpleaños, y he estado luchando contra el impulso de llamarlo todo el día. Y ahora, aquí está.

"Hola," dice, su voz baja y vacilante. "¿Podemos hablar?"

Dudo un momento antes de asentir. "Pasa."

Mi abuela está en la tienda, así que no nos interrumpirán. Una parte de mí quiere decirle que se vaya, proteger la frágil coraza que he construido a mi alrededor, pero una parte doliente no puede negar que lo he extrañado más que a nada.

Lo guío por el pasillo hasta mi habitación, mi corazón retumbando en mi pecho. Es extraño, traerlo aquí. Esta es la habitación donde pasé la mayor parte de mi infancia, donde mi abuela me arropaba después de largas noches esperando que mi madre volviera del bar. Los recuerdos me presionan, pero solo puedo concentrarme en la presencia de Ryan detrás de mí.

"¿Esta es tu habitación de la infancia?" dice mientras entramos, su voz teñida de curiosidad.

"Sí," digo, mirando alrededor. El espacio es pequeño y acogedor, con paredes amarillo pálido y una colcha que hizo mi abuela sobre la cama. "Pasé mucho tiempo aquí. Mi abuela me ayudó a criarme."

No le cuento todo—las noches tardías, las lágrimas, la sensación de ser abandonada por la única persona que se suponía debía amarme más. Pero creo que lo intuye. Ryan siempre tiene una manera de ver a través de mí, incluso cuando intento ocultarme.

Mira alrededor, sus ojos deteniéndose en las fotos enmarcadas sobre la cómoda y los estantes llenos de libros de mi infancia. "Es bonita," dice suavemente.

Asiento, mi mano instintivamente descansando sobre mi vientre. La pequeña curva del embarazo está empezando a notarse ahora, y no puedo evitar sentirme cohibida bajo su mirada.

"¿Cómo está nuestro bebé?" pregunta, su voz suave pero cargada de emoción.

"Bien," logro decir, tragando con dificultad. La palabra se siente inadecuada, como si no pudiera abarcar la vida creciendo dentro de mí, el amor y el miedo y la esperanza envueltos en ella.

Ryan se sienta en el borde de la cama, sus manos entrelazadas entre sus rodillas. Me mira, y por un momento, solo nos miramos el uno al otro, la distancia entre nosotros sintiéndose a la vez inmensa e insignificante.

"¿Puedo?" pregunta, extendiendo una mano hacia mi vientre. Su voz es tentativa, casi suplicante.

Me quedo inmóvil por un momento, sin saber qué hacer. Entonces dice, "Por favor, Liv," y la manera en que su voz se quiebra hace que mi corazón duela. Me acerco, dejando que coloque su mano suavemente sobre mi estómago.

Su palma está cálida y el simple toque envía una ola de emoción sobre mí.

Ryan agarra mis caderas suavemente, atrayéndome más cerca, y no me resisto. Se inclina hacia adelante, presionando un beso suave y reverente en mi vientre, y mi respiración se entrecorta.

"No," susurro, mi voz temblando.

"Por favor escucha," dice, mirándome con una desesperación que rompe algo dentro de mí. "Te amo, Olivia. Nunca haría nada para lastimarte. Necesito que creas eso."

"¿Por qué debería?" pregunto, mi voz teñida de dolor. "¿Por qué debería creerte?"

Se levanta lentamente, alzándose sobre mí, su mano inclinando mi barbilla para obligarme a encontrar su mirada. Sus ojos arden con intensidad, su voz baja y firme. "Porque soy tu marido, Olivia. No te voy a dar el divorcio. Puedes elegir cómo hacemos esto—podemos seguir casados y criar a este bebé juntos por el resto de nuestras vidas, o podemos hacer las cosas de la manera difícil. Pero sin importar qué, cada noche cuando apoyes la cabeza, seguirás siendo la señora Carter."

Las palabras flotan en el aire, pesadas con verdad. Quiero negarlas, rechazarlo, pero no puedo

apartar la mirada de sus ojos. Se inclina entonces, capturando mis labios en un beso que me roba el aliento. No es suave ni tentativo—es crudo, inflexible, lleno de todo el amor y anhelo y arrepentimiento que ambos hemos estado cargando.

No lucho contra ello. No puedo. Le devuelvo el beso, mis manos enredándose en su pelo mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas. La presa se rompe, y todo lo que he estado conteniendo—la ira, el dolor, la necesidad—se desborda.

Se aparta ligeramente, apoyando su frente contra la mía mientras nuestras respiraciones se mezclan. "Te lo juro, Liv, no pasó nada con Amy," dice, su voz ronca. "Ella me besó. No le correspondí—no la quería. En el segundo que lo hizo, me aparté. Le dije que se había pasado de la raya."

Busco en sus ojos, buscando cualquier señal de engaño, pero todo lo que veo es honestidad y arrepentimiento. Está diciendo la verdad—lo sé en mis huesos. Pero la herida de esa noche, la imagen de la expresión satisfecha de Amy mientras pasaba junto a mí, todavía está fresca.

"¿Ella te besó?" digo suavemente.

"Sí," dice, su agarre en mis caderas apretándose. "Intenté explicarlo esa noche, pero no me dejaste."

Me muerdo el labio, mis pensamientos dando vueltas. Tiene razón—no le di la oportunidad de explicar. Salté a conclusiones, alimentada por mis propias inseguridades y miedos. Y ahora, escuchándolo explicarlo todo tan claramente, siento una grieta en el muro que he construido alrededor de mi corazón.

"¿La despediste?"

"Sí," dice firmemente. "Por supuesto que lo hice, Liv. Tú eres la única que quiero. La mujer más hermosa del planeta para mí."

Su voz tiembla en las últimas palabras, y el peso de su sinceridad me inunda. Mi pecho se siente apretado, las emociones burbujeando dentro de mí demasiado para contenerlas.

Se inclina, capturando mis labios en un beso que me roba el aliento.

Ryan me empuja hacia la cama, sus manos firmes y dominantes en mi cintura, cada paso afirmando su control sobre mí—y lo dejo. Lo necesito, cada centímetro de él, cada pedazo de su amor y frustración. Cuando la parte trasera de mis rodillas golpea el borde del colchón, sus labios chocan contra los míos, calientes y posesivos, robándome el aliento.

“Te vienes a casa conmigo esta noche,” murmura contra mis labios, su voz oscura y cargada de deseo. “No más huidas, Liv.”

Apenas logro soltar un jadeo cuando agarra mis muslos y me levanta sin esfuerzo, acostándome sobre la cama. El mundo se reduce a nosotros dos—su peso sobre mí, sus manos recorriendo mi cuerpo, la intensidad cruda en su mirada mientras me observa desde arriba.

Sus labios descienden por mi cuello, sus dientes rozando ligeramente mi piel. “La cama se siente fría sin ti,” dice con voz áspera y desesperada. “¿Sabes cuántas noches he pasado pensando en esto? Pensando en ti.”

Sus manos se deslizan bajo mi vestido, agarrando mis muslos antes de empujar lentamente la tela hacia arriba y quitármela por completo. La lanza a un lado, dejándome desnuda bajo él, y la manera en que su mirada se oscurece al recorrer mi cuerpo hace que mis mejillas se sonrojen. Su mano roza el abultado inicio de mi vientre, deteniéndose un momento, y sus labios se curvan en una sonrisa tierna, casi reverente.

“Todo lo que quiero por mi cumpleaños es recuperar a mi esposa,” susurra, dejando su mano allí brevemente antes de deslizarla más abajo, sus dedos rozando la piel sensible de mis muslos internos.

Apenas puedo respirar, mi cuerpo tiembla mientras sus dedos suben más, encontrándome ya húmeda y ansiosa por él. Un gemido grave escapa de su pecho, su pulgar comienza a rodear mi clítoris con movimientos lentos y deliberados que envían chispas por todo mi cuerpo.

“Estás empapada por mí,” murmura, con un tono lleno de orgullo. “Este dulce coño fue hecho para mí. Dilo.”

“Sí,” susurro con dificultad, levantando mis caderas hacia su mano, buscando más. “Tuyo, Ry. Siempre tuyo.”

Introduce dos dedos dentro de mí, el estiramiento es perfecto y abrumador, y muerdo mi labio para contener un gemido. Su mirada se fija en la mía, y sonríe con suficiencia, su pulgar presionando con más fuerza contra mi clítoris.

“No te contengas,” ordena, su voz baja y ronca. “Quiero oírte, Liv. Déjame escuchar cuánto me necesitas.”

“Amor,” gimo, mi cuerpo arqueándose en la cama mientras me acaricia, sus dedos encontrando ese punto perfecto que hace que mi visión se nuble. “Por favor…”

“¿Por favor, qué?” me provoca, sus labios curvándose en una sonrisa maliciosa. “Dime qué

necesitas, cariño."

"A ti," susurro, mi voz temblando de desesperación. "Te necesito, Ryan. Por favor."

"Me tienes," gruñe, apartando sus dedos y sentándose sobre sus talones. Gimo ante la pérdida, pero no me deja esperando mucho. Se quita la camisa y los jeans en un solo movimiento, su cuerpo duro y perfecto, cada centímetro de él irradiando poder puro.

Cuando se posiciona entre mis muslos, el calor de su cuerpo contra el mío es casi demasiado. Agarra la base de su polla, deslizándola contra mis pliegues húmedos, provocándome. "Mírame," dice con firmeza. "Quiero ver esos hermosos ojos cuando te haga mía."

Levanto la mirada hacia él, y empieza a empujar dentro de mí lentamente, centímetro a centímetro, llenándome hasta dejarme sin aliento. La plenitud es abrumadora, un delicioso dolor que envía oleadas de placer por todo mi cuerpo con cada centímetro que reclama.

"Joder, cariño," gruñe, su mandíbula apretándose al llegar hasta el fondo.

No puedo hablar, no puedo pensar, solo sentir. Mi cuerpo tiembla bajo él, cada terminación nerviosa viva mientras empieza a moverse, saliendo lentamente antes de volver a embestir. Su ritmo es lento y deliberado, cada movimiento profundo e implacable.

Se inclina hacia abajo, sus labios rozando mi oído. "Si vuelves a intentar dejarme, te esposaré a este colchón y te recordaré a quién perteneces."

Sus palabras envían un escalofrío por mi espalda, una nueva ola de deseo que me inunda mientras sus embestidas se aceleran. Su mano se desliza entre nosotros, su pulgar encontrando mi clítoris de nuevo, frotándolo con círculos apretados y precisos que me hacen gritar.

"Ven," gruñe, su voz áspera y mandona. "Ven para papi."

Sus palabras me empujan al borde, y me deshago bajo él, mi cuerpo convulsionando mientras el placer me inunda. Mis paredes se cierran alrededor de él, arrancándole un gemido profundo mientras sigue moviéndose, prolongando mi orgasmo hasta dejarme jadeante, temblando, completamente rendida.

"Joder," gruñe, sus embestidas volviéndose erráticas mientras persigue su propio clímax.

Con una última y profunda embestida, se entierra dentro de mí, su cuerpo tensándose mientras se corre, llenándome con un calor que se siente correcto. Completo. Se desploma sobre mí, su aliento caliente contra mi cuello, sus brazos envolviéndome como si temiera soltarme.

Por un largo rato, permanecemos allí, enredados, nuestras respiraciones mezclándose, nuestros corazones latiendo al unísono. Presiona un suave beso en mi sien, su voz áspera y estable mientras susurra: “Te amo. Te amo más que a nada.”

Las lágrimas llenan mis ojos, y tomo su rostro entre mis manos, presionando un beso suave en sus labios. “Yo también te amo, Ryan.”

Se aparta un poco, su mano descansando en mi vientre mientras me sonríe. “Vamos a criar a este bebé juntos, Liv. Como una familia.”

En este momento, sé que tiene razón. Estamos donde debemos estar—juntos, para siempre.

OLIVIA

Dos años después...

El suave murmullo de voces y risas rebota en las paredes recién pintadas del Centro Lily para el Crecimiento y el Juego. Es todo lo que imaginé que podría ser—y más. Los espacios brillantes y abiertos están llenos de niños corriendo entre las estaciones de actividades, sus rostros iluminados con sonrisas que me recuerdan por qué comencé este viaje.

Un niño está en la pared de escalada, agarrando los coloridos agarres con determinación. Al otro lado de la sala, un grupo de niñas están tumbadas en pufs en el rincón de lectura, sus cabezas hundidas en libros, riendo por algo que están compartiendo. El aroma a muebles nuevos y un leve toque del café recién hecho de la cafetería cercana flota en el aire, mezclándose con la energía del lugar. Lo observo todo, apoyándome ligeramente contra el mostrador frontal, dejando que la calidez del momento me inunde.

Esto es por lo que he estado trabajando—un refugio seguro para niños que crecieron como yo. Niños que podrían sentirse perdidos u olvidados, o que solo necesitan un lugar para ser niños. Sin presión, sin expectativas. Solo alegría, apoyo y amor.

"Liv, este lugar es increíble," dice Lauren, apareciendo a mi lado con un batido en la mano. Su hija de dieciocho meses, Charlotte, camina tambaleante junto a ella, agarrándose a su pierna para mantener el equilibrio. Su expresión es una mezcla de orgullo y asombro mientras mira alrededor de la sala bulliciosa. "De verdad has creado tu propia organización sin ánimo de lucro para niños."

La miro, agradecida por la presencia familiar de mi mejor amiga. "Todavía no parece real," admito, mi voz suave.

Lauren me da un ligero codazo. "Es real, ya lo creo. Deberías estar orgullosa de ti misma."

Miro alrededor de la sala, mi corazón hinchándose ante la vista de rostros felices y conversaciones animadas. "No podría haberlo hecho sola," digo. "Tú, Ryan, la abuela—todos me ayudasteis a hacer esto realidad."

"Hablando de Ryan," dice Lauren, bajando la voz conspiratoriamente, "lo vi lidiando con Lily cerca de la mesa de manualidades. Esa niña tiene más energía que todo el edificio junto."

Me río, mirando hacia el área de manualidades. Efectivamente, Ryan está agachado junto a nuestra hija de quince meses, que está sentada en una silla diminuta, sus rizos dorados brillando bajo la luz del sol que entra por las altas ventanas. Está pintando algo con entusiasmo salvaje, pequeñas manchas de azul y verde extendiéndose por el papel—y sus manos. De vez en cuando, le lanza a Ryan una sonrisa que ilumina toda la sala.

"Lo saca de él," digo negando con la cabeza. "Esa energía constante de no parar."

Lauren resopla, mirando a su propia hija, Charlotte, que está ocupada apilando bloques cerca. "Sí, claro. Como si tú no hubieras estado corriendo en círculos alrededor de todos en el instituto."

Abro la boca para protestar, pero un chillido de risa de Lily me interrumpe. Ryan la levanta de la silla, sosteniéndola a distancia mientras ella se retuerce, riendo incontrolablemente. Sus pequeñas manos están cubiertas de pintura, y hace un intento de agarrar su camisa, dejando una mancha verde en la tela.

"Esa definitivamente es tu hija," dice Lauren con una sonrisa, sorbiendo su batido.

"Y la tuya es el ángel sentado tranquilamente," bromeo, señalando hacia Charlotte, que está apilando bloques con una concentración decidida.

Lauren se ríe. "Por favor. Gritó como loca en el coche porque no la dejé traer su jirafa de peluche a la cafetería."

Pongo los ojos en blanco, pero el calor en mi pecho crece mientras miro de nuevo a Ryan y Lily. Momentos como este—ver crecer a nuestros hijos, reír con mi mejor amiga, ver a Ryan ser el padre que siempre supe que sería—hacen que todos los desafíos del pasado hayan valido la pena.

Antes de que pueda responder, una vocecita corta a través del ruido. "¡Mami!"

Lily viene corriendo hacia mí, sus manitas regordetas extendidas, una mancha de pintura azul manchando una mejilla. Está riendo, sus brillantes ojos azules chispeando con picardía.

"¡Hola, bebé!" Me agacho, atrapándola mientras se lanza a mis brazos. Sus rizos me hacen cosquillas en la cara mientras la levanto, haciéndola girar suavemente. Huele ligeramente a

pintura y presiono un beso en su mejilla, con cuidado de evitar la mancha azul. "¿Qué has estado haciendo, eh?"

"¡Pin-tura!" dice orgullosamente, levantando sus manitas para mostrarme.

Me río, mirando por encima de su hombro para ver a Ryan observándonos, sus labios curvados en una suave sonrisa. Está apoyado casualmente contra la pared, su pelo oscuro ligeramente despeinado, las mangas arremangadas revelando sus fuertes antebrazos. Sus ojos encuentran los míos, y hay una mirada allí que todavía hace que mi estómago dé un vuelco, incluso después de todo este tiempo.

"Estaba haciendo una obra maestra, ¿eh?" digo, levantando una ceja mientras Ryan se acerca.

"Es una artista en ciernes," dice, su voz baja y cálida. Estira la mano, apartando un rizo rebelde de la cara de Lily. "Un poco desordenada, pero eso lo saca de ti."

Resoplo, entrecerrando los ojos. "¿Disculpa?"

Sonríe, inclinándose para besarme ligeramente en la sien. "Ya me has oído."

La facilidad entre nosotros se siente tan natural, tan correcta, y me golpea de nuevo lo lejos que hemos llegado. Hace dos años, no estaba segura de que superaríamos las grietas en nuestro matrimonio. Ahora, de pie aquí con nuestra hija entre nosotros, el pasado se siente como un recuerdo distante—algo que superamos juntos.

"¡Mami!" Lily se retuerce en mis brazos, sus ojos iluminándose al ver a mi abuela al otro lado de la sala. "¡Abuela!"

La bajo, observando mientras camina tambaleante hacia mi abuela, que está de pie cerca del mostrador de la cafetería con una taza de té en la mano. Mi abuela se inclina, atrapando a Lily en un abrazo, su risa resonando cálidamente.

"Tiene tu encanto," dice Ryan, su mano descansando suavemente en mi espalda baja.

"Y tu terquedad," respondo, sonriendo con suficiencia.

"La combinación perfecta, si me preguntas."

La celebración se calma mientras se acerca la noche, las últimas familias saliendo con promesas de volver. Connor y Lacey están entre los rezagados, sus risas resonando mientras charlan con Lauren y Austin cerca de la puerta. La mano de Lacey descansa protectoramente sobre su vientre

redondeado, y Connor parece no poder dejar de sonreír.

"Está radiante," digo suavemente, observándolos.

"Lo está," coincide Ryan, deslizando un brazo alrededor de mis hombros. "Connor está emocionado por tener un niño. Le dije que le espera una aventura salvaje."

Asiento, mirándolo. "¿Hablando por experiencia, eh?"

"Absolutamente," dice, sus ojos brillando con humor. "Lily me mantiene alerta, pero no lo cambiaría por nada."

Más tarde, después de que Lily está acostada para la noche y mi abuela se ha retirado a su acogedora casa de huéspedes en nuestra propiedad, Ryan y yo nos sentamos juntos en la tranquilidad de nuestra sala de estar. Ryan se reclina en el sofá, atrayéndome a su regazo. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi brazo mientras apoyo mi cabeza contra su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón.

"Hoy fue perfecto," digo suavemente.

"Lo fue," coincide, su voz baja y satisfecha. "Has construido algo increíble, Liv. Espero que lo sepas."

Lo miro, mi mano rozando ligeramente su mandíbula. "Hemos construido algo increíble. Tú, yo, Lily—todo lo que hemos hecho juntos."

Su mirada se suaviza, y presiona un beso en mi frente. "Sabes," dice después de un momento, "he estado pensando."

"¿En qué?"

"En el bebé número dos."

Me aparto ligeramente, levantando una ceja. "¿Ah, sí?"

"Sí." Su sonrisa es tranquila, pero hay una chispa de algo más profundo en sus ojos. "Lily necesita un hermano. Y seamos honestos—no me importaría verte embarazada otra vez."

Me río, negando con la cabeza mientras mis mejillas se sonrojan. "Ryan, acabamos de abrir el centro."

"¿Y?" bromea, sus dedos rozando ligeramente mi cintura. "Podemos manejarlo. Se nos da bastante bien esto de ser padres."

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar la sonrisa tirando de mis labios. "¿Hablas en serio?"

"Totalmente en serio," dice, su voz baja y llena de picardía. "Y quiero empezar a intentarlo esta noche."

Antes de que pueda responder, Ryan se levanta abruptamente, llevándome con él. "¿Qué estás —" empiezo, pero me interrumpe con una sonrisa que promete problemas.

"Tomando el asunto en mis manos," dice, y con eso, me agarra, echándome sobre su hombro como si no pesara nada.

"¡Ryan!" chillo, la risa escapándose mientras golpeo su espalda. "¡Bájame!"

"Ni hablar," dice, su mano aterrizando con una palmada juguetona en mi trasero. El sonido resuena en la sala silenciosa, haciendo que mis mejillas ardan. "Tenemos trabajo que hacer, señora Carter."

Me lleva por la casa, su agarre fuerte y posesivo, mientras intento retorcerme para liberarme—no porque quiera, sino porque me encanta el juego. Cuando llegamos al dormitorio, me baja suavemente, sus ojos oscureciéndose con un hambre que hace que mi respiración se entrecorte.

"Eres mía," murmura, sus manos deslizándose para agarrar mis caderas. "Siempre."

"Siempre," susurro, mi voz apenas audible mientras se inclina, sus labios reclamando los míos en un beso que roba cada pensamiento coherente de mi mente.

No se detiene ahí. Sus manos, sus labios, su cuerpo—todo él—no me deja espacio para pensar, no deja espacio para dudar. Solo somos nosotros, redescubriéndonos de una manera que se siente nueva y eterna al mismo tiempo.

Mientras la puerta de nuestra habitación se cierra, el resto del mundo se desvanece, dejando solo el sonido de su voz, baja y llena de promesa.

"Voy a adorar cada centímetro de tu hermoso cuerpo, Liv."

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Olivia y Ryan? Entonces te encantará mi novela,

Niñera perfecta



Acepté el trabajo para escapar de mi pasado, un nuevo comienzo como la niñera residente de una dulce niña que merece el mundo.

Pero no esperaba que su padre, Michael Fontana, me desarmara con solo una mirada.

Alto, magnético y desgarradoramente dañado, Michael es todo lo que debería evitar. Me llama cariño, pero el fuego en su mirada arde más que cualquier palabra.

Me dije a mí misma que mantendría las cosas profesionales, pero mantenerme alejada de él resultó ser imposible.

Nuestras noches juntos son salvajes, crudas e inolvidables. Pero su pasado lo atormenta, y mis secretos nunca están demasiado lejos.

Cuando me enfrento a algo que nunca vi venir, debo decidir si este amor vale la pena arriesgarlo

todo o si algunas cicatrices son demasiado profundas para sanar.

Leer ahora! https://mybook.to/Flsu



Capítulo 1 – MICHAEL

El peso de su brazo sobre mi pecho me sofoca. No porque sea pesado, sino porque está ahí.

Mi mirada se desvía hacia el cabello rubio esparcido sobre la almohada a mi lado, brillando con la luz del amanecer que se filtra por las ventanas. Los mechones dorados capturan el sol de una manera que me oprime el pecho—demasiado familiar, demasiado cercano a un recuerdo del que no puedo escapar.

Sarah se mueve en sueños, su respiración suave y acompasada. La sábana de algodón egipcio se enreda alrededor de sus caderas, dejándola desnuda de la cintura para arriba. Su piel es de porcelana perfecta bajo la luz del alba, todavía ligeramente sonrojada por nuestras actividades de la noche anterior. Sus curvas son de esas que harían que la mayoría de los hombres se detuvieran a mirar, que inspirarían a los artistas a tomar sus pinceles. Para cualquier otro, parecería la perfección—una diosa tendida sobre sábanas de diseñador en la cama de un millonario.

Pero para mí, es solo una sombra. Una pobre imitación de alguien a quien nunca volveré a abrazar.

Giro la cabeza hacia el elegante reloj negro montado en la pared. Las seis en punto. La casa está en silencio ahora, pero no durará mucho así. Katie despertará pronto, y Martha estará allí para recibirla. La idea de que mi hija pueda ver a Sarah aquí hace que apriete la mandíbula.

No puedo permitir eso—no lo permitiré.

Se me cierra la garganta mientras me giro de lado, extendiendo la mano para sacudir su hombro. "Sarah", murmuro.

Sus pestañas revolotean antes de que sus ojos se encuentren con los míos. Azules. Demasiado azules. Justo como los de Evelyn, pero sin la profundidad, el calor, el alma que hacía que los ojos de mi esposa se sintieran como volver a casa.

"Buenos días", dice Sarah, con la voz espesa por el sueño. Una pequeña sonrisa curva sus labios mientras se estira lánguidamente entre las sábanas. Su mano se acerca a mí, pero me aparto antes de que pueda tocarme.

"Tienes que irte."

La confusión cruza su rostro antes de que componga sus facciones en algo más neutral. Arquea la espalda de una manera que pretende ser seductora, y odio que mi cuerpo responda incluso cuando mi mente se rebela. "Es temprano", murmura, acercándose más. Sus dedos rozan mi pecho. "Quédate en la cama conmigo un rato más."

Agarro su muñeca antes de que pueda continuar su exploración, mi agarre firme pero no cruel. "Conoces las reglas", digo, endureciendo mi voz lo suficiente para dejar claro mi punto. Llevamos meses en esta danza—ella lo sabe bien.

Su expresión se tensa, un destello de dolor cruza sus facciones antes de que pueda ocultarlo. Retira su mano con cuidada deliberación, sentándose y dejando que la sábana se acumule en su cintura. La mirada que me da está herida, sus cejas se juntan mientras abre la boca para hablar. Pero cualquier argumento que haya preparado muere en sus labios. En su lugar, deja escapar un suave suspiro y balancea las piernas sobre el borde de la cama.

"No te entiendo, Michael", dice en voz baja, sus hombros encorvándose ligeramente. "Llevamos casi un año viéndonos. ¿No sientes nada? ¿Ni siquiera un poco?"

La pregunta se retuerce en mis entrañas como un cuchillo, pero mantengo mi expresión neutral mientras me incorporo, pasándome una mano por el pelo. "Sarah...", empiezo, suavizando mi tono por algo parecido a la lástima. "La única mujer que he amado fue Evelyn Fontana."

Su respiración se corta audiblemente. Pero se recupera rápidamente, su mandíbula tensándose mientras se levanta y comienza a recoger su ropa esparcida por el suelo de mi habitación.

"Tal vez deberíamos hacer una pausa", murmura, poniéndose el vestido con movimientos rápidos y bruscos que delatan su orgullo herido.

No la detengo. Simplemente la observo mientras se pone los tacones, su espalda rígida con dignidad mientras camina hacia la puerta. El suave clic cuando se cierra tras ella resuena en el silencio que deja atrás.

El aire se siente más pesado sin ella, no más ligero como debería. Exhalo lentamente y me giro hacia la mesita de noche, mis ojos cayendo sobre la fotografía que espera allí como un centinela. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras la tomo, mi pulgar acariciando el cristal como si pudiera atravesarlo y tocar el momento congelado debajo.

Evelyn.

Su cabello dorado cae en cascada sobre sus hombros en la foto, captando el atardecer de una

manera que crea un halo alrededor de su rostro. Está sonriendo a la cámara, sosteniendo a Katie en sus brazos, ambas enmarcadas por el suave cielo coral y lavanda detrás de ellas. Estoy de pie detrás de ellas, una mano sobre el hombro de Evelyn, mi expresión relajada y genuina de una manera que no ha vuelto a ser desde ese día. Estamos en la playa de nuestra casa de verano en los Hamptons, Katie apenas tenía dos años, sus pequeñas manos fascinadas con el collar de su madre—el colgante de zafiro que le había regalado a Evelyn en nuestro primer aniversario. Fue la última vacación que tomamos antes de... todo.

Mi pecho se contrae dolorosamente mientras estudio el rostro de Evelyn. Debería haber atesorado más esos momentos. Debería haberla abrazado más fuerte, besado más tiempo, haberle dicho cada día que era mi mundo entero. Pero no lo hice. Di por sentado que tendríamos décadas juntos, que envejeceríamos viendo crecer a Katie, que tendríamos más hijos para amar.

Ahora solo hay este espacio vacío donde solía estar mi corazón, un vacío que nada ni nadie puede llenar.

Vuelvo a colocar la foto con cuidadosa reverencia y me obligo a moverme, sacando unos bóxers de seda del cajón y poniéndomelos. La habitación se siente demasiado grande ahora, demasiado vacía. Cruzo la extensión de suelo de madera hacia el carrito de té antiguo ubicado cerca del área de estar, su superficie plateada pulida captando la luz de la mañana.

La rutina es automática, aprendida de innumerables mañanas como esta. Agua caliente de la tetera eléctrica, té Earl Grey suelto, sin azúcar, sin crema. El rico aroma se eleva mientras sirvo, anclándome en el momento presente. Envuelvo ambas manos alrededor de la delicada taza de porcelana, dejando que su calor se filtre en mi piel mientras camino hacia el muro de ventanas.

La vista se extiende ante mí, inmutable pero nunca exactamente igual. Los jardines perfectamente cuidados se extienden desde la casa en patrones geométricos precisos, un testimonio de la dedicación de los jardineros. Más allá, el lago brilla bajo la luz temprana de la mañana, su superficie ondulándose suavemente con la brisa. Es objetivamente hermoso, pero se siente vacío—como todo lo demás desde que ella se fue.

Mis pensamientos vagan, sin ser invitados, hacia ese día. El día en que mi mundo implosionó.

Evelyn había sido la imagen de la salud durante su embarazo—fuerte, vibrante, radiante. Los médicos nos habían asegurado repetidamente que todo progresaba perfectamente, que no había motivo de preocupación. Pero cuando entró en trabajo de parto, fue como ver una pesadilla desarrollarse a cámara lenta, impotente para detenerla.

La sangre—había tanta sangre. Las voces del equipo médico se volvieron cada vez más frenéticas, superponiéndose y haciendo eco en mis oídos mientras las máquinas pitaban en un caos discordante. Sostuve su mano, susurrando promesas que no estaba seguro de poder cumplir, viendo cómo la luz en sus ojos comenzaba a desvanecerse. Y luego Connor... tan pequeño, tan

quieto. Lo sostuve durante menos de un minuto antes de que se lo llevaran, sus rostros sombríos con una respuesta que no estaba listo para escuchar.

El sonido de porcelana rompiéndose me devuelve al presente. Miro hacia abajo para encontrar mi taza de té hecha pedazos a mis pies, el líquido oscuro filtrándose en la costosa madera.

Un golpe seco en la puerta me hace sobresaltar.

"¿Señor? ¿Está bien?" La voz de Walter atraviesa la puerta, tranquila y firme como siempre, pero puedo oír la preocupación bajo su tono profesional.

"Estoy bien", respondo, mi voz más cortante de lo que pretendía. "Solo... vete."

Hay una pausa antes de que sus pasos se alejen por el pasillo. Exhalo lentamente, pasándome ambas manos por el pelo mientras intento estabilizarme.

Basta. Me he permitido hundirme demasiado esta mañana.

Me dirijo con paso firme al baño principal, empujando las pesadas puertas dobles. El espacio inmenso se extiende ante mí, un estudio en lujo con suelos de mármol Calacatta climatizados que calientan mis pies con cada paso. Los accesorios cromados brillan con la luz matinal que se filtra por las ventanas escarchadas, y la cabina de ducha extragrande, con sus paredes de cristal sin marcos y sus dos alcachofas tipo lluvia, podría albergar fácilmente a media docena de personas.

Abro el agua al máximo, observando cómo el vapor comienza a elevarse en espirales delicados. Al meterme bajo el chorro ardiente, dejo que golpee mis hombros y espalda, dando la bienvenida al calor casi doloroso. No ajusto la temperatura, aceptando la incomodidad física como una distracción del dolor emocional que nunca se va realmente. El agua cae en cascada por mi rostro mientras apoyo las manos contra la fría pared de mármol, con la cabeza inclinada.

Cuando por fin salgo, la condensación se adhiere a cada superficie, transformando el baño en un santuario húmedo. Mi reflejo en el espejo extragrande está distorsionado, una metáfora apropiada de cómo me veo estos días. Limpio el vaho con la palma de la mano, estudiando con ojos críticos al hombre del otro lado. A los treinta y nueve, represento perfectamente el papel que interpreto—mandíbula afilada salpicada de barba oscura, hombros y pecho anchos endurecidos por entrenamientos implacables, sin un ápice de suavidad.

Las gotas de agua se deslizan por mi torso, siguiendo las líneas definidas de músculos que mantengo con la misma disciplina despiadada que aplico a todo lo demás en mi vida. Pero mis ojos... son diferentes ahora. Más duros. Más vacíos. El azul profundo que Evelyn decía que le recordaba al océano después de una tormenta ahora parece frío y distante, incluso para mí.

Me visto con precisión mecánica, la rutina tan arraigada que no requiere pensamiento consciente.

El vestidor es un testimonio de orden y control, un espacio más grande que algunos apartamentos que he visto. Los sensores de movimiento activan una iluminación suave cuando entro, iluminando filas de trajes a medida y corbatas de diseñador dispuestas con precisión militar. Elijo un traje Armani gris marengo, su tejido tan fino que se siente como seda líquida contra mi piel. Ajusto mis gemelos de platino—el último regalo de Navidad de Evelyn—con movimientos practicados, mi reflejo en el espejo de cuerpo entero mostrando a un hombre que parece tener todo bajo control.

El aroma a tortitas y sirope de arce caliente me recibe mientras bajo por la escalera principal. La luz dorada de la mañana se cuela por las altas ventanas. La risa de Katie flota desde la cocina. Mis pasos se aceleran involuntariamente, atraídos por ese sonido de pura alegría.

La cocina es un espacio luminoso y aireado que Evelyn diseñó ella misma, con electrodomésticos profesionales de acero inoxidable y armarios en tono crema cálido. Katie está sentada en la barra del desayuno, sus piernas balanceándose libremente debajo, y tiene delante una pila de tortitas a medio comer ahogadas en sirope. Sus rizos rubios todavía están ligeramente despeinados por el sueño.

"¡Papi!", grita, abandonando su desayuno y lanzándose del taburete.

La atrapo antes de que pueda caer. Chilla de alegría mientras la hago girar una vez antes de acunarla contra mi pecho. Sus pequeños brazos rodean mi cuello con total confianza, y planta un beso pegajoso y dulce como el sirope en mi mejilla.

"Buenos días, princesa."

Se aparta lo justo para sonreírme radiante, sus ojos azules—tan desgarradoramente parecidos a los de su madre—brillando de pura alegría. Un rocío de pecas cruza su nariz, igual que las de Evelyn, y por un momento, el peso en mi pecho se aligera lo suficiente para dejarme respirar. En estos momentos, casi puedo creer que todo estará bien.

"Buenos días, Michael", dice Martha cálidamente. Ha estado con nosotros desde que Katie tenía tres meses, más abuela que niñera. Su pelo plateado está recogido en su habitual moño pulido, y lleva el vestido azul marino almidonado que prefiere para las mañanas entre semana. La imagen familiar de ella dando la vuelta expertamente a las tortitas, sus movimientos precisos a pesar de su edad, es tan parte de nuestra rutina matutina como los saludos entusiastas de Katie.

"Buenos días, Mar—" Las palabras mueren en mi garganta cuando de repente se inclina hacia adelante, una tos áspera y húmeda brotando de su pecho. La espátula repiquetea contra la cocina mientras se agarra al borde de la encimera, sus nudillos blancos por el esfuerzo de mantenerse erguida.

"¿Martha?" La alarma me atraviesa mientras la tos continúa, volviéndose más violenta con cada segundo que pasa. El sonido está mal—profundo y ronco, como si algo intentara abrirse paso desgarrando su pecho.

Hace un gesto desdeñoso con la mano, luchando por enderezarse, pero el sonido sibilante que sigue me hiela la sangre. Su rostro se ha puesto pálido bajo su color habitualmente saludable, y puedo ver su pecho agitándose por el esfuerzo de respirar.

"¿Papi?", susurra Katie contra mi cuello, su pequeño cuerpo tensándose en mis brazos. Sus dedos se aferran a mi chaqueta, y puedo sentirla temblar. "¿Qué le pasa a Martha?"

"Todo va a estar bien, cariño", digo, forzando calma en mi voz aunque el pánico me desgarra el pecho. Mi mente corre con posibilidades horribles—ataque al corazón, derrame cerebral, embolia pulmonar. Katie ya perdió a su madre—no puede perder a Martha también. No a Martha, que ha sido más familia que empleada desde el día que cruzó nuestra puerta. No a Martha, que me mantuvo entero en aquellos días oscuros después de la muerte de Evelyn, que de alguna manera sabía exactamente cuándo ofrecer apoyo silencioso y cuándo dejarme con mi dolor.

Las rodillas de Martha se doblan, y me lanzo hacia adelante, pero nuestro mayordomo, Walter, está más cerca. La agarra del codo, sosteniendo su peso mientras ella sigue jadeando por aire. El personal de la cocina se mueve con incertidumbre, sus rostros pintados de preocupación.

"¡Llamad a una ambulancia!", grito, mi voz resonando en la cocina repentinamente silenciosa. La orden los pone en acción, una de las doncellas ya sacando su teléfono. "¡Rápido!"

Leer ahora! https://mybook.to/Flsu

Anteprima: La Galería del Millonario



Nunca imaginé que mi sueño de abrir una galería de arte me llevaría a los brazos de un hombre brillante e irresistiblemente atractivo.

Cuando me convertí en la asistente de Liam Parker, estaba enfocada en mi independencia—decidida a demostrar que podía construir algo por mí misma. Pero él tenía otros planes. Me miraba como si fuera la única persona en el mundo, y mantener una relación profesional era

imposible cuando cada mirada furtiva y cada beso apasionado me dejaba sin aliento.

Enamorarme de Liam fue tan complicado como emocionante. Pero cuando cruzó la línea en nombre del amor, amenazó con destruir todo por lo que había trabajado—incluyendo mi confianza.

¿Podremos reconstruir lo que está roto, o su ayuda me costará todo lo que siempre he deseado?

Leer ahora! https://mybook.to/znMIIGK



Capítulo 1 – SOPHIA

El sol de la mañana baña las calles de oro mientras me acomodo en mi rincón favorito de la terraza del café La Colombe.

La silla metálica raspa contra el concreto cuando la arrastro, reclamando una mesa de esquina. Perfecta para observar a la gente, aún mejor para dibujar. La multitud matutina pasa apresurada – ejecutivos con maletines, artistas con portafolios, turistas con mapas – pero esta esquina se siente como mi pequeño santuario.

Apenas he dado el primer sorbo a mi café con leche de avena cuando algo llama mi atención – una mariposa monarca, sus alas como un vitral de naranja y marrón, posándose delicadamente en el borde de mi taza.

Contengo la respiración. Las mariposas en Manhattan ya son bastante raras, ¿pero una que se queda quieta? Es un regalo. Como si la ciudad misma me ofreciera un momento mágico antes de mi reunión.

Moviéndome despacio, temiendo asustarla, saco con cuidado mi cuaderno de bocetos. La mariposa permanece ahí, sus alas abriéndose y cerrándose perezosamente bajo el sol matutino.

Mi lápiz se desliza sobre el papel con trazos expertos – primero la forma básica, luego los patrones intrincados. Las venas oscuras que recorren sus alas me recuerdan a las líneas de plomo en los vitrales, y me encuentro mapeando cada detalle, alternando la mirada entre mi modelo y la página.

Por esto dejé la contabilidad – por momentos como este, cuando el arte y la vida se entrelazan perfectamente.

La mariposa se mueve, y me quedo inmóvil, pero solo está ajustando su posición. Capturo los sutiles degradados donde el naranja se funde con el marrón, la perfecta simetría de sus alas. Mis dedos difuminan el grafito con precisión, añadiendo profundidad a las sombras. Cada línea se siente correcta, como si mi mano supiera exactamente dónde ir. Esto podría ser perfecto para una nueva pieza de joyería – trasladar estos delicados patrones a metal y piedra. Casi termino, solo necesito—

Una brisa susurra al pasar, y la mariposa alza el vuelo, elevándose en espiral hacia los edificios. La observo hasta que desaparece contra el cielo azul, hipnotizada por su grácil danza entre los rascacielos.

Entonces miro mi teléfono.

"¡Mierda!" La hora me mira fijamente – 9:45. "¡La reunión con el abogado!"

Meto mi cuaderno en mi bolso, casi tirando la silla en mi prisa.

El dibujo tendrá que esperar. Agarro mi bolso, dejando mi café medio lleno olvidado en la mesa, la marca de labial en el borde como única evidencia de que alguna vez estuve ahí.

Gracias a Dios que el bufete está al lado. Mis tacones resuenan contra la acera mientras me apresuro a través de las puertas giratorias, mi corazón ya acelerándose por lo que está por venir.

No odio los ascensores. Normalmente. Pero hay algo en este que me eriza la piel—tal vez es la débil música de ascensor que suena como si se reprodujera a través de una lata oxidada de 1985, o el sabor metálico en el aire que recubre mi lengua con cada respiración. O tal vez es simplemente el hecho de que estoy a punto de entrar a una reunión con un poderoso abogado para discutir la compra de un espacio para una galería que cuesta más de lo que ganaré en la próxima década.

Mi estómago realiza una rutina de gimnasia digna de las Olimpiadas mientras presiono el botón del último piso, viéndolo iluminarse con un enfermizo resplandor amarillo.

Mi bolso—cuero vintage, desgastado lo justo para tener carácter—pesa en mi hombro, cargado con bocetos, notas y cada gramo de encanto que he logrado reunir para vender mi visión, aunque mi cuenta bancaria grite en protesta.

Las puertas se cierran con un susurro que suena más como una advertencia, y me veo reflejada en el panel de espejo. Sexy pero profesional, me recuerdo, dando un rápido toque a mis rizos sueltos. Caen más allá de mis hombros en ondas cuidadosamente elaboradas que me tomaron cuarenta y cinco minutos y dos productos diferentes para lograr.

Llevo un vestido negro que se adhiere a mis curvas como una segunda piel sin cruzar esa línea invisible hacia el territorio de intentar demasiado.

Mis aretes de turquesa, largos y elegantes con acentos de oro martillado, bailan contra mi cuello con cada movimiento. Los hice yo misma, como toda mi joyería. Cada pieza cuenta una historia, lleva un pedazo de mi alma. Única. Memorable. Como yo. O al menos, como la versión de mí que estoy desesperadamente tratando de vender hoy.

Respiro profundo, inhalando el aroma de mi perfume de jazmín mezclado con el aire estéril del ascensor.

Mis dedos aferran mi bolso como si fuera un salvavidas y me estuviera ahogando en medio de Manhattan. Es ahora o nunca, Sophia. Convence al tipo de que eres legítima, y estarás un paso más cerca del sueño.

El sueño que me ha mantenido despierta incontables noches, bocetando diseños hasta que mis dedos se acalambraron y mis ojos ardían. El sueño que me hizo dejar mi trabajo seguro y aburrido en contabilidad para perseguir algo que realmente hace que mi corazón se acelere.

El ascensor se detiene en el piso once, la parada súbita hace que mi estómago dé un vuelco. Levanto la mirada mientras las puertas se abren con ese mismo sonido susurrante, y entonces, él entra.

Alto. Oscuro. Devastador. Su traje—azul marino y claramente hecho a medida—parece haber sido confeccionado por ángeles con un gusto impecable, y la forma en que se estira sobre sus anchos hombros debería venir con una etiqueta de advertencia. Su cabello oscuro está perfectamente peinado en ese estilo deliberadamente imperfecto.

No me mira de inmediato, solo presiona un botón y se apoya casualmente contra la pared.

Cuando sus ojos finalmente se encuentran con los míos, son del color del whisky añejo, y percibo en ellos una agudeza, una inteligencia que roza lo depredador. Una seguridad que no solo cruza la línea de la arrogancia—la pulveriza.

Asiente levemente, un movimiento preciso y controlado, como todo en él. "¿Último piso?"

Le devuelvo el gesto, intentando ignorar cómo mi pulso se acelera bajo su mirada. "Así parece."

Las puertas se cierran, sellándonos en nuestra jaula metálica, y desvío la mirada, repentinamente consciente del espacio entre nosotros. Se siente cargado, como el aire antes de una tormenta. Es uno de esos tipos, me doy cuenta. La clase de hombre que no necesita anunciar su importancia porque irradia de él como el calor de una hoguera.

Definitivamente es abogado. Parece de los que desayunan contratos y los bajan con whisky, probablemente mientras lee el Financial Times y planea dominar el mundo.

El ascensor se sacude bruscamente, el movimiento violento casi me hace perder el equilibrio sobre mis tacones de imitación. Tiembla una vez, como un animal moribundo, y luego se detiene con un chirrido que suena caro y aterrador.

Las luces parpadean amenazantes, y mi corazón da un vuelco. "No, no, no, no—"

"Tranquila," dice él, con una voz suave como bourbon de alta gama y irritantemente serena. "Probablemente solo sea un tropiezo momentáneo."

"¿Tropiezo?" espeto, golpeando el botón de emergencia con tanta fuerza que me astillo la uña perfectamente esmaltada. No sucede nada excepto un patético chasquido que no ayuda en nada a mi creciente pánico. "No sé en qué tipo de ascensores se mueve usted, pero de donde yo vengo, los tropiezos no te dejan atrapada entre pisos."

Arquea una ceja perfecta, su expresión atrapada entre la diversión y la curiosidad. "¿Y de dónde viene exactamente?"

"Acabo de mudarme de Brooklyn," respondo. "Donde la gente tiene cosas que hacer y nada de tiempo para quedarse atrapada en ascensores."

Sus labios se tensan, como conteniendo una sonrisa que podría agrietar su perfecta fachada. "Anotado."

Lo fulmino con la mirada, tratando de ignorar cómo las luces parpadeantes proyectan sombras que hacen que sus pómulos parezcan esculpidos en mármol. "Se lo está tomando bastante bien. ¿No tiene que estar en algún lado?"

"De hecho, sí." Saca su teléfono del bolsillo con la misma gracia fluida que parece acompañar cada uno de sus movimientos, mira la pantalla y frunce el ceño. "Sin señal."

"Perfecto," murmuro, deslizándome contra la pared, sintiendo el frío metal a través de la tela delgada de mi vestido. "Simplemente perfecto."

Leer ahora! https://mybook.to/znMIIGK

¡Gracias!

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Olivia y Ryan!

Como autor romántico recién establecido, ¡me gustaría agradecerle por tomarse el tiempo para leer mis novelas!

Su apoyo significa el mundo absoluto para mí. ¡Espero poder traerte más romances increíbles en el futuro!

Si te gustó esta historia, déjame una reseña en Amazon y sigue mi página de Amazon Author para que puedas encontrar mis nuevos lanzamientos.

Gracias de nuevo, ¡eres muy apreciada!

xoxo,

Nomaya Jax